ANNE FADIMAN

Ex Libris

Confesiones de una lectora

ALFABETO

EX LIBRIS

CONFESIONES DE UNA LECTORA

ANNE FADIMAN

Traducción de Isabel Ferrer Marrades

ALFABETŌ

Título original: *Ex Libris: Confessions of a Common Reader*, publicado originalmente en inglés, en 1998, por Farrar, Straus and Giroux

EX LIBRIS: Confessions of a Common Reader by Anne Fadiman
Copyright © 1998 by Anne Fadiman
Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, New York

Primera edición en esta colección: marzo de 2019

© de la presente edición: Alfabeto Editorial, 2019
© de la traducción, Isabel Ferrer Marrades

Alfabeto Editorial S.L.
C/ Téllez, 22 Local C
28007 - Madrid
Tel. +34 910 687 252
www.editorialalfabeto.com

ISBN: 978-84-949942-3-4

Realización de portada: Alba Ibarz
Diseño de colección: Ariadna Oliver
Diseño de cubierta: Ariadna Oliver
Diseño de interiores y fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**)

Para Clifton Fadiman y Annalee Jacoby Fadiman, que construyeron mis castillos ancestrales.

PRÓLOGO

Cuando el novelista irlandés John McGahern era pequeño, un día, mientras estaba leyendo, sus hermanas le desataron los cordones y le quitaron un zapato. Pero el niño no se movió. Le pusieron un sombrero de paja en la cabeza. Tampoco reaccionó. Solo cuando le retiraron la silla de madera sobre la que estaba sentado «despertó del libro», según dijo.

«Despertar» es el verbo exacto, porque hay cierto tipo de niño que despierta de un libro como de un sueño abismal, atravesando penosamente capas de conciencia para llegar a una realidad que parece menos real que el estado onírico que ha dejado atrás. De niña yo era así. Después, cuando era una adolescente bajo la influencia de Hardy, cada vez que me enamoraba no podía evitar clasificar al chico como un Damon o un Clym. Y mucho después, yací con mi marido (un Clym) en una cama llena de bultos por culpa de los libros, mientras esperábamos que el parto de nuestro primer hijo fuera como el de Kitty en *Anna Karenina*, si bien temíamos que pudiera parecerse más bien al de la señora Thingummy en *Oliver Twist*.

Empecé a escribir *Ex libris* cuando me dio por pensar que la gente a menudo escribía sobre los libros como si fueran tostadoras. ¿Es esta marca de tostadoras mejor que aquella? Y esta que cuesta 24,95 dólares, ¿es la mejor compra? Nadie dice nada de lo que puedo sentir por mi tostadora dentro de diez años, ni de los tiernos sentimientos que todavía puedo albergar por la antigua. Este modelo de lectores como consumidores —un modelo que yo misma he defendido en más de una reseña literaria— omite hábilmente lo que considero el corazón de la lectura: no si deseamos comprar un libro nuevo, sino cómo nos relacionamos con los viejos, aquellos con los que hemos vivido años, aquellos cuyas texturas y colores y olores nos son tan familiares como la piel de nuestros hijos.

En *The Common Reader* (El lector común),[1] Virginia Woolf (que sacó el título de una frase de *Life of Gray* de Samuel Johnson) escribió acerca de «todas esas habitaciones, demasiado humildes para llamar bibliotecas, aunque llenas de libros, donde personas particulares realizan el acto de leer». El lector común, dice, «difiere del crítico y el

erudito. Es menos culto, y la naturaleza no lo ha dotado con tanta generosidad. Lee por su propio placer en lugar de hacerlo para transmitir conocimientos o corregir las opiniones de los demás. Sobre todo, lo guía el instinto de crear por sí mismo algún tipo de todo a partir de cualquier cosilla que encuentre». Este libro es el todo que he intentado crear a partir de miles de cosillas que abarrotan mis estanterías combadas.

Escribí estos dieciocho ensayos en un periodo de cuatro años. Aparecen aquí en el mismo orden en que los escribí, salvo los dos últimos, que he intercambiado de lugar. No he modificado los hechos; por ejemplo, cuando escribí sobre William Kunstler, todavía vivía, así que en estas páginas sigue vivo. En esos años, nació mi hijo, mi hija aprendió a leer, mi marido y yo cumplimos cuarenta años, mi madre cumplió ochenta y mi padre noventa. Sin embargo, nuestros libros —incluso los impresos mucho antes de que naciéramos— siguieron siendo jóvenes. Registraron el paso del tiempo real y, como nos recordaron todas las ocasiones en que habían sido leídos y releídos, también reflejaron el paso de las décadas anteriores.

Los libros escribieron la historia de nuestras vidas y, mientras se iban acumulando en nuestras estanterías (y en nuestros alféizares, y debajo de nuestro sofá, y encima de la nevera), se convirtieron en capítulos por sí mismos. ¿Cómo podría ser de otra manera?

A. F.

MATRIMONIO DE BIBLIOTECAS

Hace unos meses, mi marido y yo decidimos juntar nuestros libros. Nos conocíamos desde hacía diez años, llevábamos seis viviendo juntos y nos habíamos casado hacía cinco. Nuestras tazas de café desparejas convivían amigablemente, compartíamos las camisetas y, si era necesario, los calcetines, y hacía tiempo que habíamos mezclado nuestra colección de discos sin percances, de modo que mis motetes de Josquin Desprez se congraciaban con *Worst of Jefferson Airplane* de George para el enriquecimiento, creíamos, de los dos. Sin embargo, nuestras bibliotecas seguían separadas, gran parte de la mía en el extremo norte de nuestro *loft* y la suya, en el sur. Si bien estábamos de acuerdo en que no tenía sentido que mi *Billy Budd* languideciera a diez metros de su *Moby Dick*, ninguno de los dos había movido un dedo para juntarlos.

Nos habíamos casado en ese *loft*, ante nuestros Melville puestos en cuarentena. Prometer que nos amaríamos en la riqueza y en la miseria, en la salud y en la enfermedad —incluso prometer que renunciaríamos a todas las demás personas— no nos supuso ningún problema, pero menos mal que el *Book of Common Prayer* (Libro de oraciones)[2] no dice nada del matrimonio de nuestras bibliotecas ni de que hay que tirar los ejemplares repetidos. Esa habría sido una promesa mucho más solemne, una promesa que probablemente habría provocado que la boda se viera abocada a un mortificante punto muerto. Los dos éramos escritores, y los dos albergábamos el tipo de sentimiento por nuestros libros que la mayoría de la gente reserva para sus antiguas cartas de amor. Compartir la cama y el futuro era un juego de niños en comparación con compartir mi ejemplar de *The Complete Poems of W. B. Yeats* (Poesía completa de W. B. Yeats), del que en una ocasión leí «Al pie del Ben Bulben» en voz alta ante la tumba de Yeats en el cementerio de Drumcliff, o el ejemplar de George de *T. S. Eliot's Selected Poems* (Poesía selecta de T. S. Eliot), un regalo de los tiempos del bachillerato de su mejor amigo, Rob Farnsworth, que le puso en la dedicatoria: «Con los mejores deseos de Gerry Cheevers». (Gerry Cheevers, uno de los apodos de Rob, era el portero de los Boston Bruins, y seguro que la dedicatoria es única porque relaciona por primera vez en la historia a T. S. Eliot con el

patinaje sobre hielo.)

Nuestra renuencia a juntar nuestros Melville también se debía a ciertas diferencias básicas en nuestra manera de ser. George es un aglutinador; yo soy una separadora. Él tenía sus libros entremezclados democráticamente, unidos bajo el estandarte general de Literatura. Algunos estaban en posición vertical, otros horizontal, incluso había varios colocados *detrás* de una fila de libros. Yo ordenaba los míos por nacionalidad y tema. Como la mayoría de la gente que tolera el desorden, George tiene una confianza ciega en los objetos tridimensionales: cree que, si quiere algo, aparecerá solo; por lo tanto, suele aparecer. En cambio, yo creo que los libros, mapas, tijeras y dispensadores de cinta adhesiva son todos unos vagabundos de los que no hay que fiarse, pues son capaces de desaparecer y meterse en lugares desconocidos a menos que se los confine con severidad en un sitio, y por eso mis libros están sometidos a una disciplina muy estricta.

Tras cinco años de matrimonio y un hijo, George y yo por fin decidimos que estábamos listos para la intimidad más profunda que suponía la fusión de las bibliotecas. Sin embargo, no estaba claro cómo íbamos a hallar un punto de encuentro entre su mentalidad de jardín inglés y la mía de jardín francés. Al menos al principio logré imponerme, con la excusa de que él podría encontrar sus libros si estaban ordenados como los míos, mientras que yo nunca encontraría los míos si estaban ordenados como los suyos. Acordamos clasificarlos por temas: historia, psicología, naturaleza, viajes, etcétera. La literatura estaría subdividida por nacionalidades. (Si George pensó en algún momento que este plan era demasiado quisquilloso, al menos reconoció que era bastante mejor que otro sistema que nos contaron. Unos amigos de unos amigos habían alquilado su casa unos meses a un decorador de interiores y a la vuelta se encontraron con que les habían vuelto a ordenar la biblioteca entera según el color y tamaño de los libros. Poco después, el decorador sufrió un accidente automovilístico mortal. Confieso que cuando nos contaron esa historia, todos los presentes coincidimos en que se había hecho justicia.)

Eso en cuanto a los principios básicos. Tuvimos problemas, sin embargo, cuando anuncié mi intención de disponer la literatura inglesa en orden cronológico y la norteamericana por autor y en orden alfabético. Mi argumento fue el siguiente: nuestra colección inglesa abarcaba seis siglos, y colocarla en orden cronológico nos permitiría ver cómo el amplio trazo de la literatura se extendía ante nuestros ojos. Los victorianos *tenían* que estar juntos; separarlos sería como romper una familia. Además, Susan Sontag ordenaba *sus* libros en orden cronológico; en una entrevista a *The New York Times* había

dicho que le habría dado dentera poner a Pynchon al lado de Platón. Así que no se hable más. Por otro lado, nuestra colección norteamericana era básicamente del siglo XX, gran parte tan reciente que las distinciones cronológicas habrían requerido sutilezas talmudistas. Ergo, orden alfabético. Al final George cedió, pero más por el bien de la armonía conyugal que por una conversión sincera, aunque tuvimos un momento especialmente difícil cuando él estaba pasando mi colección de Shakespeare de un estante a otro y yo le grité:

—¡Te ruego que vuelvas a poner las obras de teatro en orden cronológico!

—¿Te refieres a que también vamos a poner en orden cronológico a *cada autor*? —exclamó asombrado—. Pero ¡si ni siquiera se sabe con certeza en qué fecha Shakespeare escribió las obras!

—Bueno —solté—, sabemos que escribió *Romeo y Julieta* antes que *La tempestad*, y me gustaría verlo reflejado en nuestra estantería.

George dice que esa fue una de las pocas veces que consideró seriamente la posibilidad de divorciarse.

El traslado de libros por la frontera que separaba mis estanterías septentrionales de las meridionales de George duró alrededor de una semana. Cada noche colocábamos los libros en filas en el suelo y mezclábamos los míos con los suyos antes de ponerlos en los estantes, lo que significó que durante una semana tuvimos que saltar por encima de cientos de volúmenes para ir del cuarto de baño a la cocina y de allí al dormitorio. Tocamos —en realidad, acariciamos— todos y cada uno de nuestros libros. Algunos tenían dedicatorias de antiguos amantes, otros tenían dedicatorias nuestras. Algunos eran como cápsulas de tiempo: mi *Major British Writers* (Grandes autores británicos) contenía una lista de los poetas que tuve que estudiar para el examen final de lengua cuando hacía bachillerato en 1970; una postal con un sello de diez centavos se cayó del ejemplar de George de *En el camino*.

Mientras se acumulaban las pilas en el suelo, tuvimos más de una acalorada discusión no solo sobre qué libros tenían que ir juntos, sino también sobre dónde debíamos ponerlos. Cuando George se vino a vivir conmigo, yo ya llevaba nueve años en el *loft*, y la literatura inglesa siempre había ocupado el lugar más público de la casa, la pared frente a la puerta de entrada. (En el otro extremo de la escala se encontraba una pequeña estantería con una puerta, a la derecha de mi escritorio, detrás de la cual acechaban una guía de códigos postales y un libro de dietas.) George creía que ese lugar de honor le correspondía a la literatura norteamericana más que a la inglesa. Si aceptaba presentarme al mundo como una acólita de A. J. Liebling en

lugar de Walter Pater, significaba que reconocía que la académica que un día creí ser había sido reemplazada por la periodista en que me había convertido. Tras darme cuenta de que, en efecto, eso era lo que había ocurrido y de que, además, la pared de nuestro vestíbulo tenía que representar tanto a mi marido como a mí, me rendí, pero con un nudo en la garganta.

En los estantes junto a nuestra cama creamos una nueva categoría: la de Libros de Amigos y Familiares. La idea me la había dado una escritora amiga mía (que en estos momentos también está representada en ese estante) que había hecho lo mismo, toda vez que, según ella, le daba una sensación de calidez tener a tantas personas queridas reunidas en un mismo lugar. Al principio George titubeó. Le pareció potencialmente insultante, por ejemplo, excluir a Mark Helprin del canon de la literatura norteamericana, donde antes había reposado en orden alfabético junto a Ernest Hemingway, para obligarlo a acostarse con Peter Lerangis, el autor, con pseudónimo de mujer, de dieciséis volúmenes de *The Baby-Sitters Club* (El club de las canguros), aunque debo añadir que al final cambió de parecer cuando cayó en la cuenta de que en realidad Mark y Peter tenían muchas cosas en común.

La tarea más dura de todas tuvo lugar a finales de la semana, cuando clasificamos los ejemplares repetidos y decidimos con cuál nos quedábamos. Me di cuenta de que habíamos estado acumulando ejemplares repetidos de nuestros libros favoritos «por si» rompíamos. Si George se deshizo de su ejemplar desastrado de *Al faro* y yo me despedí de mi ejemplar de bolsillo rosado de *Parejas*, que leí tantas veces al final de mi adolescencia (cuando los análisis de Updike de las complejidades del matrimonio me parecían increíblemente exóticos) que se había convertido en un tríptico unido con una gomita, pues entonces estaba claro que íbamos a tener que seguir juntos para siempre. Estábamos a punto de quemar nuestras naves.

Entre los dos teníamos ejemplares repetidos de unos cincuenta libros. Decidimos que los de tapa dura prevalecerían sobre los de bolsillo a menos que los de bolsillo tuvieran notas al margen. Nos quedamos con mi *Middlemarch*, que leí a los dieciocho años, en el que estaban registrados mis primeros intentos de hacer crítica literaria (página 37: «Grrr»; página 261: «Y una mierda»; página 294: «Aghh»); *La montaña mágica* de George; mi *Guerra y paz. Mujeres enamoradas* provocó una discusión atroz. George la había leído a los dieciséis años, e insistió en que cada vez que volvía a leerla no se conformaba con ninguna edición que no fuera su libro original de bolsillo de Bantam, con su tapa psicodélica de una mujer desnuda y otra semidesnuda. Yo la había leído a los dieciocho años. Ese año no escribí un diario, pero no necesitaba que nada me recordara que en esa época perdí la

virginidad. Era demasiado evidente por los comentarios que escribí en mi edición de Viking (página 18: «Violencia que sustituye al sexo»; página 154: «Dolor sexual»; página 159: «Poder sexual»; página 158: «Sexo»). ¿Qué más podíamos hacer salvo tirar la toalla y guardar los dos ejemplares?

Tras un último empujón pasada la medianoche, terminamos. Los ejemplares repetidos, además de cerca de un centenar de dolorosos desechos, estaban perfectamente apilados, listos para ser llevados a Goodwill.[3] Sudorosos y jadeantes junto a nuestros Melville unidos triunfalmente, nos besamos.

Nuestra biblioteca estaba impecablemente ordenada, pero le faltaba un poco de aire, de un modo muy parecido a como había sido mi vida antes de que George entrara en ella. Así que, poco a poco, a medida que fueron pasando las semanas, el estilo de George empezó a imponerse de una manera no del todo desagradable. Del mismo modo que las líneas excesivamente rectas de los cimientos de una casa nueva se suavizan con la aparición de algún hierbajo por aquí, un triciclo tirado por allá, también la perfección de nuestro nuevo sistema se suavizó gracias a la entropía y a mi marido, que están íntimamente ligados. Nuestras mesillas de noche empezaron a combarse bajo el peso de los libros nuevos, todavía sin ordenar. Los Shakespeare estaban puestos de cualquier manera. Un día me di cuenta de que la *Ilíada* y la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* habían llegado a la sección de los amigos y parientes. Al verse enfrentado a estas pruebas, George cruzó los dedos y dijo: «Bueno, es que Gibbon y yo estábamos *así* de unidos».

Hace un par de semanas, cuando George estaba de viaje, decidí volver a leer *Viajes con Charley*. Me metí en la cama con el ejemplar que había leído por primera vez el verano que cumplí diecisiete años. Empezaba a sobrevenirme esa sensación de familiaridad con mi viejo libro de bolsillo al que se le salían las páginas, aquel en que hay una foto de Steinbeck sentado con las piernas cruzadas al lado de su caniche en la tapa, cuando llegué a la página 192. Allí, junto a un pasaje sobre los menguantes bosques de secuoyas de California, en una versión más juvenil de la letra de mi marido —la reconocería en cualquier sitio— estaba el comentario quejoso: «¿Por qué destrozamos el medioambiente?».

Debíamos de tener ejemplares idénticos, y nos habíamos quedado con el de George. Mis libros y los suyos se habían convertido en nuestros libros. Estábamos realmente casados.

LA ALEGRÍA DE LAS SESQUIPEDALES

Cuando mi hermano mayor Kim y yo éramos niños, nuestro padre solía contarnos cuentos sobre un gusano roedor de libros llamado Wally. A Wally, un bichito serpenteante tocado con una gorra roja de béisbol, no solo le gustaban los libros, se los comía. Como las monosílabas que encontraba en la mayoría de los libros infantiles no saciaban su voraz apetito, le dio por devorar un diccionario, que le ofrecía un menú más copioso. En *Wally el gusano de palabras*, una crónica escrita por mi padre cuando yo tenía once años de algunas de las aventuras lexicográficas de nuestro héroe, Wally saborea unos cuantos bocados de muchas calorías como *sicigia, ptarmigan* —que al principio le sabe fatal, hasta que tira la p — y *sesquipedal*, que parece significar «palabra larga» y, de hecho, es lo que significa. Inspirados por Wally, Kim y yo nos pasamos años compitiendo para ver cuál de los dos encontraba la mejor palabra sesquipedal. Kim ganó con *paradimetilaminobenzaldehído*, una sustancia química apestosa que solíamos cantar al son de la melodía de «La lavandera irlandesa».

Una de mis mayores decepciones al hacerme mayor es que cada vez me cuesta más alcanzar un grado de satisfacción sesquipedal similar al de Wally. O eso pensaba hasta el verano pasado, cuando leí un libro llamado *El tigre en la casa*, escrito en 1920 por Carl Van Vechten, un novelista y crítico de *jazz* cuya prosa, si no era grandilocuente, al menos lo parecía. El libro trataba de gatos: de los gatos en la literatura, la historia, la música, el arte, etcétera. Yo estaba escribiendo un artículo sobre ellos, y había leído varios compendios modernos de tradiciones felinas que cubrían un territorio bastante parecido. Los autores de esos libros partían de un único supuesto sobre sus lectores: les interesaban los gatos. En cambio, Van Vechten partió de que sus lectores conocían íntimamente la mitología clásica y la Biblia, de que podían leer música (incluyó un extracto de las partituras de «Fuga del gato» de Domenico Scarlatti) y de que habían oído hablar de los cientos de escritores, artistas y compositores a los que mencionaba solo por el apellido, como si Sacchini y Teniers necesitaran la misma presentación que Bach y Rembrandt.

Lo que más me emocionó y también me acomplejó fue el

vocabulario de Van Vechten; no recordaba la última vez que me había encontrado con tantas palabras que desconocía. Al acabar el libro había anotado veintidós. No solo no tenía la menor idea de lo que significaban, sino que, además, ni siquiera recordaba haberlas visto antes. Podían haber sido nórdicas. Esta es la lista: *monofisita, mefítico, diapasón, opopónaco, grimorio, copelación, ádito, cipayo, palustre, apócema, camorra, subadar, alcalde*,[4] *hisopo, itifálico, adapertil, perllan, agatodemonio, cacodemonio, goético, retromingente* y *calineries*.[5]

Estas palabras no necesitaban un gusano de palabras, lo que pedían a gritos era una anaconda.

Carl Van Vechten, al que se recuerda como mecenas del renacimiento de Harlem más que como apólogo de los gatos, escribía cartas a sus tertulianos en un papel en el que había impreso el lema: «Me conformo con solo un pequeño exceso». Su debilidad por el vocabulario extravagante (y por la extravagancia en todo lo demás) era notoria. Sin embargo, dudo que su libro hubiera alcanzado cuatro ediciones si esas palabras hubiesen sido para sus lectores originales tan inescrutables como lo fueron para mí. Sospecho que, en 1920, la mayoría de los lectores cultos habrían considerado mi lista difícil, pero no imposible. Muchos habrían sabido griego y latín, lo que les habría dado pistas etimológicas para la mitad de la lista, y hace setenta y cinco años, varias de las palabras que ahora chirrían por su arcaísmo todavía no estaban cubiertas de una capa de polvo. Por ejemplo, los cipayos y subadars —dos rangos de soldados indios— todavía servían al ejército colonial británico. La camorra, una sociedad secreta parecida a la mafia, seguía secuestrando a turistas en Nápoles; los hisopos, unas escobillas empleadas para esparcir agua bendita, todavía se empleaban rutinariamente en las misas católicas, y la gente seguía lavándose con jabón de aceite de opopónaco, una planta aromática.

Como me sentí elegiaca con el mundo evocado por las palabras de Van Vechten, las probé con mi familia para ver si los demás antiguos acólitos de Wally estaban más familiarizados con ellas que yo. (Si algún lector desea ponerse a prueba, el significado de las palabras no definidas en este ensayo se encuentra en la página 35.) Entusiasmada con la tarea, estaba a punto de someter a mis amigos a la ardua prueba cuando mi editor, que no deseaba ser una de mis víctimas, me dijo con suavidad: «Un momento, Anne. Hay gente a la que no le gustan las pruebas tanto como a ti».

Tenía razón. De niña, mi familia no solo se enfrascaba en parrafadas de palabras sesquipedales, sino que para nosotros cualquier tipo de concurso intelectual era un sacramento, una especie de agua bendita que había que despilfarrar con el mayor hisopo posible.

Cuando vi la película *Quiz Show* me retorcí en mi asiento porque el ambiente de invernadero literario de la casa de los Van Doren me resultó demasiado familiar. Como a los jóvenes Van Doren, a los niños Fadiman les pedían ritualmente que identificaran citas literarias. Mientras mi madre se enfrentaba a los bocinazos de un atasco en una autopista de Los Ángeles, mi padre murmuraba: «*We are here as on a darkling plain / Swept with confused alarms of struggle and flight.*[6] ¿Fuente?». Y Kim y yo chillábamos al unísono: «¡Dover Beach!».

Nuestro fervor competitivo alcanzaba su apogeo cada domingo por la tarde, cuando nos reuníamos en torno al televisor para nuestra cita semanal con *G. E. College Bowl*. Como recordarán los que tienen cierta edad y predisposición, se trataba de un concurso —honesto y sin apaños— en el que dos equipos de cuatro estudiantes que representaban a distintas universidades competían por una beca. Nuestra familia también constituía un equipo de cuatro miembros, al que —estoy reconociendo esto en público por primera vez— llamábamos U. de Fadiman. Para nosotros era un artículo de fe que la U. de Fadiman podía ganar a cualquier otra U., y la verdad es que, tras cinco o seis años de concursos, solo perdimos con Brandeis y Colorado College. Mi padre se sabía todas las respuestas de las preguntas de historia y literatura, mi madre dominaba la política y los deportes, y mi hermano, las ciencias. Yo rara vez sabía algo que ya no supiera otro miembro de la U. de Fadiman, pero, como tenía reflejos más rápidos que mis padres, a veces conseguía ser la primera en golpear el brazo de mi silla (nuestra versión casera del botón de *College Bowl*). La U. de Fadiman siempre gritaba la respuesta antes de que Robert Earle, el presentador, pudiera acabar de formular la pregunta. «Wing Biddlebaum es un pobre antiguo maestro de escuela. El doctor Percival es…» ¡PAM! «*¡Winesburg, Ohio!*» «Tras envenenarle y pegarle varios tiros…» ¡PAM! «¡Rasputín!»

Después de una infancia intentando superar a mi familia, para mí fue una suerte de liberación presentar al resto de la camorra Fadiman un test de vocabulario que yo misma había suspendido descaradamente: presuspendido, antes de que sus manos siquiera pudieran acercarse a los brazos de sus sillas. Mi madre conocía una palabra: *cipayo*. Mi hermano, en una humillante victoria fraterna, reconoció nueve: *mefítico, monofisita, diapasón, cipayo, subadar, alcalde, hisopo, agatodemonio* y *cacodemonio*. Mi padre conocía doce: las mismas que Kim (salvo *hisopo*), además de *retromingente, palustre, camorra* y *opopónaco*. ¡PAM!

Aunque mi marido cree que el espíritu de la U. de Fadiman es una psicosis peligrosa, también él se sometió alegremente a mi catequesis. Conocía *diapasón*. Creo que se alegró mucho de haberme ganado. Haciendo caso omiso de la advertencia de mi editor, procedí a sondear

a una muestra aleatoria de amigos: un crítico cinematográfico, un escritor *freelance*, tres editores, un dramaturgo, un profesor universitario de literatura inglesa, otro de clásicas, un abogado, un estudiante de derecho, un cómico y el director de operaciones del sistema de autobuses de la ciudad de Nueva York. Algunos intentaron escabullirse del concurso y abordaron el test como si fuera el juego del diccionario, y se inventaban definiciones (*palustre*: «pastel alemán hecho con perro faldero»; *subadar*: «escupidera turca»; *grimorio*: «lugar donde Barba Azul guardaba su albornoz»). El resultado final fue: cinco ceros, tres unos, un dos, tres sietes y un nueve.

Aunque no puedo decir que mi encuesta fuera estadísticamente significativa, lo que sí me llamó la atención fue que, como glosadores, mis encuestados o respondieron bastante bien o respondieron fatal. Unos conocían muy pocas palabras, mientras que otros conocían varias. ¿Qué es lo que caracteriza a los Wallys? Mi padre —el campeón hasta el día de hoy— por supuesto *es* Wally y, por lo tanto, constituye una clase por sí mismo, aunque me aventuro a pensar que también lo ayudó el hecho de tener noventa años, lo que significa que es un producto intelectual de la misma era que formó a Carl Van Vechten. Mi amigo abogado, que conocía siete palabras, prácticamente solo lee obras publicadas antes de la Primera Guerra Mundial. Tiene cuarenta y un años, aunque podría tener noventa perfectamente. El profesor de clásicas (9) y uno de los editores (7) sabían griego y latín. Mi hermano tenía la incomparable ventaja de no poseer un televisor. Cada uno de los que sacaron la puntuación más alta consideraron que estas veintidós palabras —sobre todo las que *no* conocían— no eran un obstáculo espinoso, sino un preciado tesoro. «¡Cuando las encontraste debiste de sentirte como el tenaz Cortez!», exclamó el profesor de literatura (7). («¿Fuente?», pensé automáticamente. «*On First Looking into Chapman's Homer*.»)

Todos los Wallys se acordaban exactamente de dónde habían encontrado las palabras que conocían. El profesor de literatura dijo: «¡Mefítico! Eso debe de significar hediondo. Lo he visto en *Paraíso perdido*, cuando Milton describe el olor del infierno». Mi hermano, un guía de montaña y profesor de historia natural que vive en Wyoming, dijo: «Mefítico, hum, sí. El nombre científico de la mofeta listada es *Mephitis mephitis*, que significa *Apestoso apestoso*». El abogado, que, increíblemente, se había topado con *mefítico* justo la semana anterior en *Sartor Resartus* de Carlyle, tenía una memoria particularmente prodigiosa. Cuando le pedí que definiera *monofisita*, contestó: «Eso es un hereje, por supuesto, que cree que hay una naturaleza única en Cristo. Encontré esa palabra por primera vez en *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, que leí en versión abreviada, en una edición verde de Dell Laurel que tenía una foto de ruinas romanas

en la tapa, y me la compré con mis ahorros por setenta y cinco centavos cuando estaba en primaria. Fue en una librería en la esquina de Mill Road y Península Boulevard en Valley Stream, Nueva York. La leí mientras iba caminando a casa. Era primavera, y todos los árboles de Mill Road tenían brotes». Ningún hombre ha recordado el rostro, vestido o perfume de una antigua amante con una precisión más tierna que la de Jon cuando rememoró ese glorioso día en que él y *monofisita* se vieron por primera vez.

Pregunté a mis encuestados si creían que conocemos más o menos palabras que las que habríamos conocido en 1920. En eso no se pusieron de acuerdo. «Seguro que sabemos al menos la misma cantidad», contestó el cómico (0). «Solo con el nuevo vocabulario de Internet se ha compensado con creces todo lo que hemos perdido desde el siglo XIX.» Esa idea me pareció a todas luces mefítica. El dramaturgo (1) se lamentó con tristeza: «Conocemos menos palabras, y las que conocemos son menos hermosas. ¡Basta con escuchar las palabras de tu lista! Las que perdimos tienden a ser connotativas, y las que ganamos tienden a ser denotativas. Nunca he visto *módem* en un poema». Comparto la opinión del dramaturgo. Puedo despedirme sin lágrimas de *copelación* (acción de separar oro o plata del plomo en un recipiente pequeño y liso llamado copela), pero siento haber vivido hasta ahora sin saber que un grimorio es un libro de hechizos mágicos o que un ádito es el sanctasanctórum de un templo. El diccionario de Wally y el libro de gatos de Carl Van Vechten son grimorios. Ahora mismo estoy sintiendo el efecto de sus hechizos.

Estas veintidós palabras, que ignoraba hasta hace dos meses, ahora se han introducido profundamente en mi ádito psicológico. Poco después de la fiesta del quinto cumpleaños de mi hija, soñé que, en lugar de jugar a «colgarle la cola al burro», Susannah (que ahora también es una aficionada a *Wally el gusano de palabras*) y sus amigos jugaban con mis palabras, que habían adquirido brillantes formas tridimensionales. Su palabra favorita era *opopónaco*. Los niños se tiraban los unos a los otros encantados sus juguetes nuevos, pues las palabras relucían y eran hermosas. Pero, como los globos, flotaban demasiado y, si los niños no tenían cuidado, las palabras se iban volando.

Calineries (s. pl.): zalamerías; *diapasón* (s. m.): serie de notas que incluyen la extensión total de una voz o instrumento; *adapertil* (adj.): fácil de abrir; *retromingente* (adj.): que orina hacia atrás; *perllan* (s.): huerto galés; *palustre* (adj.): perteneciente o relativo a una laguna o pantano; *apócema* (s. f.): pócima; *itifálico* (adj.): que tiene el pene erecto; *agatodemonio* (s.): espíritu bueno; *cacodemonio* (s.): espíritu maléfico; *goético* (adj.): relativo a la brujería.

MI ESTANTE SUELTO

Creo que todo el mundo tiene en su biblioteca un Estante Suelto. En ese estante hay un pequeño y misterioso conjunto de volúmenes cuyo tema nada tiene que ver con el resto de la biblioteca y, sin embargo, tras mirarlo detenidamente, dice mucho de su propietario. En el Estante Suelto de George Orwell había una colección de revistas femeninas encuadernadas que se remontaban a la década de 1860 y que a él le gustaba leer en la bañera. Philip Larkin tenía un Estante Suelto de un tamaño excepcional atestado de libros de pornografía, con un énfasis especial en las azotainas. El vicealmirante James Stockdale, tras enterarse de que Federico el Grande nunca se embarcaba en una campaña sin su ejemplar de *Enquiridión*, se llevó a Vietnam las obras completas de Epicteto, cuya filosofía estoica lo sostendría durante los ocho años que fue prisionero de guerra.

En mi Estante Suelto hay sesenta y cuatro libros sobre la exploración polar: narraciones de expediciones, diarios, colecciones de fotografías, tratados de historia natural y manuales navales («No toque metal frío con las manos desnudas y húmedas». En caso de tocarlo sin querer, orine en él para calentarlo y salvar unos centímetros de piel. Si se le pegan las dos manos, más le vale tener un amigo cerca»). Estos libros están tan cargados de sentimiento que podrían estar embadurnados de grasa de foca y empapados de espuma del mar de Weddell. Mi interés es un interés solitario, pues no puedo sacarlo a colación en los cócteles. A veces me siento como si me hubiese pasado gran parte de mi vida aprendiendo una lengua muerta que nadie más sabe hablar. Cuando leo en la cama, le digo a George: «¿Sabías que en la primera expedición de Scott a la Antártida, Edward Wilson se levantaba todos los días a la una y cinco de la madrugada para mascar un poco de carne de foca y luego metérsela por la garganta a una cría de pingüino emperador que había encontrado en la Gran Barrera de Hielo?». George me responde con un gruñido; él es un hombre de la selva tropical. Le gusta soñar que está sentado bajo un enorme árbol, con los hombros cubiertos de lianas en estado de descomposición y bromeliáceas en flor, mientras le caen en la cabeza quinientas especies distintas de babosas multicolores. Para mí, su paisaje ideal es desordenado e hiperbólico: *es demasiado*. Para él, *mi* paisaje ideal, una

monocromía gélida y mezquina de blanco sobre blanco, llena de séracs y grietas y con un solitario oso polar a lo lejos, *no es suficiente*. He intentado explicarle que el espíritu polar tiene el mismo atractivo que el cuerpo de Katharine Hepburn (que sé que él aprecia mucho), un cuerpo que Spencer Tracy, en *La impetuosa*, definió así: «Puede que no tenga mucha chicha, pero la que hay está muy buena».

Mi ardor por el minimalismo de las latitudes extremas se inició tan pronto que necesitaría varios años de diván para desentrañar su origen. No puedo recordar una época en que no prefiriera el invierno al verano, *Blancanieves* a *La cenicienta* o los mitos nórdicos a los griegos. A los trece o catorce años, leí los recuerdos de C. S. Lewis de la epifanía fundamental de su infancia, el momento en que se topó con un poema de influencia nórdica de Longfellow que empezaba así:

Oí una voz, que gritaba,
«*¡Balder el hermoso*
ha muerto, ha muerto!»

«Yo no sabía nada sobre Balder —escribió Lewis—, pero enseguida me sentí transportado a vastas regiones de cielo septentrional, [y] deseé con una intensidad casi enfermiza algo imposible de describir (salvo que era frío, extenso, severo, pálido y remoto).» Cuando leí ese pasaje, me estremecí, presa de una mezcla de hipotermia empática y de un reconocimiento lleno de pasión.

A medida que fui haciéndome mayor, mi anhelo de lo que Lewis llamó «septentrionalidad» (el Ártico) generó un deseo antípoda de la «meridionalidad» (la Antártida). Como no me era fácil ir a ninguno de los dos sitios, trabajé durante un tiempo como instructora de montañismo, basándome en que las grandes altitudes eran un sustituto razonable de las latitudes altas. Al cabo de unos años, me las arreglé para convencer a un bondadoso editor de que me enviara dos veces al Ártico, una para escribir sobre los osos polares y otra sobre los almizcleros. Cada vez temí que mi imaginación alimentada desde hacía tanto tiempo envenenara la realidad, y cada vez la realidad la superó. Y cada vez, en cuanto volvía a casa, corría a mi Estante Suelto, que enseguida volvía a transportarme a las vastas regiones del cielo septentrional de Lewis. Fue así como, al final, mi enamoramiento de Balder el Hermoso se convirtió en un enamoramiento de Ross, Franklin, Nares, Shackleton, Oates y Scott.

Tengo que decir que estos exploradores fueron unos auténticos fracasados, y no es casualidad que también fueran todos británicos. Los estadounidenses admiran el éxito; los ingleses admiran el fracaso heroico. Si me dieran a elegir —al menos en lo que se refiere a mis

lecturas—, soy lo suficientemente antiestadounidense como para preferir el quijotismo a la eficacia en lo que sea. Siempre me ha parecido que la imagen de «ocaso de un imperio» que daba la era victoriana era inexpresablemente conmovedora, y nadie podría ser más victoriano que esos hombres valientes, concienzudos, optimistas, sacrificados, patriotas, honorables, altruistas y totalmente ineptos que, si bien dejaron sus nombres por todos los mapas del Ártico y el Antártico, no fueron capaces de atravesar el paso del Noroeste y perdieron las carreras a los dos polos. ¿Quién, sino un inglés, el teniente William Edward Parry, habría decidido, al llegar al oeste de Groenlandia, hacer ondear una bandera con la rama de un olivo para asegurarse un primer encuentro pacífico con los esquimales polares, que no solo nunca habían visto la rama de un olivo, sino que ni siquiera habían visto un árbol? ¿Quién, sino un inglés, el legendario *sir* John Franklin, se las habría arreglado para morirse de hambre y escorbuto junto con sus 129 hombres en una región del Ártico canadiense cuya caza había dado de comer a una colonia de esquimales desde hacía siglos? Más tarde, cuando encontraron los cadáveres de algunos de los oficiales y miembros del equipo de Franklin a varios kilómetros de sus barcos, vieron que, si bien los hombres se habían dejado las armas, habían arrastrado objetos tan esenciales como una cubertería de plata con monograma, un tablero de *backgammon*, una caja de puros, un cepillo para la ropa, una lata de cera para los botones y un ejemplar de *El vicario de Wakefield*. Puede que estos hombres fueran unos chapuceros redomados, pero qué duda cabe de que eran auténticos caballeros.

Los exploradores de éxito —por ejemplo, Roald Amundsen, el noruego ultrapragmático que recorrió con un trineo 1.400 kilómetros hasta el Polo Sur, mató y se comió a sus perros de tiro siguiendo un estricto programa y regresó con su trineo sin congelarse, sin contraer escorbuto y sin quedarse ciego por la nieve, aunque también hay que decir que uno de sus cuatro compañeros tuvo dolor de muelas— no me interesan demasiado. «Claro que no —dijo George—.Eres una romántica. ¿Qué tiene de romántico un tío que quiere ir a un sitio y *llega*?»

En el panteón de los fracasos polares británicos, nadie podría ser más romántico que el hombre derrotado por Amundsen, *sir* Robert Falcon Scott, por el cual siento una ternura especial desde hace tiempo. Una de las muchas razones por las que poseo una docena de libros sobre este hombre es que él y su partida también eran amantes de los libros. Uno tiende a imaginar que los exploradores polares eran hombres sucios, que caminaban trabajosamente y en silencio por la nieve y se alimentaban de medias raciones de carne seca, y muchos

eran así. Pero a menudo, antes de iniciar esas marchas, los hombres tenían que pasar el invierno en campamentos base sorprendentemente civilizados, entre los que el del cabo Evans, la acogedora choza donde Scott y sus veinticuatro hombres pasaron el invierno de 1911, era de lejos el más intelectual. Tres noches a la semana después de la cena —que en las ocasiones especiales consistía en consomé de foca y pecho de pingüino estofado—, Scott celebraba sesiones de lo que llamó la «Universitas Antarctica». Discutían de temas como el futuro de la aviación, el arte japonés y la parasitología de los peces. Las veladas en que no tocaba una sesión de Universitas, los hombres escuchaban a Caruso en el gramófono, escribían poesía, pintaban a la acuarela o leían libros de los Estantes Sueltos que algunos de ellos habían transportado veintidós mil kilómetros. El propio Scott se llevó una selección de novelas rusas y polacas. El capitán Lawrence Edward Grace Oates, un antiguo alumno de Eton definido por uno de los marineros como «un caballero, muy caballero, y siempre un caballero», se llevó los cinco volúmenes de *Peninsular War* de Charles James Napier, un estudio épico de las campañas napoleónicas en la península ibérica. Edward Wilson, el jefe del equipo científico —el mismo que había criado el pingüino en la anterior expedición de Scott al Antártico—, se llevó las obras de Tennyson. Tras leer «In Memoriam», escribió en su diario que se había «dado cuenta de que era un auténtico poema de fe, esperanza y religión, [y] me hace sentir que si el fin me llega aquí o cerca de aquí… las cosas serán como deben ser».

La anotación de Wilson en su diario no podía haber sido más profética. Como sabe cualquier escolar inglés, Scott, Oates, Wilson, el teniente Henry Bowers y el suboficial de marina Edgar Evans —cuya expedición se vio retrasada por el mal tiempo, las raciones insuficientes, la ropa inadecuada, las tiendas mediocres y, como eran amantes de los animales, por su insistencia masoquista en tirar ellos mismos de los trineos durante casi toda la travesía en lugar de emplear perros— llegaron al Polo Norte el 17 de enero de 1912, y allí descubrieron que Amundsen ya había plantado la bandera noruega treinta y cuatro días antes. El 17 de febrero, un mes después de iniciar la travesía de regreso, Evans sufrió una caída y murió. El 17 de marzo, Oates, al darse cuenta de que sus pies congelados y gangrenados estaban perjudicando al resto de la partida, pronunció las palabras más famosas y galantes de la historia de la exploración polar: «Salgo un momento y a lo mejor tardo un poco». Salió a trompicones de la tienda para adentrarse en una tormenta de nieve y nunca más volvieron a verlo. Ese día cumplía treinta y dos años. *Balder el Hermoso ha muerto, ha muerto.*

El 21 de marzo, cuando solo les quedaban raciones para dos días,

Scott, Wilson y Bowers, desfallecidos de hambre y devastados por el escorbuto, montaron la tienda al ver que se avecinaba un violento temporal. Habían caminado mil doscientos kilómetros desde el Polo. El campamento base estaba a poco más de doscientos kilómetros, y el depósito One Ton, que almacenaba una gran provisión de comida y combustible, se encontraba a solo diecisiete kilómetros.

Siete meses después, una partida de rescate del cabo Evans encontró la pequeña tienda de lona verde. En su interior había tres cadáveres, arropados con sus sacos de dormir de piel de ciervo. Junto al cadáver de Scott había un fajo de cartas que había escrito a las mujeres y a las madres de sus compañeros, así como su diario, que era legible, a pesar de que lo escribió con mitones y la letra se iba volviendo cada vez más vacilante, hasta la última anotación. «Estamos muy débiles —anotó—, me cuesta escribir, pero por mi propio bien no lamento este viaje, que ha demostrado que los ingleses pueden soportar las penurias, ayudarse entre ellos y encontrar la muerte con la misma fortaleza que en el pasado.»

El último diario de Scott es indescriptiblemente triste. Pero, por razones que no puedo explicar del todo, veo que lo que más me afecta es la descripción de lo que encontró la partida de rescate en su trineo: trece kilos de rocas que contenían fósiles del Paleozoico de hojas y tallos del género *Glossopteris*, arrastrados por los hombres seiscientos cuarenta kilómetros desde el glaciar Beardmore. Scott se había preocupado tanto por viajar ligero de equipaje que había racionado la comida de su partida hasta el último gramo, pero no se había deshecho de las rocas. De haberlas abandonado, quizá él y sus hombres habrían podido caminar esos últimos diecisiete kilómetros.

Si tuviese que decir cuál es la parte más querida de mi Estante Suelto, creo que serían las páginas que describen esos especímenes geológicos. Los anales de la exploración polar contienen muchos momentos de triunfo, e incluso más de farsas, pero también están colmados de muerte. La lección que me han enseñado estos libros es que, si uno va a ser un mártir, más le vale elegir a su enemigo con cuidado. Cuando pienso en las causas por las que la gente suele renunciar a la vida —nacionalismo, religión, identidad étnica—, me doy cuenta de que tampoco está tan mal morir por una bolsa de rocas de trece kilos y por el mundo perdido que representan.

NO DESPRECIES EL SONETO

Hace poco leí que el abogado defensor radical William Kunstler escribe sonetos desde hace más de cincuenta años. Al parecer, tras la detención de O. J. Simpson, le sobrevino una inspiración divina que dio lugar a un poema titulado «When the Cheering Stopped» (Cuando acabaron las ovaciones). Esta obra consiste en catorce versos yámbicos, con alusiones al campeonato Heisman y la compañía de alquiler de coches Hertz, y acaba con el pareado de impecable prosodia: «*He's learned the cruelest lesson of them all — / Celebrity does not prevent a fall*».[7] A Kunstler no parece importarle su oído de latón y, en cuanto a O. J., afirma: «Hay una cosa de la que estoy seguro, y es que este no será mi último soneto sobre el tema».

Sentí una cálida oleada de camaradería hacia el señor Kunstler porque yo también he sido escritora de sonetos malos. La semana pasada, mientras ordenaba mis archivos, me encontré con el siguiente ejemplo, titulado «Interview with a Soldier» (Entrevista con un soldado):

> *Oh sure! I guess I'll cheer like all the rest*
> *When this is through and we can all go back—*
> *Sometimes I think this stuff is like a test*
> *Of nerves, and one more sleepless night, you'll crack.*
> *It's funny — little kids all want to fight,*
> *But later, when you get your card, it's — well—*
> *It's different, not so great. And now, at night,*
> *You tell the world, shut up or go to hell*
> *A hero's death is fine — I'd hate to crawl*
> *Away to die. You're nuts to think you go*
> *To Hell… This Catholic — he prayed and all—*
> *Blown up — I think they found a finger, though.*
> *But Christ! It came damn near me — I'm okay*
> *Though. Nothing happened bad at all that day.*[8]

Escribí «Interview with a Soldier» el 21 de mayo de 1967, cuando tenía trece años, para la clase de inglés de la señorita Farrar en la

escuela de niñas Marlborough School de Los Ángeles. En aquella época, sabía tanto de lo que significaba ser un soldado en Vietnam como de sexo o política, mis otros dos temas poéticos favoritos, pero eso no me detuvo. Creí que mi soneto era de lo más brutal y sofisticado, una mezcla mordaz de Siegfried Sassoon y J. D. Salinger, pero todavía más valioso porque expresaba todo ese nihilismo en solo catorce versos.

Dio la casualidad de que dejé mi copia amarillenta de «Interview with a Soldier» en la mesita de noche, donde la descubrió mi marido. George y yo tenemos pocos secretos, pero en los diez años que llevábamos juntos nunca le había enseñado mis poemas. Es posible que tenga que ver con el hecho de que cuando George tenía veintitantos años fue un poeta *de verdad*, que editó en publicaciones como *Ploughshare* y *The Southern Poetry Review*.

—Hummm —dijo, eligiendo las palabras con cuidado—. Escandiste bien.

A veces creo que en mi epitafio se leerá: «Escandía bien». Porque, muy a pesar mío, George había resumido mi carácter esencial en dos palabras. Tras la apariencia de dureza de mi soneto —no me fue nada fácil combinar «infierno», «Dios» y «puñetero»— se escondía el alma de una pedante y mojigata impenitente que no habría permitido que un pícaro metro trocaico se deslizara entre sus versos yámbicos perfectos del mismo modo que jamás se habría presentado en la clase de la señorita Farrar con una mancha en su uniforme de la escuela.

Fue un duro golpe cuando la señorita Farrar colgó los mejores sonetos de la clase en el tablón de anuncios y el mío no se encontraba entre ellos. Su favorito era uno sobre la Acrópolis. Veintiocho años después, todavía me acuerdo de que su autora llamó al Partenón «una corona en ruinas». Nunca se me ocurrió que esa metáfora sola valía mucho más que todo mi soneto; lo único que vi, en mi orgullo herido, fue que los versos de mi rival *no escandían*. Hasta los dieciséis años, cuando leí el soneto 116 de Shakespeare («Let me not to the marriage of true minds / Admit impediments. Love is not love…»)[9] y los versos de Hopkins «The Windhover» (El halcón) («Brute beauty and valor and act, oh, air, pride, plume, here / Buckle!»)[10] no me di cuenta de que si esos poetas no se ceñían al verso yámbico, no era porque no podían, sino porque no querían.

Para entonces había escrito veinte o treinta sonetos, de los cuales —sé que para mis futuros antólogos esto será muy decepcionante— solo quedan cuatro. En cuanto a la forma, eran todos shakespearianos (tres cuartetos y un pareado), más que petrarquistas (dos cuartetos y dos tercetos), porque los sonetos shakespearianos, al tener siete rimas en lugar de solo cuatro o cinco, eran más fáciles. (Debido a mi propensión a acaparar éxitos, estaba dispuesta a enfrentarme a cierta

cantidad de retos, pero me resistía a aceptar una dificultad opcional que seguro que los miembros más ignorantes de mi público lector imaginario ni siquiera apreciarían.) La obra de Fadiman era uniformemente sombría. Un soneto escrito a los quince años, sobre una zona sórdida de Hollywood Boulevard a la que dirigí mi cínica mirada mientras esperaba en la cola de un cine, acaba con el pareado: «While in the movie many people died / I saw more death while killing time outside».[11] Escandía bien.

En aquella época, al igual que el *bourgeois gentilhomme* de Molière que se congratula de haber hablado en prosa toda su vida, yo creía que escribía poesía. Mis sonetos parecían poemas. Graznaban como poemas. Pero a los diecisiete años, cuando llegué a la universidad y de pronto mis facultades críticas despertaron, tuve que reconocer que en realidad no eran poemas. Había confundido el genio lírico con lo que en realidad solo era una facilidad genética para resolver problemas verbales que permitía a todos los miembros de mi familia lucirse con los crucigramas, anagramas y el Scrabble. Desde que comprendí esa terrible realidad, no volví a escribir ni un solo poema a excepción de los ripios que recito en las bodas de mis amigos. ¡Cómo envidio al señor Kunstler por su suspensión de la incredulidad[12] que le ha permitido escribir durante medio siglo!

Queda la pregunta: durante mi breve carrera de pseudopoetisa, ¿por qué prácticamente solo escribí sonetos? En retrospectiva, creo que para mí era como una reivindicación tanto de mi temperamento como de mi ser físico. Yo era pequeña y compulsiva; no se me daba la épica ni el verso libre; tanto en mi trabajo como en la vida, no estaba destinada a entregarme a un gran proyecto, sino al detalle lapidario. El soneto, con su compresión epigramática y estructura formal (nunca doce versos, nunca dieciséis), proclamaba de un modo alentador que la pequeñez y la estrechez de miras no tenían por qué ir de la mano. Un soneto puede *parecer* intrascendente, pero de algún modo es lo suficientemente grande para dar cabida al amor, la guerra, la muerte y a O. J. Simpson. Uno podría meter el mundo entero si empuja con suficiente fuerza.

Por eso me atrajeron particularmente dos sonetos de Wordsworth sobre el soneto. Uno se llama «Nuns Fret Not at Their Convent's Narrow Room» (No perturba a las monjas la estrechez del convento). El tema es el poder paradójicamente liberador de la restricción. Igual que una monja no se siente encerrada en su celda porque, por muy pequeña que sea, hay suficiente espacio para Dios, el poeta también puede sentir que su imaginación se libera a través de los modestos límites del soneto: «ln truth, the prison, into which we doom / Ourselves, no prison is; and hence for me, / in sundry moods, 'twas pass time to be bound / Within the Sonnet's scanty plot of ground».[13]

En el segundo poema, «Scorn not the Sonnet» (No desprecies el soneto), Wordsworth convoca a una gloriosa procesión de poetas —Shakespeare, Petrarca, Tasso, Camoens, Dante, Spenser— que, atormentados por un amor perdido, el exilio o la depresión, hallaron consuelo en el soneto. Acaba con Milton, que escribió sus mejores sonetos tras quedarse ciego poco después de cumplir los cuarenta: «… when a damp / Fell round the path of Milton, in his hand / The Thing became a trumpet».[14]

El tema del poder consolador del soneto tiene un significado especial para mí por lo que le ocurrió a mi padre hace dos años, cuando tenía ochenta y ocho años. En una semana, por razones desconocidas, había pasado de leer *The Encyclopaedia Britannica* a no ver la *E* en lo alto de la tabla del oculista. Lo llevé de la costa oeste de Florida, donde viven él y mi madre, al Bascom Palmer Eye Institute de Miami y allí le informaron de que padecía una necrosis retinal aguda, quizá provocada por un virus de la varicela que había estado latente durante más de ochenta años. Tenía pocas posibilidades de recuperar la vista.

Esa noche, tumbada en un catre en la habitación del hospital, mientras hablábamos de los placeres y decepciones de la vida, en algún momento pasada la medianoche, mi padre dijo:

—No quisiera ponerme melodramático, pero debes saber que, si no puedo leer ni escribir, estoy acabado.

Mi padre no se había retirado, seguía trabajando sesenta horas a la semana como editor y crítico.

—Bueno, Milton escribió *Paraíso perdido* después de quedarse ciego —dije, agarrándome a un clavo ardiendo.

—Es verdad —repuso mi padre—. También escribió ese famoso soneto.

—«On His Blindness»[15] —contesté. Lo había leído a los trece años, el año que escribí mi primer soneto.

—«When I consider how my light is spent…» ¿Y cómo sigue? —preguntó—. ¿No sigue una preposición?

A oscuras, entre los dos conseguimos reconstruir seis versos y medio de los catorce.

—En cuanto vuelvas a Nueva York —dijo—, tienes que buscar ese soneto y leérmelo por teléfono.

En ese momento era imposible saber que durante el siguiente año mi padre aprendería a escuchar grabaciones de libros, a dar conferencias sin notas y a desarrollar recursos internos insospechados; en pocas palabras, a descubrir que la estrecha habitación del convento que se había visto obligado a ocupar era, aunque terrible, bastante

más amplia de lo que creía. Todo eso estaba por ver, pero esa noche en Miami, el soneto de Milton le proporcionó el primer atisbo de la persistente curiosidad intelectual que demostró ser su salvación.

Cuando volví a casa, lo llamé al hospital y le leí el soneto:

> *When I consider how my light is spent*
> *Ere half my days, in this dark world and wide,*
> *And that one talent wbich is death to hide,*
> *Lodged with me useless, though my soul more bent*
> *To serve therewith my Maker, and present*
> *My true account, lest he returning chide*;
> «*Doth God exact day-labor, light denied*?»
> *I fondly ask; But Patience to prevent*
> *That murmur, soon replies, «God doth not need*
> *Either man's work or his own gifts; who best*
> *Bear his mild yoke, they serve him best. His state*
> *Is kingly. Thousands at his bidding speed*
> *And post o'er land and ocean without rest*:
> *They also serve who only stand and wait*».[16]

—Por supuesto —dijo mi pesimista e impío padre—. ¿Cómo pude olvidarlo?

ESO NO SE HACE CON LOS LIBROS

Cuando yo tenía once años y mi hermano trece, nuestros padres nos llevaron a Europa. En el Hotel d'Angleterre de Copenhague, como siempre desde que aprendió a leer, Kim dejó un libro abierto y boca abajo en su mesita de noche. Cuando volvió al hotel por la tarde, encontró el libro cerrado, con un papel insertado para señalar la página y la siguiente nota, firmada por la camarera, sobre la tapa:

> Señor, eso no se hace con los libros.

Mi hermano se quedó atónito. ¿Cómo era posible que a él —un lector tan ferviente que en el pensionado escondía por las noches un libro y una linterna bajo las sábanas después de que apagaran la luz, un delito castigado con una tunda con una pala de madera— lo acusaran de *no amar los libros*? Compartí su mortificación. No podía imaginar una familia más bibliólatra que los Fadiman. Sin embargo, a los ojos de la joven camarera danesa, todos, salvo mi madre, habríamos sido declarados culpables de maltratar los libros de un modo desenfrenado.

En los siguientes treinta años me di cuenta de que igual que hay más de una manera de amar a una persona, también hay más de una manera de amar un libro. La camarera creía en el amor cortés. Para ella el ser físico de un libro era sagrado y su forma no podía separarse de su contenido; su deber de amante era el de rendirles una adoración platónica, un intento noble pero condenado al fracaso de conservar para siempre el estado de castidad perfecto en el que salió de la librería. En cambio, la familia Fadiman creía en el amor carnal. Para nosotros, lo sagrado de un libro eran las *palabras*, pero el papel, la tela, el cartón, el pegamento, el hilo y la tinta que las contenían no eran más que un recipiente, y no era ningún sacrilegio tratarlos con toda la licencia que dictan el deseo y el pragmatismo. El mal uso de un libro no era una señal de falta de respeto, sino de intimidad.

En una ocasión, Hilaire Belloc, un amante cortés, escribió:

> *¡Niño! No tires ese libro;*
> *¡reprime el pecaminoso placer*

de recortar todos los dibujos!
Presérvalo como tu más preciado tesoro.

¿Qué habría pensado Belloc de mi padre que, para reducir el peso de los libros de bolsillo que leía en los aviones, arrancaba los capítulos ya leídos y los tiraba a la basura? ¿Y qué habría pensado de mi marido, que lee en la sauna, donde las páginas fusionadas por el calor se desprenden como pétalos en una tormenta? ¿Qué habría pensado (ahora estoy intentando descaradamente elevar a mi familia de categoría por asociación) de Thomas Jefferson, que destrozó una inestimable edición de 1572 de las obras de Plutarco en griego para intercalar entre sus páginas una traducción al inglés? ¿O de mi antiguo editor, Byron Dobell, que, en una ocasión, cuando investigaba para un artículo sobre el Grand Tour, se pasó toda una noche leyendo los seis volúmenes de los diarios de Boswell y, según cuenta, «me los tragué como una mangosta gigante»? Byron me dijo: «Me importaba un rábano el estado de esos volúmenes. Para llegar adonde quería ir, los subrayé, los garabateé, los trituré, los tiré, los deshice en mil pedazos y les hice cosas que no se dicen en público».

Byron adora los libros. De verdad. También mi marido, que siempre deja los libros abiertos y boca abajo y cuyo compañero de habitación llegó a decirle: «George, si alguna vez le rompes el lomo a uno de mis libros, quiero que sepas que es como si me rompieras *el lomo a mí*». También Kim, que cuenta que, a pesar de lo ocurrido en Copenhague, en estos momentos tiene en su mesita de noche tres volúmenes abiertos y boca abajo. «Están listos para cogerlos cuando quiera —explica—. Para usar una analogía electrónica, cerrar un libro con un señalador es como apretar el botón de "*Stop*", mientras que cuando lo dejas boca abajo solo has apretado el botón de "Pausa".» Confieso que señalo las páginas de un modo promiscuo, a veces dejo el libro abierto y boca abajo, otras cometo el pecado aún más terrible de doblar la esquina de la página. (En este caso soy grosera y compulsiva a la vez: doblo la esquina superior para señalar la página y la inferior para indicar los pasajes que quiero fotocopiar para mi libro de citas.)

Los amantes corteses aprietan el botón de «*Stop*». Mi tía Carol —que cuando se entere de cómo trato los libros seguro que dirá que no es pariente mía— pone reproducciones de cuadros de Audubon horizontalmente para señalar el párrafo exacto que acaba de leer. Si el lado pintado está boca arriba, es que estaba leyendo la página de la izquierda; si está boca abajo, la página de la derecha. Un abogado que fue compañero mío de la universidad usa sus tarjetas y desdeña los señaladores de plata de Tiffany de su mujer porque son un par de micras demasiado gruesos y podrían dejar rastros de estigmas. Otro

compañero, un historiador de arte, prefiere los billetes del metro de París o «esos recibos impresos con chorro de tinta que te dan cuando pagas con tarjeta de crédito, pero solo los uso con los libros de crítica de arte cuya pedantería deseo profanar con algo realmente burdo y financiero. Nunca los emplearía con los libros de ficción o poesía porque esos *sí* son sagrados».

Los amantes corteses siempre retiran los señaladores cuando acaban la tarea, mientras que los carnales tienden a dejar recuerdos románticos, a menudo tridimensionales y sucios. *Birds of Yosemite and the East Slope* (Pájaros de Yosemite de la vertiente oriental), un volumen que pertenece a una amiga escritora de textos científicos, contiene la pluma de una lechuza y la punta de la cola de una ardilla como pruebas extraídas de la escena de un crimen acontecido cerca del puerto de Tioga. Una crítica literaria que conozco se llevó *The Collected Stories and Poems of Edgar Allan Poe* (Los relatos y poemas completos de Edgar Allan Poe) en una excursión por el Yucatán y, cada vez que un bicho interesante aterrizaba en el libro, lo atrapaba cerrándolo de golpe. Reunió tal colección de insectos que temió que Poe no pasara la aduana. (Pasó.)

Lo más permanente que uno puede dejar en un libro, y, por lo tanto, lo más terrible para un amante cortés, son sus propias palabras. Ni siquiera yo escribiría en una enciclopedia (salvo quizá con un lápiz del 3, que después borro), pero he escrito notas en las novelas y los poemas —convirtiendo monólogos en diálogos— desde que aprendí a leer. Byron Dobell dice que en sus libros más preciados, como en los *Ensayos* de Montaigne, ha escrito tantas veces, en tantos periodos distintos de su vida, con tantos colores de tinta, que se han convertido en palimpsestos. Prefiero leer el ejemplar de Byron de Montaigne que uno virgen recién salido de la librería, igual que prefiero leer el ejemplar de John Adams de la *Revolución francesa* de Mary Wollstonecraft, en cuyos márgenes disputaba con la autora fallecida («¡Santo cielo!», «¡Una teoría bárbara!», «¿Es que esta mujer dedicó tres meses a pensar en la creación de una Constitución libre para veinticinco millones de franceses?») con tanta vehemencia que, doscientos años más tarde, todavía se adivina el enfado en su letra.

¡Piensen en todo lo que se pierden los amantes corteses al creer que lo único que pueden hacer con los libros es *leerlos*! ¿Qué usan para calzar, hacer cuña, pegar objetos pesados y alisar las alfombras? De adolescente, mi amigo el historiador de arte usaba su preciado ejemplar de *D'Aulaire's Book of Greek Myths* (El libro de mitos griegos de D'Aulaire) como tambor con el que acompañaba a Led Zeppelin. Un profesor de filosofía de mi universidad, cuyo bebé se enamoró del retrato de David Hume en un libro de bolsillo de Penguin, forró la tapa de plástico para que su hija pudiera mordisquear al gran

pensador. A Menelik II, el emperador de Etiopía a finales del siglo XIX y principios del XX, le encantaba mordisquear las páginas de su Biblia. Por desgracia, murió tras comerse todo el Libro de los Reyes. No creo que el destino de Menelik sea un argumento para mantener los libros fuera del alcance de nuestras manos y dientes; es evidente que en este caso la lección que extraer es que también él tenía que haber forrado sus páginas con plástico.

«¡Qué hermosas para un auténtico amante de la lectura son las hojas manchadas y el aspecto gastado… de un viejo *Tom Jones* sacado de una biblioteca, o de un *Vicario de Wakefield*! —escribió Charles Lamb—. ¡Cuánto dicen de los miles de pulgares que han pasado sus páginas con placer…! ¿Quién los querría un poco menos sucios? ¿En qué mejor estado desearíamos verlos?» Absolutamente ninguno. Por eso, un arquitecto paisajista que conozco se regodea con el olor a tierra incrustado en sus libros de botánica; es el aluvión del trabajo de toda su vida. Por eso, mi amiga la escritora de textos científicos valora mucho más su *Mammals of the World* (Mamíferos del mundo) debido a las manchas de excrementos de Bertrand Russell, una paloma huérfana que se posaba sobre el libro cuando aprendía a volar. Y por eso, aunque tengo un atril de plástico transparente para los libros de cocina, nunca lo uso. ¡Qué placer será, dentro de treinta años, abrir *The Joy of Cooking* (La alegría de cocinar) por la página 581 y contemplar parte de la *auténtica yema de huevo* que mi hija echó en su primerísima hornada de bollos de arándano a los veintidós meses! Es que el estilo cortés no funciona con los niños pequeños. Espero no estar engañándome cuando imagino que hasta la camarera danesa, si ahora es madre, apreciaría un ejemplar verdaderamente asqueroso de *Pat the Bunny* (El conejito Pat) —un libro que *invita* al lector a comportarse como una mangosta gigante al estilo dobelliano— en el que el anillo de mamá se agrieta y papá frota su cara rasposa hasta quedar tan suave como la piedra de Blarney.[17]

El problema con el abordaje carnal es que queremos nuestros libros aunque estén descuajeringados. Mi hermano guarda su *Golden Guide to Birds* (Guía dorada de las aves) en una bolsa de plástico. «Consiste en varias docenas de fascículos —explica Kim—, y es imposible leerlo. Cuando lo cojo, se le caen las garcetas. Pero, si lo sustituyera, la nota que escribí cuando vi mi primer agamí ya no estaría allí. Además, no quiero reconocer que han cambiado tantos nombres de especies. Si me comprara una edición nueva, me sentiría como un traidor con mi viejo amigo el pájaro carpintero de vientre amarillo, al que han dividido en tres especies diferentes.»

Los ocho mil libros de mi amigo Clark, la mayoría de filosofía, nunca acabarían como *Golden Guide to Birds*. De hecho, a Clark le

daría un ataque de nervios solo con *enterarse* de lo que le pasó al libro de Kim. Clark, que es analista de inversiones, no deja que su mujer suba las persianas antes de que se ponga el sol para que no se destiñan las tapas. Siempre compra al menos dos ejemplares de sus libros favoritos, para que solo uno tenga que verse sometido al estrés de la lectura. Cuando en una de sus visitas su suegra cometió el error de sacar un libro de un estante, Clark la persiguió por el piso para asegurarse de que no le hiciera nada atroz, como dejarlo abierto y boca abajo en la mesa.

Lo sé porque, cuando George estuvo en su casa la semana pasada, habló con la mujer de Clark y apuntó algo en la guarda de atrás de *Que prosiga el carnaval* de Herman Wouk, que llevaba casualmente en la mochila. Después arrancó la página y me la dio.

LA VERDADERA FEMINIDAD

Hace seis años, poco después de que naciera mi primera hija, mi madre me envió un libro que había sido de mi bisabuela. El momento en que me lo dio fue casual. Mis padres estaban a punto de mudarse de California a Florida y se estaban deshaciendo de todo lo que no les cabría en su nueva casa, más pequeña. Como me habían tocado los candelabros de plata, los cuchillos de pescado de nácar y la bandeja para encurtidos de cristal tallado, mi madre metió el libro porque también era un objeto decorativo y ancestral.

El libro se llamaba *The Mirror of True Womanhood: A Book of Instruction for Women in the World* (El espejo de la verdadera feminidad: un libro de instrucción para las mujeres en el mundo). La encuadernación era de un color ocre oscuro, con un elaborado grabado de flores y hojas en la tapa, y las páginas tenían el borde dorado. Cuando acaricié la página del título con el dedo, sentí el relieve de la impresión tipográfica. La parte inferior del lomo estaba desportillada, lo que significaba que lo habían sacado varias veces con el dedo de un estante elevado.

En la tapa había un exlibris de St. Mary's Academy de Salt Lake City. Cinco líneas escritas con una letra inclinada y microscópica —los trazos hacia arriba eran tan finos como el pelo de un bebé— informaban de que el libro había sido regalado a la señorita Maude Earll el 21 de junio de 1886 por su excelencia en «Aritmética, Álgebra, Geometría, Trigonometría, Gramática, Retórica, Filosofía, Lógica, Botánica, Literatura, Historia, Caligrafía, Astronomía, Oratoria, Composición y Escritura Literaria, Costura, Bordado Ornamental, Guitarra y Contabilidad».

Para mi familia, mi bisabuela Maude siempre fue un personaje exótico porque, en medio de nuestro batiburrillo confesional —desciendo de judíos, presbiterianos, episcopalianos, mormones y científicos cristianos—, fue la única católica. Sus padres protestantes la habían enviado a una escuela de monjas con la condición de que las hermanas de la Santa Cruz no intentaran convertirla. Las monjas debieron valorar el alma de Maude más que su promesa porque, para cuando se graduó, Maude se había convertido en una devota adepta a

la religión católica. El premio que decidieron darle es el único libro que tengo que perteneció a un bisabuelo, incluso a un abuelo. Cuando mi madre me lo envió, solo sabía de Maude que tenía un pelo de color caoba que le llegaba hasta las rodillas y que le pesaba tanto que le daba dolores de cabeza. Al final se lo cortó y lo vendió por veinticinco dólares, lo mismo que cobró Jo por el suyo en *Mujercitas*. También sabía que tenía modales refinados y que podía coser con unas puntadas tan finas que eran invisibles.

Leí por primera vez *The Mirror of True Womanhood* mientras amamantaba a mi hija en una mecedora, en medio de la agitación, en parte debida al éxtasis y en parte al pánico, que sufren todas las madres primerizas por la falta de sueño y el precipitado reajuste de identidad. El libro me indignó. Pertenecía al vetusto género de manuales de consejos para mujeres —un género que comparte una signatura en la Biblioteca del Congreso con descendientes como *Having It All; Strategy in the Sex War* (Tenerlo todo; Estrategia en la guerra de los sexos) y *Help for the Hassled, Hurried, and Hustled* (Una ayuda a las aturdidas, acuciadas y ajetreadas)— que, en 1877, cuando se publicó este libro, casi siempre estaban escritos por hombres. El autor era el reverendo Bernard O'Reilly, un sacerdote de Nueva York que había sido capellán de la Brigada Irlandesa del Ejército de Potomac en la Guerra Civil. En veintidós capítulos exhortativos («El verdadero reino de la mujer: el hogar», «El deber supremo de la esposa: la fidelidad», «El cometido de la madre frente a la infancia»), el padre O'Reilly se las arregló para incluir todo lo que según él tenía que saber una mujer. En pocas palabras, lo que venía a decir era que: «A fin de que la mujer sea una fuente de felicidad para los demás así como para ella misma, toda su existencia debe ser una vida de sacrificios». Si se sometía a la disciplina, su hogar sería «el lugar más dulce, alegre y entrañable del mundo», pero si la transgredía, podía acabar como la madre egoísta que, de camino a Europa, «naufragó entre los icebergs delante de la costa de Terranova», o la holgazana ama de casa que padeció la suerte aún más funesta de que su decepcionado marido «migrara a California». «¡Padre O'Reilly! —reprendí al autor para mis adentros mientras mecía a mi hija—. ¡Usted nunca tuvo una esposa! ¡Nunca tuvo hijos! ¿Cómo se atreve a decirle a mi bisabuela cómo tiene que vivir? ¿Cómo se atreve a decírmelo a MÍ?»

El padre O'Reilly estaba deplorablemente seguro de sí mismo, o a lo mejor a mí me lo parecía porque, en aquella época, yo me sentía muy insegura. Me burlé de su mojigatería victoriana, pero en el fondo temía que tuviera razón sobre la maternidad; que, en realidad, mi ello estuviera a punto de quedar aplastado definitivamente por mi superego. Yo trabajaba en casa como escritora; por primera vez,

George era el principal sostén de la familia. «Los hombres han nacido para ser los sostenes del hogar: la naturaleza los formó y la educación los capacitó todavía más para realizar todo tipo de esfuerzos —leí—. La suya es la batalla de la vida tanto en el mar como en tierra. El hogar, con su quietud, su oscuridad, su inviolabilidad, es para la mujer: ella está hecha para crecer a la sombra.» ¿Y si me quedaba atrapada en esa sombra y no conseguía volver a salir nunca más?

Por supuesto, al referirse a nosotras, el padre O'Reilly nos llamaba «el sexo débil», pero tengo el presentimiento de que se estaba marcando un farol. Sus heroínas cuidaban de sus hijos con suficiente amor maternal como para sofocar a un pequeño ejército y atendían a leprosos, adoptaban a huérfanos desfigurados y llevaban pan a las familias pobres «en el tiempo invernal más inclemente». En comparación con ellas, sus hombres eran unos pobres desgraciados, que no paraban de sufrir percances, ya fuera por culpa de sus propias debilidades (intemperancia, adulterio, inversiones tontas) o por simple mala suerte (manos mutiladas, piernas amputadas, reuma paralizante). Pero las mujeres siempre se quedaban junto a sus hombres, los convencían de que abandonaran sus viciosas costumbres y los compensaban por sus dolencias trabajando todavía más. Mi anécdota favorita de O'Reilly trata de un marido especialmente grosero:

> Un día, al volver a casa a la hora de cenar y al ver que la comida no estaba lista, en un arrebato de ira, le dio por derribar y romper los muebles del comedor. Su esposa —una santa mujer— intentó apaciguarlo y, mientras urgía a los criados a que se apresuraran con los preparativos, le habló a su marido con dulzura sobre lo indecoroso que era ese despliegue de ira y le rogó que leyera un libro mientras ella iba a ayudar a la cocinera. Él apartó el libro violentamente y se puso a dar vueltas con paso airado por la habitación mientras la señora se iba rápidamente a la cocina.

Al cabo de un rato, escarmentado por el ejemplo de su esposa (y quizá porque la cena estaba a punto de llegar), el marido cogió el libro y se puso a leer. Por un increíble golpe de suerte, resultó ser *Las vidas de los santos*. El marido se reformó en ese mismo instante y «añadió otro nombre a la larga lista de héroes cristianos que, providencialmente, debían su grandeza y heroísmo a la irresistible influencia de una santa mujer».

«Ya te he pillado, padre O'Reilly —pensé—. Es el viejo truco del ensalzamiento: como somos mejores que los hombres, no necesitamos ser iguales a ellos.» Por supuesto, un poco de ensalzamiento tampoco

viene mal. En una ocasión, mientras leía un pasaje sobre la esposa ideal, de pronto alcé la vista y le pregunté a George: «¿Crees que soy una flor de una belleza sin parangón y una pureza inmaculada que se ha posado en tu pecho?». George contestó con un gruñido neutro, apaciguador, pero no del todo afirmativo.

Hace cinco meses, después del nacimiento de nuestro segundo hijo, volví a coger *The Mirror of True Womanhood*. Era un libro que parecía ir bien con el amamantamiento de un bebé. Esta vez me sentía mucho más segura de mí misma —de hecho, la maternidad había resultado ser una fuente de alegría que no me había adormecido el cerebro ni el ello— y, quizá por eso, el padre O'Reilly me parecía mucho menos seguro de sí mismo. Su sacralización del hogar ya no me parecía petulante; más bien me resultaba ansiosa. En 1877, el padre O'Reilly sentía que todo se le tambaleaba. Para él, el «santuario del hogar» era el último baluarte para hacer frente a la irreligiosidad, el evolucionismo, la delincuencia, el alcoholismo, la prostitución, la corrupción política, la mano de obra industrial, la falta de respeto a los mayores y la emancipación de la mujer. «Cierren y atranquen la puerta de sus hogares en todo momento —advirtió—, cuando vean que el mal está en la calle o en la carretera.» «No se preocupe, padre O'Reilly —le dije—. Ahora también hay mucha gente que se siente así.»

Esta vez, las virtudes maternas recomendadas no me parecieron tan horribles. (De hecho, decidí que, si también fueran obligatorias para los hombres, el mundo sería un lugar más amable y delicado.) Una noche hice una breve lista de las virtudes de O'Reilly y le pedí a George que me evaluara con una escala de diez puntos. Esto es lo que saqué:

Discreción....., 7
Disciplina....., 5
Fervor religioso....., 0
Capacidad de apaciguar y agraciar....., 6
Sinceridad....., 10
Economía....., 3
Aversión a la literatura, grabados, cuadros y estatuas impuros....., 2
Amabilidad....., 10
Alegría....., 6
Orden en la casa....., 5
Renuncia a la moda....., 10
Autocontrol....., 9

Con esa puntuación no me habrían dado el premio de las hermanas de la Santa Cruz, pero confieso haber sentido un pequeño y retrógrado arrebato de orgullo por no haber suspendido por completo.

Tras la segunda lectura, empecé a preguntar a mi madre y a mi tía por la dueña del libro. Me enteré de que el marido de Maude, Joseph Sharp, un acaudalado joven que había estudiado clásicas en Harvard, había sido el encargado de una mina de cobre en Sunnyside, Utah, un cargo que lo situó en lo alto de la escala social del pueblo. Su hermosa mujer fue una popular anfitriona hasta que Joseph dejó su trabajo por una cuestión de principios. Mi madre se acuerda de que hubo una explosión en la mina y de que los propietarios de la mina le prohibieron abrir las puertas para que los mineros atrapados pudieran salir por temor a que el oxígeno propagara el fuego. Mi tía se acuerda de que hubo una huelga y de que los propietarios echaron a las familias de los mineros de las casas pertenecientes a la empresa, en pleno invierno, de modo que obligaron a la gente a vivir en agujeros que cavaron en la nieve. Sea cual sea la razón, Joseph y Maude se mudaron sin criados a una granja lechera, donde la ganadora de los premios de trigonometría y oratoria hacía la colada con una tabla de lavar, mataba ratones golpeándolos con una pala de carbón y se levantaba todos los días antes del amanecer para amasar el pan con el que daba de comer a los peones de la granja que se presentaban en la cocina en calzoncillos largos.

Al cabo de un tiempo, la granja se incendió y perdieron todo lo que poseían salvo unos pocos objetos, entre los que se encontraba el libro de Maude, que se lo había regalado a su hija. Al no tener dinero para reconstruir la casa, transportaron en un carromato una choza de cuatro habitaciones de un minero hasta la granja. La choza no estaba pintada ni aislada. No tenía cuadros en las paredes, alfombras en el suelo, baratijas en la repisa de la chimenea; ni siquiera tenía repisa. Maude dormía en un sencillo catre de metal cuyas patas se apoyaban en latas llenas de trementina para espantar a las chinches.

En un subcapítulo titulado «Cómo un noble esposo recibió el apoyo de una abnegada esposa cuando atravesaron dificultades económicas», el padre O'Reilly cuenta la historia de un hombre rico que sufrió un revés de fortuna. Su «orgullosa mujercita», al proponerle vender algunos muebles, le dice: «Ya verás lo fácil que será para mí desprenderme de tus tesoros, yo solo quiero un hogar para ti y nuestros queridos hijos». La familia, acompañada de los criados, volvió a instalarse alegremente en otra casa, más modesta. «Las alfombras eran sencillas, es verdad, y los muebles eran de lo más corriente, pero las sillas, sofás y otomanas habían sido cubiertos con

una zaraza tan bonita que nadie se detenía a mirar qué había debajo de la funda… Los pequeños no vieron ningún cambio a su alrededor, salvo que la luz en la sonrisa de su madre brillaba todavía más que antes.»

Seguro que Maude lo leyó. ¿Quiso atizar al autor con una pala de carbón por sugerir que sufrir estrecheces significaba pedir a los criados que sacudieran cojines forrados de zaraza en lugar de raso? (Desde luego, yo sí que habría querido hacerlo. En realidad no merezco ese 9 en autocontrol.) ¿O encontró algún tipo de consuelo?

«Padre O'Reilly —pienso, sentada con mi bebé sobre una rodilla y con un volumen marrón y gastado sobre la otra—, usted y yo no pensamos igual. Pero gracias por permitirme conocer a mi bisabuela.» Y le explico que algún día le preguntaré a mi hija qué ve reflejado en el pasado cuando lea *The Mirror of True Womanhood*. Tendrá mucho en qué pensar, ya que heredará el libro de su tatarabuela la semana en que nazca su primer hijo.

PALABRAS EN UNA PORTADILLA

Hace mucho tiempo, cuando George y yo todavía no éramos amantes pero parecía que avanzábamos torpemente en esa dirección, intercambiamos nuestros primeros regalos de Navidad. Por supuesto, eran libros. Como George sabía que me gustaban los osos, me regaló *The Biography of a Grizzly* (Biografía de un oso pardo), de Ernest Thompson Seton. Modestamente recluida en la tercera página se hallaba la siguiente dedicatoria: «Para una nueva amiga de verdad». Ningún estudioso talmudista, ningún criptógrafo de los tiempos de guerra, ningún crítico deconstructivista examinó jamás un texto con más detenimiento que yo cuando analicé esas seis palabras con la esperanza de que, si las interpretaba con el énfasis adecuado («Para una nueva amiga *de verdad*» «Para una *nueva* amiga de verdad», «Para una nueva *amiga* de verdad»), de pronto se convertirían en una declaración de eterna devoción.

Como sabía que a George le gustaban los peces, le regalé *Old Mr. Flood* de Joseph Mitchell, un pequeño volumen de cuentos sobre el mercado de pescado de Fulton. Tenía un autógrafo del autor, firmado en 1948, pero ¿dejé las cosas como estaban? Claro que no. Escribí: «Para George, con amor, de Anne». Después cité mal a Red Smith. Y, por último —siguiendo el principio de que, cuando no sabes qué decir, dilo todo—, añadí quince líneas con mis reflexiones sobre la intimidad. Mi verborrea acumulativa, por no mencionar la evidencia de mis sentimientos, superó la de George por un factor de alrededor de veinte a uno. Es un milagro que el libro, su receptor y la nueva y verdadera amistad no quedasen aplastados bajo el peso de la dedicatoria.

Por desgracia —ya que George de todos modos se casó conmigo y ha conservado su afecto tanto por los peces como por Joseph Mitchell —, mis palabras quedaron registradas para siempre. A diferencia de la tarjeta que acompaña, por ejemplo, un jersey, del que acabará separándose, un libro y su dedicatoria quedan unidos para siempre, lo que puede ser una ventaja o un inconveniente. Como observó Seumas Stewart, el dueño de una librería de viejo en Chipping Campden, Gloucestershire: «Imagina lo agradable que sería tener una edición de

The Seasons de Thomson con una dedicatoria autentificada que diga: "Para mi querido amigo John Keats con admiración y gratitud, de P. B. Shelley, Florencia, 1820". Imagina, también, lo deprimente que sería tener una primera edición de *Paraíso perdido* de Milton, que estaría perfecta si no fuera por la siguiente dedicatoria garabateada con un rotulador en la portadilla: "Para Ada de Jess, con mucho amor y algodón de azúcar, en recuerdo de unas vacaciones felices en Blackpool, 1968"».

Mi dedicatoria, un ejemplo de la escuela del algodón de azúcar, no mejoró *Old Mr. Flood* como, por ejemplo, «Para Elizabeth Barrett con el respeto de Edgar Allan Poe» mejoró *El cuervo y otros poemas*, o como «Para Hans Christian Andersen / de su amigo y admirador Charles Dickens / Londres, julio de 1847» mejoró *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. En la jerarquía del bibliómano, semejantes reliquias sagradas de tangencia literaria eclipsan todos los demás factores, como la encuadernación, la edición, la rareza o el estado del libro. «El volumen más miserable, abandonado, manchado, despellejado, gris, sobado y con las esquinas de las páginas dobladas», como escribió en una ocasión el crítico y bibliófilo Holbrook Jackson, enseguida se transforma si contiene una dedicatoria lo suficientemente distinguida. Qué manos no temblarían al sostener el gastado ejemplar de *Corinne* de Madame de Staël, en cuya página de cortesía Byron escribió una seductora nota de 226 palabras para la marquesa Guiccioli que acaba así: «Lo que siento por usted es más que amor, y no puedo dejar de sentirlo. Piense a veces en mí cuando los Alpes o el océano nos separen, si bien no lo harán nunca, a menos que usted lo desee». (Precisamente *ese* es el tipo de dedicatoria que no me habría importado encontrar en *The Biography of a Grizzly*.)

Incluso en pleno embate de la pasión, Byron no dejó de observar la etiqueta de las dedicatorias al escribir en la página de cortesía en lugar de hacerlo en la portadilla, que tradicionalmente se reserva al autor del libro. De eso me enteré hace muy poco, tras haber estropeado docenas de portadillas de otros autores. Tenía que haber descifrado el código hace años, ya que la sección de Libros de Amigos y Familiares de nuestra biblioteca contiene una profusión de dedicatorias en las portadillas, todas empleadas lícitamente. Mi padre me dedicó *Famous Monster Tales* (Cuentos famosos de monstruos), una antología cuyo prólogo escribió cuando yo era una hosca adolescente de catorce años, con la siguiente frase: «Para Anne, del viejo monstruo, Papá». Mark Helprin, al que le gusta dejar mensajes en los contestadores de sus amigos en dialectos espurios (pero muy convincentes), escribió las dedicatorias de varios de sus libros en lenguas imaginarias. En *A Dove of the East* puso: «Skanaarela tan floss atcha atcha qumble ta. Da bubo barta flay? Staarcroft». Me pasé casi

toda una década intentando en vano comprender lo que significaba.

Un pariente lejano del «ejemplar de presentación» —un libro regalado con una dedicatoria del autor— es el «ejemplar dedicado», un libro dedicado (a veces, sospecho, con una pistola en la cabeza del autor) a petición del dueño. Antes de las firmas de libros patrocinadas por las tiendas, la mayoría de los lectores que querían una dedicatoria tenían que enviar el libro al autor y después rezar para que se lo devolvieran. Una vez, cuando Yeats le preguntó a Thomas Hardy qué hacía con esas peticiones, Hardy lo llevó a una gran habitación en el piso de arriba abarrotada de libros; había miles. «Yeats —dijo Hardy —, aquí están los libros que me enviaron para firmar.»

Una primera edición de *On Forsyte 'Change* que vi el mes pasado en una librería de viejo obviamente siguió un recorrido más fructífero. En la portadilla, con una caligrafía pequeña y formal —obra de una pluma antigua—, estaban las palabras «Dedicado a C. F. Sack cordialmente por John Galsworthy, 6 de oct. de 1930». Imagino que Galsworthy no tenía ni idea de quién era C. F. Sack, y tampoco fingía saberlo. Pero ¿qué pensar de «Para Owen — Amor + besos — Brooke Shields XX» (citado de la página del título de *On Your Own* que vi en otra librería)? Estoy segura de que la señorita Shields no tenía más intenciones de besar a Owen que Galsworthy de besar a C. F. Sack —el hecho de que firmara con su nombre y apellido la delató por completo —, pero eso a ella no la disuadió. Su jadeante comunicado, escrito con rotulador, ocupaba casi media página. (Puedo decir, tras un minucioso examen de la sección de autógrafos de famosos en la librería Strand de Nueva York, que el rotulador ha logrado una hegemonía casi absoluta. Barbara Cartland escribe con uno rosado, Ivana Trump, con uno púrpura y Francine du Plessix Gray, con uno verde.)

Mi amigo Mark O'Donnell, al que considero un escritor de dedicatorias sin parangón, nunca caería tan bajo. En una sesión de firmas para su colección *Vertigo Park and Other Tall Tales*, escribió una dedicatoria distinta para cada postulante: «Querido lector, te quiero» (un homenaje irónico al género Shields), «No hay tiempo para escribir — Vida en peli…», y, la más sincera de todas, «Gracias por comprar al por menor».

Maggie Hivnor, la editora de libros de bolsillo de University Chicago Press, me contó que, cuando añade un título agotado a su lista, llama al autor y le pide un ejemplar en perfecto estado para reproducirlo fotográficamente. «El autor suele ser un hombre — explicó—. Pocas semanas después, me llega un ejemplar de su libro muy bien conservado, quizá un poco polvoriento, pero, por lo demás, perfecto. Y en la portadilla dice invariablemente "Para mamá".»

Eso es una auténtica dedicatoria. Lo mejor de todo es que, antes de

la llamada de la editora, el libro que ennoblecía se encontraba exactamente donde tenía que estar: en un lugar de honor en la biblioteca de mamá. Y es allí adonde volverá. Qué melancólicas, en comparación, son las legiones de ejemplares dedicados que uno encuentra en los estantes de libros de segunda mano, donde cada uno es un recuerdo de una amistad traicionada. ¿Acaso creen los traidores que su infidelidad seguirá siendo un secreto? Si es así, se engañan tristemente. Cientos de personas serán testigos de ella, incluso a veces el propio autor de la dedicatoria. En una ocasión, Shaw se encontró con uno de sus libros en una librería de viejo con la dedicatoria «Para —, con aprecio. George Bernard Shaw». Compró el libro y se lo devolvió a — no sin antes añadir la frase «Con renovado aprecio, George Bernard Shaw».

Una vez vi un ejemplar de *Madam Mayflower* dedicado por Sydney Biddle Barrows, que había escrito: Para Patrick; Richard me ha hablado tanto de ti». Henry Miller habría podido escribir toda una novela sobre esa dedicatoria. Pero haría falta un Turguénev para escribir una novela sobre la dedicatoria que encontré en *The Golden Book: The Story of Fine Books and Bookmaking*. Decía así: «Para papá el día de su cumpleaños, 16 de marzo de 1928. ¿Como una propuesta de paz? Alan». Sesenta y siete años después, esos desgarradores signos de interrogación siguen flotando en el aire. Solo espero que *The Golden Book* haya llegado a la librería mucho después de la muerte de papá. De lo contrario, papá, debería darte vergüenza.

Por suerte, las mejores dedicatorias, al igual que las mejores cartas de amor, raras veces salen de la familia. La más brillante que he visto —un testimonio de que el arte de la dedicatoria romántica no murió con Byron— adorna las obras completas de Virgilio en una edición de Oxford Classical Text que le regalaron a mi amiga Maud Gleason cuando estudiaba *litterae humaniores* en Oxford. Maud dice que le costaría separarse de ella tanto como del primer diente de su hijo. Según cuenta, «había ido al King's Arms, la taberna más cercana a la biblioteca Bodleian, con un compañero de la facultad, un joven escocés muy apuesto pero testarudo que afirmó mientras tomábamos café que Homero era claramente inferior a Virgilio. Como adepta a Homero, me molestó, a pesar de que, a medida que fue progresando la conversación, tuve que reconocer que en realidad no había *leído* a Virgilio. "Si crees que Virgilio es tan maravilloso —dije, actuando como la típica americana desenvuelta—, ¿por qué no me regalas un libro de él?" Poco después, apareció un volumen azul en la puerta de mi casa, con una dedicatoria en la página de cortesía de trece líneas en hexámetro dactílico: el metro preferido de Virgilio». La dedicatoria empezaba diciendo: «Poscimur; atque aliquid quando tu, cara, requiris / Dabitur» (Se ha hecho una solicitud, y cuando tú, querida, me pides

algo, te lo concederé), seguía con un apóstrofe a Maud en el que el escocés le confesaba su admiración por ella, como todos los poetas están destinados a admirar a Virgilio, «quanto desiderat astra / Papilio volitans» (como la revoloteante mariposa anhela las estrellas), y acababa con una promesa «amoris amicitiaeque» (de amor y amistad).

—¿Y qué pasó? —le pregunté a Maud, que ahora es profesora de clásicas en Stanford.

—Nunca me acosté con el chico —contestó—. Pero me enamoré de Virgilio, y me acosté con el libro varias veces.

En mi caso, la mejor dedicatoria que recibí —puede que no sea tan deslumbrante como la del escocés, pero no la cambiaría— está en la portadilla de *The Enigma of Suicide*, de George Howe Colt. Nunca me acosté con el libro, pero sí con su autor en numerosas ocasiones. Dice así (¡cuán lejos hemos ido, George, desde nuestra nueva y verdadera amistad!): «A mi amada esposa…, Este libro también te pertenece. Igual que mi vida, también, es tuya».

LECTURA *IN SITU*

El 12 de noviembre de 1838, Thomas Babington Macaulay partió de Florencia en un carruaje tirado por caballos rumbo a Roma. «Tenía que pasar por el Trasimeno —escribió en su diario—, y nada más salir el sol leí la descripción que hizo Tito Livio de la escena.»

En cuanto leí esa frase supe que Macaulay y yo éramos almas gemelas. Si bien es cierto que yo nunca había reformado el sistema de educación indio, servido en la Cámara de los Comunes ni escrito una historia de Inglaterra en cinco volúmenes, todo eso solo eran detalles insignificantes. Seguro que él habría coincidido conmigo en que nos parecíamos en lo que de verdad importaba: los dos éramos devotos a ultranza de lo que llamo Lectura *In Situ*, la costumbre de leer libros en los lugares que describen.

El descubrimiento de nuestra pasión mutua fue especialmente gratificante porque es posible que Macaulay haya sido el mayor lector de todos los tiempos. Empezó a leer a los tres años, murió a los cincuenta y nueve con un libro abierto ante él y, entre medias, como observó su sobrino, leía libros «más rápido de lo que tardaban los demás en echarles un vistazo, y les echaba un vistazo a la misma velocidad a la que los demás pasaban las páginas». Sobre todo le gustaba leer cuando estaba en movimiento. Leyó *Alice* de Bulwer-Lytton mientras se paseaba por la llanura de Pontina, a Platón mientras andaba por el monte de Tunbridge Wells e innumerables libros mientras caminaba rápidamente, y al parecer sin chocar con nadie, por las abarrotadas calles de Londres. En el barco que lo llevó a la India leyó a Homero, Virgilio, César, Horacio, Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso, Bacon, Cervantes y los setenta tomos de Voltaire, solo por nombrar unos cuantos. «¡Qué bendición es amar los libros como yo los amo —escribió a un amigo—, poder conversar con los muertos, y vivir en medio de lo irreal!»

Cuando leyó a Tito Livio en el Trasimeno —en latín, por supuesto —, Macaulay consiguió una especie de puntuación doble cuyo peculiar escalofrío reconocerá de inmediato cualquiera que haya leído a Wordsworth en Grasmere, a Gibbon en Roma o a Thoreau en Walden. El Trasimeno, un lago en el este de Etruria, fue el emplazamiento de

una de las mayores catástrofes de la historia militar romana. En el 217 a. C., Aníbal, a lomos del único superviviente de los treinta y ocho elefantes que habían partido hacia los Alpes el año anterior, derrotó a las legiones romanas, bajo el mando del cónsul Cayo Flaminio, en la segunda batalla más importante de la Segunda Guerra Púnica. Fue una emboscada típica. Mientras los romanos avanzaban al amanecer por un estrecho desfiladero flanqueado por empinadas colinas por un lado y un lago por el otro, un torrente de soldados de infantería cartagineses, ocultos hasta entonces gracias a una niebla espesa y baja, cargaron contra ellos por el frente, por detrás y por el flanco izquierdo. Los que no sucumbieron acabaron en el lago, donde muchos se ahogaron bajo el peso de las armaduras. En tres horas, murieron quince mil romanos.

Cuando me dispuse a leer la descripción que hace Tito Livio de la batalla —está en el tomo XXII de su historia de Roma, que escribió unos doscientos años después de la derrota de Flaminio—, creí que me esperaba una ardua tarea. Bueno. Cuando llegué a la quinta página estaba erguida en el borde de la silla; en la décima, el ritmo cardíaco se me había acelerado a ojos vistas. Y eso que estaba *en mi salón*. Me había olvidado de lo increíblemente sangriento, conmovedor e íntimo que era el combate antes de la invención de las armas de fuego, cuando para matar al enemigo había que estar lo suficientemente cerca para apuñalarlo con la espada o atravesarlo con la jabalina. Escribió Livio:

> La niebla era tan espesa que los oídos servían más que los ojos y los gemidos de los heridos, el sonido de golpes a cuerpos o armaduras y los gritos y chillidos de asaltantes y asaltados hicieron que [los romanos] se volvieran y contemplaran, ora aquí ora allá… Cuando se dieron cuenta de que su única salvación se hallaba en su brazo derecho y en su espada, cada hombre se convirtió en su propio comandante y se urgió a actuar… Y fue tal el frenesí de su entusiasmo y estaban tan absortos en la lucha que los combatientes ni siquiera percibieron un terremoto, lo bastante violento como para derribar un gran número de ciudades de Italia, desviar raudos ríos de sus cursos, transportar el mar a los ríos y reducir montañas mediante grandes derrumbamientos de tierra.

Dos mil cincuenta años más tarde, Macaulay escribió: «Me hallaba exactamente en la misma situación que el cónsul Flaminio: totalmente oculto tras la niebla matinal. […] Así que puedo decir con toda justicia que he visto exactamente lo mismo que vio el ejército romano ese día». Había llegado al Trasimeno no solo a la misma hora que la

de la batalla original, ¡sino también con el mismo tiempo! Cuando su carruaje llegó a la cima de la colina, por encima de la niebla, él, como Aníbal, tuvo una clara visión de la escena. «Entonces comprendí la enorme ventaja que sacó Aníbal de apostar a sus divisiones en las alturas, donde podía ver a todo el mundo, y donde ellos se veían entre sí, mientras los romanos daban traspiés y andaban a tientas, sin la posibilidad de actuar de común acuerdo, en medio de la espesa bruma de más abajo.» *Haec est nobilis ad Trasumennum pugna*. Así fue la famosa batalla del Trasimeno. Así fue como Macaulay conversó con los muertos.

¿Por qué la Lectura *In Situ* es tanto más emocionante para nosotros los aficionados que la Lectura en Otro Sitio? Creo que es porque la imaginación no es lo suficientemente literal para nosotros. Queremos penetrar en las páginas, como lo hizo el profesor Kugelmass de Woody Allen en *Madame Bovary*, sumiendo al lector en un mar de confusión erudita ante la presencia del neoyorquino calvo y vestido con ropa deportiva que había irrumpido en la página 100. En su defecto, lo máximo que nos podemos acercar a vivir «lo irreal» como Macaulay es entrando en el escenario físico de un libro. Cuanto más nos acerquemos, mejor. Por ejemplo, leer a Steinbeck en Monterrey no basta; hay que leerlo en Cannery Row. Ni siquiera el telón de fondo es perfecto, pues Cannery Row ha cambiado más en medio siglo que el Trasimeno en dos milenios, y los detalles del texto ya no coinciden con los que hay ante nosotros. La experiencia consumada *In Situ*requiere, igual que hizo Macaulay, ver *exactamente* lo mismo que lo que describió el autor, de modo que lo único que tendremos que hacer para atravesar el umbral eidético es entrecerrar un poco los ojos.

Nunca alcancé la verosimilitud sensorial de mi amigo Adam, que en una ocasión leyó el noveno canto de la *Odisea*, en griego, en lo que se cree que es la cueva del Cíclope, una gruta siciliana con un olor homérico a excremento de oveja. Pero he leído a Yeats en Sligo, a Isak Dinesen en Kenia y a John Muir en las Sierras. Sin embargo, de lejos mi mejor momento de Lectura *In Situ* lo pasé con los diarios de John Wesley Powell, el manco veterano de la Guerra Civil que dirigió la primera expedición por el río Colorado, cuando acampé en los rápidos Granite al final del Cañón del Colorado.

En un aspecto crucial, superé a Macaulay. Como él no iba acompañado en su gran gira, solo pudo compartir el éxtasis de Trasimeno con la sombra de Tito Livio, mientras que en el Cañón del Colorado yo tuve a George. Fueron las primeras vacaciones que pasamos juntos, y estuvieron llenas de revelaciones, como, por ejemplo, que a George le daban miedo los ratones, que yo nunca me iba de excursión sin mi almohada de bebé o que a los dos nos

encantaba bañarnos desnudos en un agua tan fría que daba dolor de cabeza.

Solos en una playa de una blancura casi caribeña, cercada por acantilados de esquisto negro y granito rosado, George y yo nos habíamos lavado el pelo el uno al otro en el río Colorado y después instalado junto a los revueltos rápidos con *The Exploration of the Colorado River and Its Canyons* (La exploración del río Colorado y de sus cañones). «G. lee a Powell —escribí en mi diario esa noche a la luz de una vela—, con el libro apoyado en sus piernas desnudas. Es increíble leer la descripción del equipo y comida de Powell y de lo difícil que fue para él bajar los rápidos, ¡con los rápidos *justo delante de nosotros*!» Había un grabado de los rápidos Granite en el libro. No había cambiado nada.

«Ahora estamos a punto de iniciar nuestro recorrido por el Gran Desconocido —leyó George—. Nuestros barcos, atados todos a una estaca, se rozan agitados por el inquieto río. […] Todavía nos falta recorrer una distancia desconocida, explorar un río desconocido. Qué cascadas habrá, no lo sabemos; qué rocas nos esperarán en el canal, no lo sabemos; qué murallas se elevarán en el río, no lo sabemos.» En ese momento no teníamos ni idea de que esas eran unas de las frases más célebres de la literatura de expediciones, y creímos que las habíamos descubierto nosotros. Agradezco nuestra inocencia, igual que agradezco no haber sabido que los diarios de Powell se recopilaron a partir de las breves notas que garabateó en tiras de papel marrón durante la expedición, llenas de impresiones de otro viaje realizado dos años más tarde, y llenas también de otras dos correcciones.

Con voz apenas audible por el estrépito de las aguas rápidas, George leyó acerca de vueltas de remolinos, choques con rocas, barcos volcados en las cataratas, pérdidas de comida, remos, armas, barómetros, mantas y de un barco entero. En los peores tramos, entre los cuales estaban los rápidos a nuestros pies, Powell no podía girar a la derecha, no podía girar a la izquierda, no podía reducir la velocidad, no podía salir, no podía hacer nada salvo agarrarse a una correa de cuero que había atado a la borda y cabalgar sobre su bote agujereado como si fuera un potro salvaje. Años más tarde, cuando leí a Tito Livio, me sorprendió lo mucho que se parecía la confusión adrenalínica de Powell a la de los soldados atrapados en el desfiladero del Trasimeno. Rebotando por los rápidos Granite, tampoco nadie se habría dado cuenta de que había un terremoto.

«Esta noche hace especialmente frío bajo la lluvia —leyó George—. La pequeña lona que tenemos está podrida y no sirve de nada; hemos perdido los *ponchos*[18] con los que partimos de Green River City; más de la mitad de la partida no tiene sombrero, ni uno solo de nosotros tiene un traje entero, y no hay suficientes mantas para todos. […] Nos

pasamos toda la noche sentados en las rocas, temblando.» Eso fue la noche del 7 de agosto de 1869. Powell y sus hombres acababan de bajar los rápidos Granite. Cuando el sol se puso, George y yo nos abrigamos con polipropileno y Gore-Tex. «Para nosotros, solo la ilusión de hallar peligros y descubrimientos —escribí—. Para Powell, lo auténtico.»

Ahí está el busilis: siempre es la ilusión, nunca es lo auténtico. O eso creí hasta el año pasado. George y yo tenemos dos hijos, y ahora nuestras aventuras nos tocan más de cerca. Cuando nuestra hija tenía cuatro años, fue a merendar al Hotel Plaza con su ejemplar de *Eloise*.[19] Macaulay nunca luchó en el Trasimeno, yo nunca bajé por el río Colorado, pero Susannah se escondió *de verdad* detrás de las cortinas de terciopelo rojo en el Gran Salón de Baile, recorrió el pasillo del decimoquinto piso y se mareó en la puerta giratoria. Cuando llegamos a Palm Court, Susannah abrió su libro en la página 40. Su mirada iba del plato de *gugelhopf* en la mesa de tres gradas que veía en el dibujo al plato de *gugelhopf* en la mesa de tres gradas que tenía delante de ella. No dijo nada. Yo sabía lo que pensaba. Estaba allí.

EL PROBLEMA DE ÉL/ELLA

Cuando tenía diecinueve años, William Shawn me entrevistó para un trabajo de verano en *The New Yorker*. Para entender el alcance de lo que sigue, debo añadir que para mí *The New Yorker* era una catedral y el señor Shawn un personaje tan divino que esperaba ver una pequeña aureola en torno a su cabeza rojiza. Durante la conversación, me preguntó para qué otras revistas me gustaría trabajar.

—Hum, *Esquire*, el *Saturday Review* y…

Iba a decir «*Ms.*», pero mis labios ya habían empezado a pronunciar la *M* —demasiado tarde para una retirada política— cuando me di cuenta de que no tenía la menor idea de cómo se pronunciaba. Por si piensan que me crie en Ulán Bator, debo recordarles que en 1973, cuando conocí al señor Shawn, solo hacía un año que había salido la revista *Ms.*, y la mayoría de la gente, incluida yo, nunca había oído a nadie emplear la palabra *Ms.*[20] para dirigirse a alguien. (El señor Shawn me había llamado señorita Fadiman, y *a él* los escritores lo veneraban tanto que la palabra «señor» se había convertido prácticamente en parte de su nombre.) Su pronunciación, que ahora se ha vuelto automática, no era tan evidente. Al fin y al cabo, *Mr*. no se pronuncia «Mir», y *Mrs*. no se pronuncia «Mirz». ¿Se decía «Mzzz» «Miz», o «Muz»?

En esa apocalíptica fracción de segundo, se me ocurrió decir «Eme Ese», que sabía que era la pronunciación de *Ms*. o manuscrito.

El señor Shawn ni siquiera pestañeó. No dio la menor señal de que yo hubiera dicho algo indecoroso. De hecho, se puso a hablar tranquilamente de la nueva revista feminista —su historia, sus méritos y deméritos, las oportunidades que podía ofrecer a una joven escritora como yo— durante cuatro o cinco minutos, *sin mencionar el nombre ni una sola vez.*

Desde entonces, cada vez que oigo hablar de cortesía, me acuerdo del señor Shawn, un hombre tan educado que, para ahorrarme la vergüenza, fue capaz de pasar por todo un campo de minas potenciales de *Ms*. sin hacer detonar ni una sola. Creo que su hazaña es comparable a la de Georges Perec, el escritor experimental francés que escribió una novela entera de 311 páginas sin emplear la letra

*e.*Nada más salir del edificio, llamé a una amiga. («¿Cómo se pronuncia esa horrible palabreja?… ¡Ay, Dios mío, no me digas!») Fue un momento terrible, pero, como habría supuesto el señor Shawn, siempre es mejor desear morir en una cabina de teléfono que en su despacho.

En veintitrés años —que no es nada en nuestra historia lingüística —, esta palabrita nueva ha evolucionado y ha dejado de ser un murmullo críptico para convertirse en un automatismo. Desde el principio, su uso me pareció lógico y justo. ¿Por qué la gente tiene que saber si una mujer, y no un hombre, está casada? ¿Por qué habría de importarle? La necesidad de *Ms*. era indiscutible. El problema estribaba en que nos sintiéramos cómodos al *pronunciarla*. Sonaba demasiado a una máquina para cortar el césped. Poco a poco, mi oído fue acostumbrándose. Ahora, aunque puede que no sea tan evidente —ya que todo el mundo, salvo los vendedores que me llaman por teléfono, me llama Anne—, me he convertido, por eliminación, en *Ms*. Fadiman. No puedo llamarme señorita Fadiman porque estoy casada; no puedo llamarme señora Fadiman porque mi marido se llama señor Colt, y tampoco puedo llamarme señora Colt porque sigo apellidándome Fadiman. Soy, para mi sorpresa, exactamente la mujer para la que se inventó *Ms.*

En las cruentas batallas del tema del género, *Ms*. ha obtenido una clara victoria. Ojalá pudiera decir lo mismo de, por ejemplo, el nuevo himnario «inclusivo» de la Iglesia unida de Cristo, donde sustituyeron «Querido Señor y Padre del hombre» por «Querido Dios que abrazas a la humanidad». El fin es encomiable, lo irritante es el medio. No estoy segura de querer que me abrace un Todopoderoso que tenga tan poca sensibilidad poética. No obstante, tras oír la nueva versión, tampoco puedo decir que me entusiasme la antigua. Como ocurre demasiado a menudo en estos tiempos, veo que mi paz de lectora y escritora está siendo alterada por una guerra entre dos seres semánticos opuestos, uno feminista y el otro reaccionario. La mayoría de la gente que ha escrito sobre la parcialidad sexual en el lenguaje se decanta por uno u otro bando: o lo quieren cambiar todo o no entienden a qué viene tanto jaleo. ¿Es que soy la única que se siente dividida?

En términos lingüísticos, como en los demás ámbitos, mi ser feminista nace de un simple deseo de igualdad. Estoy de acuerdo con el uso de términos con el género neutro, como *auxiliar de vuelo*. Sin embargo, mi ser reaccionario prevalece cuando oigo que alguien intenta purgar la parcialidad en expresiones como «a cada uno lo suyo» sustituyéndola por «a cada uno y cada una lo suyo».

Al dilema de expresiones como «a cada uno lo suyo» lo llamo el Problema de Él/Ella tras una solución que propuso por primera vez Ella Young, la directora de una escuela de Chicago, en 1912: «A cada

él/ella lo suyo». Lo siento, no puedo. Mi lado reaccionario tiene valores estéticos además de gramaticales, y *él/ella* es espantoso. A diferencia de *Ms., él/ella* nunca podría volverse automático. (Podría añadir que cuando le planteé el Problema de Él/Ella a mi hermano, que se crio en el mismo invernadero gramatical que yo, me sorprendió al contestar: «Yo no diré *él/ella*, eso sería ceder al barbarismo. Pero estaría dispuesto a considerar un neologismo rítmicamente más aceptable, como *ileo alie*, que sería preferible a tener que planificar cada frase por adelantado como si fuera una campaña militar». Es evidente que a mi hermano no le entusiasman los mismos retos que a los señores Shawn y Perec.)

Pero ahora ya no puedo echarme atrás. Dije «a cada uno lo suyo» hasta hace unos cinco años, creyendo lo que me había dicho mi libro de gramática de sexto, *Easy English Exercises*: que «o una» se «sobrentendía», igual que se sobrentendía que la mujer acechaba por ahí cuando se hablaba del «hombre». Pero yo ya no sobrentiendo. El otro día me topé con la siguiente frase de mi querido modelo de conducta, E. B. White: «Hay una cosa que el ensayista no puede hacer: no puede consentirse a sí mismo el engaño o la ocultación, toda vez que lo descubrirán enseguida». Tuve la sensación de que me cerraban la puerta en las narices tan rápido que sentí el viento en la mejilla. A lo mejor murmuran: «¡Pero si *también* te incluía a ti! ¡Se sobrentendía!».

No lo creo. Hace mucho tiempo, mi padre escribió algo parecido: «Los mejores ensayos [no] desarrollan temas originales. Desarrollan a hombres originales, a sus creadores». Dado que mi padre, a diferencia de E. B. White, todavía anda por aquí para poder testificar, anoche lo llamé y le pregunté: «Dime la verdad. ¿En qué pensabas cuando escribiste esas frases?». Él me contestó: «En los varones. Pensaba en los varones. Para mí, el mundo de la literatura —de hecho, todo el mundo de la creación artística— era un mundo de varones, al igual que para la mayoría de los escritores. Cualquier escritor de hace cincuenta años que lo niegue miente. Me refiero a cualquier escritor varón».

Creo que, aunque mi padre y E. B. White no eran misóginos, en realidad no *veían* a las mujeres, y su lenguaje reflejaba y reforzaba ese punto ciego. Nuestra invisibilidad me resultó evidente quince años atrás, cuando se reimprimió en forma de libro de bolsillo *Thunder Out of China*, un éxito de ventas de 1946 sobre el papel de China en la Segunda Guerra Mundial. Los autores eran Theodore H. White y Annalee Jacoby, mi madre. En su prefacio a la nueva edición, Harrison Salisbury mencionó a White diecinueve veces y a mi madre, una. La primera frase decía: «No hay, a fin de cuentas, ningún sustituto para el hombre adecuado que está en el lugar preciso en el

momento oportuno». Escribí a Salisbury y le sugerí que a veces —por ejemplo, en la mitad de *Thunder Out of China*— no hay ningún sustituto para la mujer adecuada que está en el lugar preciso en el momento oportuno. Dicho sea en su honor, Salisbury me contestó con el siguiente *mea culpa*: «¡Ay, ay, ay! Tiene usted toda la razón. Soy del todo culpable. Usted es la segunda persona que me lo ha señalado. ¿Qué puedo decir? Es una más de esas tonterías que a veces me da por hacer». Creo que lo que motivó a Salisbury no fue la malicia ni el sexismo premeditado; lo que ocurrió fue que mi madre, por el mero hecho de ser mujer, se encontró en el lugar equivocado en el momento equivocado.

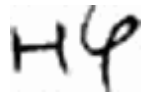
Desde siempre, mi padre ha llamado «chica» a cualquier mujer diez años más joven que él. Como ahora tiene noventa y un años, eso abarca a muchas mujeres. Nunca llamaría «chico» a un hombre mayor de dieciocho años. He intentado convencerlo de que corrigiera esa costumbre, pero la palabra está arraigada, y la emplea por cortesía. Cree sinceramente que dentro de cada mujer robusta y de pelo cano de ochenta años se esconde un atisbo de ese ser fresco y grácil, una chica.

Si mi padre siguiera escribiendo ensayos, seguramente el bolígrafo del corrector de estilo convertiría toda «chica» adulta en «mujer». Lo mismo le ocurriría a E. B. White. En un ensayo titulado «The Sea and the Wind that Blows» (El mar y el viento que sopla), White describe una pequeña embarcación a vela diciendo que no tenía tanto forma de «caja como de pez o pájaro o chica». Dudo que pensara en una chica de diez años, creo que se refería más bien a una chica lo suficientemente mayor para poder llamarla mujer. Pero si él hubiese comparado el barco con una mujer, su pequeña y esbelta embarcación, así como su frase, habrían perdido velocidad.

Lo que quiero decir con esto es muy sencillo: cambiar el lenguaje para que los hombres y las mujeres sean iguales tiene un precio. Eso no significa que no haya que hacerlo; muchas cosas que en general valen la pena tienen precios elevados. Pero sí significa que debemos lamentar la pérdida de nuestra irresponsable gracia, y después aceptarla con toda la cortesía que podamos reunir.

INTE

CALAR UNA LLAMARADA



En una reciente visita con mi hermano a la isla de Florida donde viven nuestros padres, una noche fuimos todos a cenar a un restaurante muy elegante. Cuando inclinamos la cabeza para leer el menú —todos salvo mi padre, que está ciego—, me di cuenta de que nuestras expresiones absortas no tenían nada que ver con la decisión de lo que íbamos a comer.

—Han traspuesto la *e* y la *i* en salsa Madeira —comentó mi hermano.

—Han puesto Bel Paese todo junto, como si fuera una sola palabra —dije—, y está en caja baja.

—Al menos no hay tantos errores de ortografía como en el restaurante donde cenamos el martes pasado —comentó mi madre—. *Allísirven* pato de P-E-Q-U-I-N-G.

Nos miramos los unos a los otros. Cualquiera pensaría que, después de tantas décadas, los Fadiman habríamos sondeado cada esquina de nuestra identidad tribal desviada, pero al parecer había un gen panfamiliar que nunca habíamos diagnosticado antes: éramos todos unos lectores de galeradas compulsivos.

Vertimos nuestras confesiones en el mantel como si derramáramos salsa Madeira. Mi hermano contó que en el manual de un programa informático de 364 páginas que había consultado el mes anterior, había encontrado varios centenares de errores ortográficos, gramaticales y sintácticos. Su favorito era el comando, repetido a

menudo, de «intercalar una llamarada». Había escrito a la empresa para ofrecerles una lista completa de correcciones a cambio de una versión actualizada del programa, pero no le habían contestado. «Quieren estar equivocados», suspiró. Yo sabía que no se refería solo a la empresa informática, sino a todos los que no pertenecían a la familia Fadiman.

Nuestra madre confesó que desde hacía varios años guardaba en un gran sobre los errores que recortaba en el periódico local, el *Fort Myers News-Press*, con la intención de enviárselos al director cuando alcanzaran una masa crítica.

Mi padre, que a los veinticuatro años fue corrector de galeradas de Simon & Schuster —de hecho, él solo constituía el departamento entero de correctores de galeradas—, reconoció que en la flor de su vanidad juvenil solía corregir los menús en los restaurantes de moda de Manhattan y luego al salir se los daba al *maître*. Hasta había corregido *libros de biblioteca*, adornando sus márgenes con

y

y

que, según él, no desfiguraban el libro, sino que lo «embellecían». Después de quedarse ciego hace tres años, una noche de insomnio le dio por pensar en los trabajos que podía hacer y se le ocurrió el siguiente plan: podía pasarse doce horas al día delante del televisor, detectando los errores gramaticales y de pronunciación. Calculó que, si cobraba cinco dólares por cada error, se haría rico. Sin embargo, su plan se evaporó con la cruda luz de la mañana, cuando se dio cuenta de que, al igual que la empresa informática, los canales de televisión no eran los Fadiman y, por lo tanto, no querrían corregirse.

Yo misma reconocí un capítulo oscuro del orgullo desmedido de mi juventud. A los veintitrés años, había descubierto quince erratas en la edición de bolsillo de Pyramid de *Habla, memoria* de Nabokov. (Por ejemplo, página 25, párrafo 2, línea 13, «thundercould» en lugar de

«thundercloud»; página 99, párrafo 1, línea 28, «acytelene» en lugar de «acetylene»; página 147, párrafo 1, línea 27, «rocco» en lugar de «rococo».) Como creía que Nabokov era un hombre quisquilloso —¿acaso no había dicho en una ocasión: «Cuando uno lee, tiene que ver y acariciar los detalles»?—, le escribí una carta con una lista de los errores que había visto y acariciado, con la excusa de que podía añadir las correcciones en la siguiente edición. Aunque me merecía una patada en el trasero por mi indiscreción, hete aquí que, tres semanas más tarde, me llegó un aerograma azul celeste con un matasellos suizo del Hotel Montreux-Palace. Dentro, Véra Evseevna Nabokov —la misma que, en la página 219 del libro en cuestión, había hecho detonar la «explosión de amor, silenciosa y lenta» de Nabokov— me daba las gracias en nombre de su marido por mi «amabilidad». Si bien la tinta del texto mecanografiado estaba un poco gastada, la carta no contenía la menor errata.

Ya sé lo que estarán pensando: ¡qué familia tan detestable! ¡Qué panda de metomentodos criticones, quejicas y pedantes! Es verdad —y sé que lo que voy a contar ahora es una prueba irrefutable— que una vez, cuando encargué un pastel para celebrar los cumpleaños cercanos de mis tres parientes Fadiman, le arrebaté el pedido al dependiente de la pastelería, que había anotado: «FELICES CUMPLEANIOS», y lo corregí. Sabía que las peladillas plateadas o la rosa de azúcar no distraerían a mi familia; de no haber evitado por los pelos la catástrofe ortográfica, todos habrían exclamado, al unísono: «¡Cumpleaños está mal escrito!».

Por supuesto, si ustedes también son correctores de galeradas compulsivos —y, si lo son, lo saben, ya que para los que padecen este mal es un reflejo tan imposible de reprimir como un estornudo— estarán pensando algo muy distinto: ¡qué buenos y solidarios son los Fadiman! ¡Qué generosos son, en estos tiempos chapuceros, al compartir su perspicacia con los ignorantes! Si hubiesen vivido en 1631, les habría alegrado el día leer el séptimo mandamiento en la edición de la Biblia impresa especialmente para el rey Carlos I que decía: «Cometerás adulterio». Y en 1976, a los que leyeron la autobiografía de Beverly Sills antes de que la corrigieran en la segunda impresión seguro que la primera frase les alegró el día: «Cuando solo tenía tres años y todavía me llamaban Belle Miriam Silverman, canté mi primera aria en púbico». Mi sección favorita en *The New Yorker* son los artículos de relleno. Ningún perfil de McPhee, ningún cuento de Updike les agradaría tanto como el extracto del *Richmond Times-Dispatch* que decía:

> Mientras tanto, Richard Parker Bowles, hermano del exmarido de Camilla, Andrew, dijo que desde el principio

Camilla aprobó la boda de Charles con Diana mientras ella siguiera dominando el catarro.

El que domina mi catarro, George, no entiende la emoción de semejantes descubrimientos. No cree que soy una amante esposa cuando paso ante la pantalla de su ordenador y mis dedos, como animados por un duendecillo interior, insertan la segunda erre de *derrotismo*. Sin embargo, estoy segura de que le he transmitido el gen a mi hija de seis años. Todavía no sabe escribir lo suficientemente bien para corregir palabras, pero sin duda ha heredado el temperamento del corrector de galeradas. Cuando tenía dos años y medio, mientras le mostraba el comedero de pájaros, George le dijo: «Mira, Susannah, ¡un pinzón rojizo!». Susannah replico indignada: «No, papá, ¡es un pinzón con los costados rojizos!». Solo es una cuestión de tiempo para que también ella empiece a insertar erres.

Tras nuestra cena familiar, le pedí a mi madre si me podía prestar su sobre con los recortes del *Fort Myers News-Press*. Al llegar a casa, los extendí en una mesa de casa. Había 394. (¿Qué clase de persona los contaría? Solo la hija de la clase de persona capaz de recortarlos, por supuesto.) Los delitos consistían en cincuenta y seis errores de consonancia entre el sujeto y el verbo, ocho participios y tres subjuntivos mal empleados, tres negaciones dobles, doce usos de la contracción del pronombre y el verbo «it's» en lugar del posesivo «its», tres usos del posesivo «its» en lugar de la contracción del pronombre y el verbo «it's», tres usos del adverbio «there» en lugar del posesivo «their», tres usos de la contracción del pronombre y el verbo «they're» en lugar del posesivo «their» y un uso del adjetivo «their» en lugar de la contracción del pronombre y el verbo «they're».[21] Los cazadores cazaban siervos, los amantes se prometían amor etereo, y Carlos celebró su duodécimo aniversario como príncipe de Gases. «Hay una enorme demográfica —comentaba el crítico de cine del *News-Press*— que aprecia el buen cine y que no hay que dar por sentido.» Incluso antes de topar con esa enorme roca al final de la frase, tuve la sensación de estar leyendo en un idioma que no era el mío.

Tras ingerir los 394 errores de una sentada, tuve una indigestión. Uno es suficiente, delicioso, *irresistible*. Mi antiguo editor, John Bethell, que reconoce compartir mi compulsión, dice que cuando una errata entra en su campo visual *no* puede evitar verla. Recuerda la primera vez que ejerció de corrector de galeradas: a los siete años vio un cartel en un escaparate que decía FRUTA DIABÉTECA, y hace poco se abstuvo de corregir BINAGRE en un cartel de una tienda de comestibles solo porque temió que los transeúntes lo confundieran con un pintor de grafiti. La familia Bethell, como la familia Fadiman,

presenta pruebas irrefutables de que se trata de un rasgo genético. El padre de John, un arquitecto, en realidad era corrector de detalles visuales. En cuanto un invitado movía un cenicero un centímetro, él se daba cuenta del cambio y enseguida lo corregía. La hija de John, Sara, manifestó el gen a una edad muy temprana, cuando en las excursiones familiares se detenía en los arroyos empantanados y retiraba las hojas muertas. Ahora Sara es correctora de estilo, una profesión que compara con caminar detrás de un elefante en un desfile y recoger lo que tira al suelo. Su mayor hallazgo, hasta la fecha, fue una frase en un manuscrito para un editor de San Francisco: «La teoría de la relatividad de Einstein condujo al desarrollo de la teoría del *Big Band*». En su imaginación auditiva, a veces todavía oye las tensiones de la orquesta cósmica.

El temperamento del corrector de galeradas forma parte de un síndrome más amplio con varios síntomas interrelacionados, uno de los cuales es la manía de observar. De niño, mi amigo Brian Miller, también corrector de estilo, se pasaba horas sentado en un bosque a la espera de ver movimientos sutiles de animales a lo lejos. El joven John Bethell era un genio para encontrar «Los siete errores». En general, a los correctores de galeradas se nos da muy bien distinguir en el suelo la figura anómala —la mariposa rara, la caracola valiosa—, pero, a diferencia de los colectores, queremos desechar en lugar de acumular. Aunque no todos somos ordenados, disfrutamos con ciertas tareas de limpieza, como retirar la pelusa de la secadora o la abeja ahogada en la piscina. La posesión más preciada de mi padre es una papelera de latón y su momento más feliz es cuando el escritorio está vacío y la papelera, llena. Una de las primeras frases de mi hermano, un consejo psicológicamente brillante ofrecido desde su silla alta una mañana cuando mi padre apareció de mal humor, fue: «¡Tíralo todo, papá!».

Por desgracia, no hay ningún programa de rehabilitación para nosotros. Tenemos que vivir con nuestra aflicción. A lo mejor incluso podríamos intentar sacarle algún provecho social ofreciendo nuestros servicios de detección de errores al bien público. Si hubiese estado presente un Fadiman o un Bethell cuando en 1986 los del bufete de abogados de Haight, Gardner, Poor & Havens se equivocaron con un punto decimal en la hipoteca de un buque, habríamos podido ahorrarle a su cliente más de once millones de dólares. Si hubiésemos estado presentes cuando en 1962 un programador informático de la NASA omitió un guion en el programa de vuelo del Mariner I, habríamos podido evitar que la sonda espacial fuera destruida cuando se desvió de su rumbo, lo que supuso para los contribuyentes un gasto de siete millones de dólares.

Y si hubiésemos estado presentes el año pasado en el Tattoo Shoppe de Carlstadt, Nueva Jersey, habríamos evitado que a Dan

O’Connor, un seguidor de Notre Dame de veintidós años, le tatuaran *Fighing Irish* en lugar de *Fighting Irish*[22] en el brazo derecho. O’Connor ha demandado por daños y perjuicios al jefe del empleado que omitió la *t* y ha pedido doscientos cincuenta mil dólares. Espero que gane. Puedo imaginar pocos destinos peores que pasarte el resto de tu vida con una errata en el brazo. Como coincidirían los autores del manual del programa informático de mi hermano, sería demasiado difícil intercalar una llamarada.

TINTA ETERNA

Hace treinta y tres años, cuando la vi por primera vez, mi pluma ya era vieja. El mango era de un color azul tan oscuro que casi siempre parecía negro. El capuchón plateado estaba tan desgastado que se había vuelto gris plomo y tenía delgadas estrías longitudinales y una contera opalina que yo imaginaba que era una preciada joya. El sujetador era dorado y tenía forma de flecha. Para rellenar la pluma había que desenroscar la parte final del mango, sumergir la plumilla en la tinta y apretar un émbolo de plástico transparente: un avance sensual en comparación con la flácida cámara de tinta de mi anterior pluma, que al apretarla hacía ruidos groseros.

Mi pluma me la regaló un novio que tuve cuando estaba en quinto de primaria, Jeffrey Davison, un pelirrojo pecoso al que se le daban muy bien los concursos de ortografía y el frontón: el prototipo de todos los deportistas listillos de los que me enamoraría más adelante y que culminaron con mi marido. Sospecho que Jeffrey se la robó a su padrastro, pero da igual. La pluma era mía por virtud del amor de Jeffrey y por derecho divino. Nadie habría podido valorarla, ya sea por su procedencia o por sus atributos, más que yo. Hasta entrar en la universidad, solo la empleaba para escribir poesía —la prosa la habría profanado— y, después, en mis primeros años de escritora, la usaba para escribir el primer borrador. Como un perro que necesita dar tres vueltas antes de tumbarse a dormir, yo no podía escribir una primera frase si no abría el frasco de tinta china, inhalaba la fragancia narcótica del hollín de carbón y la resina, mojaba la punta y bombeaba el émbolo: uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Las musas son veleidosas, y muchos escritores, al enfrentarse al vacío, han huido de la parálisis atribuyendo la responsabilidad creativa a un talismán, ya sea un amuleto o un tipo de papel, pero con mayor frecuencia a un instrumento de escritura. ¿Estoy escribiendo bien? Es gracias a mi pluma. ¿Estoy escribiendo mal? La culpa no es mía, es de mi pluma. La temible imaginación se defiende con esa clase de sublimaciones. En un periodo de estancamiento, Virginia Woolf escribió: «Estoy escribiendo con una pluma débil y tenue», y en otro: «¿Qué puedo decir con una pluma defectuosa?». Goethe, aunque había

aprendido una elegante caligrafía con un *magister artis scribendi*, dictó sus grandes obras a un copista. Con ello, solo consiguió intensificar su necesidad de controlar los rituales de la composición: insistía en que las péñolas no debían cortarse ni muy largas ni muy cortas, en que había que arrancar las plumas del ave y secar las páginas con la tinta fresca delante de la estufa en lugar de hacerlo con arena, y todo eso había que hacerlo en silencio para no distraerlo.

Kipling era incapaz de escribir ficción con un lápiz. Solo podía hacerlo con tinta, y cuanto más negra, mejor («todos los "negros azulados" eran una aberración para mi *daimon*»). Su pluma favorita, con la que escribió *Plain Tales* en Lahore, era «un portaplumas esbelto, con los lados octogonales, de ágata y con una plumilla Waverley». Un día se le partió y, aunque le siguió una sucesión de estilográficas, con y sin cargador, Kipling las consideraba «mercenarias impersonales» y se pasó el resto de su vida lamentando la pérdida de su difunta Waverley.

Sé cómo se sentía Kipling. El dolor por la pérdida de una pluma es algo muy serio. Hace diez años, mi pluma se esfumó. Como una amante celosa, nunca la saqué de casa, así que siempre creí que, para rebelarse de su reclusión, se metió en una rendija oculta de mi escritorio. Mil veces sentí la tentación de destrozar el escritorio; mil veces la resistí, pues temía que la pluma tampoco estuviera allí y entonces tendría que reconocer que había desaparecido para siempre. Durante un tiempo frecuenté tiendas que vendían plumas de segunda mano y, enseñando penosamente una antigua muestra de cómo escribía, decía: «Quiero este ancho de línea». Era como si llevara la fotografía de un amante difunto y dijera: «Encuéntrenme otro exactamente igual a este». Así me enteré de que mi pluma había sido una Parker 51, de alrededor de 1945. Al final encontré una parecida a la mía, no solo por la antigüedad, sino también por el color. Pero cuando esta advenediza volvió conmigo a casa, de pronto le dio ya sea por rascar o salpicar caprichosamente, incapaz, pese a una serie de onerosas reparaciones, de encontrar la suavidad de la que su predecesora había hecho gala sin el menor esfuerzo. Por desgracia, no era la reencarnación de mi antiguo amor; era una despreciable *Doppelgänger*. Lógicamente, seguí escribiendo, pero a partir de entonces la hazaña de evocar la primera palabra, la primera frase, el primer párrafo, me ha parecido más laboriosa y menos mágica.

Cuando mi amigo Adam tenía dieciséis años, se compró por veinte dólares un epistolario en el que un comerciante de Virginia del siglo XVIII había copiado su correspondencia: informes del precio del tabaco, pedidos de melaza de las Antillas, cartas a colonos leales a la Corona británica que habían huido a Nueva Escocia durante la

Revolución. Pegadas entre las páginas había unas cosas duras y amarillentas que al principio Adam creyó que eran trozos de uñas. Después se fijó en que uno de esos trozos tenía las barbas de una pluma, y se dio cuenta de que eran los recortes de una pluma: fragmentos de una oca muerta durante el reinado de Jorge III.

Qué incómodo, pero qué glorioso, sería escribir con una pluma de ave (preferiblemente el segundo o tercer folículo del ala izquierda, que se curvaba hacia fuera en manos de un escritor diestro). Una escribanía del siglo XVIII —completa con el portaplumas, el cortaplumas, el tintero, la caja de arenilla (para el polvo desecante) y la caja de la oblea (para la pasta para sellar)— era un monumento al acto físico de escribir. Pero, si no había una escribanía a mano, uno podía apañárselas con recursos provisionales. Un día, cuando *sir* Walter Scott estaba cazando, de pronto se le ocurrió una frase a la que le había estado dando vueltas toda la mañana. Antes de olvidarla, le pegó un tiro a un cuervo, arrancó una pluma, le afiló la punta, la mojó en la sangre del cuervo y escribió la oración.

Para los que creen que la escritura es una especie de idilio, una Parker 51 no le llega ni a la suela del zapato a la pluma de un cuervo, pero sin duda le gana a una estilográfica, un bolígrafo o un rotulador, sobre todo esos modelos de usar y tirar que proclaman: «No te encariñes demasiado, solo soy un ligue de una noche». Los lápices están bien a su manera, pero prefiero la inmutabilidad de la tinta. He conservado no solo los poemas que escribí a los diez años, sino también todas las tachaduras: una señal todavía más reveladora de cómo pensaba en aquella época. Richard Selzer, ensayista y cirujano, carga su pluma en un tintero de laca china que tiene un dragón de bronce en la tapa. Para alimentar al genio que según él yace allí, prepara, siguiendo una antigua receta, su propia versión de la Tinta Eterna Higgins, la marca que empleaba cuando aprendió a escribir hace sesenta años. ¡Eterna! ¿A qué otro medio podría aplicarse esa palabra?

La cinta de una máquina de escribir —si no tiene autocorrector y si uno no usa típex— puede ser permanente, pero yo no diría que sea eterna. El icor de la eternidad pertenece a la tinta china y a la sangre de cuervo, no a las máquinas. Sin embargo, reconozco que las máquinas de escribir, sobre todo las manuales y antiguas, pueden inspirar en sus dueños el mismo tipo de monogamia feroz que la que mi pluma me inspiró a mí. Cuando trabajaba en la revista *Life*, a veces llamaban a Paul O'Neil, un escritor veterano, para escribir artículos sobre crímenes. Una vez vi a Paul de pie, en un extremo de uno de los largos pasillos de *Life*, desenrollando algo por la alfombra. Al parecer, usaba una máquina de escribir tan antigua que ya no se vendían sus cintas, así que cada vez que se le gastaba una sujetaba un extremo de

la cinta, la desenrollaba lanzándola como un hábil jugador de bolos y después volvía a enrollar con mucho cuidado otra nueva, sacada de otra máquina de escribir, en el carrete original. Mi madre siente el mismo tipo de devoción por su Underwood, una venerable concatenación de palancas, barras, engranajes y ejes y una pequeña campana plateada cuyo sonido, al llegar al final de una línea, acompaña muchos de mis recuerdos de la infancia. Mi madre tiene ochenta años. Su padre se compró la máquina de escribir antes de que ella naciera. La mandó limpiar y reparar una sola vez, hace cuarenta años. En 1989, cuando mis padres se mudaron, languideció varios meses en un almacén mientras mi madre se las arreglaba con una Hermes portátil. Cuando recuperó la Underwood le pregunté cómo se sintió. «Fue como reunirme con un amor perdido hace mucho tiempo —contestó—, un amor con el que has estado casada toda tu vida, pero hasta que no te separaste de él no te diste cuenta de lo apasionado que era tu sentimiento por él.»

Ahora escribo con un ordenador. Lo estoy usando para escribir este ensayo, aunque en realidad debería hacerlo con una pluma de cuervo tallada a mano. Como ya saben muchos escritores, no hay nada que lo supere cuando se trata de corregir. Dado que facilita tanto los cambios de orden, me permite reconocer los errores estructurales que antes habrían sido invisibles, pues el esfuerzo y la violencia del antiguo método de cortar y pegar me habrían bloqueado la imaginación. La tecla de «Suprimir» es una gran ayuda para cualquier escritor que detesta una página abarrotada, aunque convierte el procesador de textos en el instrumento de escritura menos eterno de todos, y las tachaduras suelen quedar relegadas al olvido. (Prefiero pasar las frases rechazadas al final de la pantalla, donde el texto que voy escribiendo las empuja continuamente hacia abajo, como una pala empuja un creciente montículo de nieve.)

Me sorprende lo mucho que me gusta mi ordenador, pero nunca lo querré. He usado varios; son todos iguales. Cuando has visto un píxel, ya los has visto todos. Como lectora, a menudo siento que puedo detectar el rastro del procesador de textos en los libros, sobre todo en los largos. Dado que los escritores ya no tienen que detenerse para cambiar la cinta de la máquina de escribir, llenar la estilográfica o afilar la punta de la pluma, tienden a ser prolijos. Sobre todo desconfío de las cartas escritas con un procesador de textos, que huelen a formularios. Las direcciones impresas con ordenador son todavía peores. ¡Qué placer es abrir el buzón y encontrar una carta de un viejo amigo cuya letra en el sobre reconozco con la misma inmediatez que un rostro!

Hace poco acabé un libro. Escribí la primera frase con una pluma el 7 de agosto de 1991. (Recuerdo la fecha porque fue el día de mi

cumpleaños.) En el ínterin —un tiempo en que, no por casualidad, mi escritura se volvió casi ilegible—, abandoné la pluma y empecé a escribir con un procesador de textos. Había planeado escribir la última página del libro a mano, en parte por una cuestión sentimental y en parte porque pensé que una pluma podría reducir la velocidad de mi prosa y me haría ser especialmente cuidadosa con lo que más importaba. Pero cuando por fin llegó la mañana, tras correrme una juerga la noche anterior, y me di cuenta de que solo me faltaba una hora para acabar, no pude detener mi precipitada carrera, igual que habría sido imposible convencer a un corredor de maratón de que oliera las rosas que bordeaban los últimos cien metros de la pista. Era demasiado tarde. Es posible que mi vieja pluma esté enterrada en algún sitio de mi escritorio, pero mi *daimon*, que seguro que nunca fijaría su residencia en un Compaq Deskpro 4/25 modelo 120, se ha fugado de aquí o está —cruzo los dedos— dentro de mí.

EL GLOTÓN LITERARIO

Puedo decir sin faltar a la verdad que cuando mi hijo tenía ocho meses devoraba la literatura. En cuanto pillaba un libro, lo masticaba. Parte del ADN de Henry se ha incorporado de un modo permanente a las deformes páginas de *Goodnight Moon*, y las esquinas que faltan en las páginas 3 y 8 sugieren que parte de *Goodnight Moon* se ha incorporado de un modo permanente a Henry. Por supuesto, no fue el primer niño en ceder a la bibliofagia. El gran librero de Filadelfia A. S. W. Rosenbach dedujo que una razón por la que había tan pocas primeras ediciones de *Alicia en el país de las maravillas* era que muchas habían sido deglutidas.

Lo que ocurre es que Henry y sus colegas comedores de palabras —entre los que se encuentra un redactor jefe del *Wall Street Journalque* arranca distraídamente trozos del diccionario de la sala de redacción, los enrolla formando pelotitas y se los mete en la boca— sencillamente interpretan literalmente esa similitud metafórica entre leer y comer que nos hace decir, por ejemplo, que hemos devorado una novela o nos ha costado digerir una biografía excesivamente larga. Cuando decimos que alguien devora un libro pensamos en una de esas polillas que se comen el papel, en general, miembros de los órdenes *Thysanura* y *Psocoptera*, cuya dieta puede consistir exclusivamente en papel y pegamento. «Los libros son alimento —escribió el crítico inglés Holbrook Jackson—, las bibliotecas, tantos platos de carne, servidos para diversos paladares… Los comemos por amor o necesidad, como los demás alimentos, pero sobre todo por amor.» Un amigo dijo que Charles Lamb y Leigh Hunt disfrutaban «con un placer exquisito el sabor de unos versos originales, como si fueran un bocado de fruta madura y jugosa». Galileo comparó *Orlando furioso* con un campo de melones, Coventry Patmore comparó a Shakespeare con el rosbif, y Edward FitzGerald comparó a Tucídides con el queso parmesano.

Si los libros son comida, entonces los libros *sobre* la comida son el plato fuerte del gusto literario. Henry, que ahora tiene un año y medio, ha dejado de ingerir páginas para pasar a una forma de glotonería más elevada y simbólica. Cuando ve una imagen de algo

apetecible, hace ver que lo saca de la página y se lo come. Suele hacerlo con los objetos que al menos son teóricamente comestibles —sandías, jarros de miel, grandes pasteles de cumpleaños—, aunque, de un modo inquietante, una vez intentó comerse el torno de un dentista, que era amarillo y puede que lo confundiera con un plátano. Más adelante, cuando la dieta de Henry incluya novelas, espero que, al igual que su madre, no juzgue a los personajes por su aspecto, por cómo visten o cómo hablan, sino por lo que comen. En *Anna Karenina*, las diferencias esenciales entre Oblonsky y Levin saltan a la vista en la escena del restaurante de Moscú, donde el primero pide tres docenas de ostras, sopa de verduras, rodaballo con salsa, capón con estragón y macedonia de frutas, mientras que el segundo se conforma con sopa de col y avena.

Siempre me ha gustado Keats más que Wordsworth, pero nunca supe por qué hasta que leí que Wordsworth, según una persona que fue a visitarlo, «puede pasarse todo un mes comiendo solo buey frío, y, al siguiente, panceta fría», mientras que en una ocasión Keats escribió a su amigo Charles Wentworth Dilke:

> Hablando de placer, hace un momento escribía con una mano y con la otra me llevaba a la boca una nectarina. Dios mío, qué delicia. Era suave, carnosa, jugosa: toda su deliciosa firmeza se derritió al descender por mi garganta como una gran fresa beatificada.

Nunca he visto dos frases tan sensuales. Al leerlas, uno imagina que, cuando Keats se encontraba con Fanny Brawne, estallaban fuegos artificiales, igual que, en la famosa escena de la comida en *Tom Jones*, sabemos que el apetito de Tom por la señora Waters será igual a su apetito por la cena, en la que «al menos un kilo de esa carne que antes había contribuido a la composición de un buey ahora tenía el honor de formar parte del señor Jones».

Cuando leo algo sobre comida, a veces una sola palabra me provoca una reacción en cadena de recuerdos asociados. Soy como el fetichista de zapatos que, para excitarse, ya no necesita ver el objeto de su deseo; le basta con vislumbrar la frase «zapato de salón, número 36». Cada vez que encuentro la palabra francesa *plein*, que significa «lleno», revivo de inmediato el día en que, a los quince años, tras hacer acopio de una buena ración de *poulet à l'estragon*, dije a mis anfitriones parisinos que estaba «*pleine*», un adjetivo que más tarde descubrí que solo se emplea para las mujeres embarazadas y para las vacas que necesitan ser ordeñadas. La palabra inglesa *ptarmigan*, que significa perdiz nival, me catapulta diez años atrás, a una expedición

que hice al Ártico canadiense en la que un biólogo de osos polares, harto de comer judías en lata, cazó media docena de perdices nivales. Las desplumamos, las freímos y roímos sus huesos con un apetito de carne tan feroz que en ese momento supe que jamás podría ser vegetariana. A veces solo necesito ver las letras contiguas *pt* para despertar en mí una oleada nostálgica de culpa y glotonería. Por eso es posible que sea la única persona del mundo a la que se le hace la boca agua cuando lee las palabras «envenenamiento por ptomaína».

Mi respuesta más frecuente a las referencias gastronómicas en la literatura es unas ganas repentinas de atracar la nevera. Cuando leo en la cama, el botín se convierte en una fuente de conflictos conyugales. Si me hubiese casado con Charles Lamb, que en una ocasión le dijo a Coleridge que le gustaban especialmente los libros que contenían rastros de bollos untados con mantequilla, no tendría ningún problema, pero, en cambio, me casé con George, para el cual las migas en las almohadas —sobre todo *después* de cepillarnos los dientes— son una señal de una gran bajeza moral. (Estoy destinada a enamorarme de hombres que se parecen más a Levin que a Oblonsky. Una vez le pregunté a mi novio de la universidad cuál era su plato preferido. Tras pensárselo un momento, mientras yo debatía para mis adentros los pros y los contras de la *crème brulée* y del *brie* derretido, contestó: «Bueno, me gusta el pan».) Pero, después de leer la descripción de M. F. K. Fisher de los huevos batidos en *How to Cook a Wolf* (Cómo cocinar un lobo), o la oda de Hemingway a las salchichas y a la ensalada de patatas en *París era una fiesta*, o el inventario de Thomas Wolfe del contenido de la nevera de Joel Pierce en *Del tiempo y el río*, ¿cómo puede alguien en su sano juicio *no* llevarse un pequeño tentempié al lecho conyugal?

Mi amiga Susan McCarthy, la coautora de *Cuando lloran los elefantes*, hace poco me recordó que a veces leer sobre comida puede hacerte *huir* de la cocina cuando me mencionó un pasaje donde explicaban cómo las orcas se comían a las ballenas jorobadas. «Es como si las pelaran con los dientes», explicó. Susan ha pensado en fijar ese pasaje en la nevera como inhibidor del apetito. Yo podría hacer lo mismo con la frase de John Lanchester en *En deuda con el placer* que describe un primer plato en un pensionado de niños como «una sopa en que trozos de cartílagos evidentes y sin disimular flotaban en una salsa de color barro con una textura y temperatura que recordaban a ojos vistas a los mocos».

Pero estoy segura de que Susan y yo dejaremos esos pasajes en el lugar exacto al que pertenecen: en nuestras estanterías, no en nuestras neveras. En el fondo, sabemos que no hay que subvertir el apetito feroz que despierta la palabra impresa. Una vez el crítico de arte Eric Gibson me contó que una de las experiencias más frustrantes de su

vida fue al leer la descripción de un guiso de pollo y salchicha en *Un instante en la guerra*, las memorias de Laurie Lee de la guerra civil española, cuando iba en el metro de Washington y se encontraba a al menos media hora de su cocina.

Ese pasaje es especialmente impactante porque los soldados que se zampan el guiso estaban famélicos. Los mejores textos sobre comida no tienen que ver con la saciedad decadente, sino con el hambre. Hemingway estaba desfallecido cuando se comió su ensalada de patatas; Tom Jones había estado en ayunas veinticuatro horas antes de rendirse al kilo de rosbif, como preparación para rendirse a la señora Waters. En una ocasión, cuando Coleridge era estudiante en el Christ's Hospital, donde la comida se parecía a la sopa de mocos de John Lanchester, su madre le envió una tarta de ciruela. ¿Decidió acompañar su golosina con una lectura de Brillat-Savarin? Claro que no. Sabiamente, eligió *Robinson Crusoe*, uno de los mejores libros de la historia sobre el hambre.

De hecho, la literatura de comida que más me gusta ni siquiera describe auténticas comidas, sino platos *imaginados*: sueños voraces de personas que están a cientos de kilómetros de la despensa más cercana. Las descripciones de expediciones al Ártico y al Antártico están llenas de esa clase de menús imaginados. En 1883, en la desventurada expedición de Adolphus Greely a la isla de Ellesmere, el teniente James B. Lockwood hizo una lista de los platos que más añoraba: pavo relleno de ostras, galletas de Boston, bollos de harina de avena, buñuelos de maíz. «Esta noche masqué la pata cruda de un zorro —escribió en su diario—. Era puro hueso y cartílago.» Después añadió: «Tarta de naranja y coco». En la expedición al Antártico de Ernest Shackleton en 1914-1917, el doctor James McIlroy realizó una encuesta entre los veintidós hombres que habían naufragado en la isla Elephanta en la que preguntaba a cada uno qué elegiría si pudiera comer un solo plato. El número de golosos superó con creces a los que prefirieron platos salados. He aquí una muestra:

Clark Budín de nata de Devonshire
James Budín de sirope
McIlroy Budín de mermelada con nata de Devonshire
Rickenson Tarta de mora y manzana con nata
Wild Budín de manzana con nata
Hussey Gachas, azúcar y nata
Green Pastas de manzana
Greenstreet Budín de Navidad
Kerr Pastas con sirope
Macklin Huevos revueltos con tostada

Bakewell Cerdo al horno con judías
Cheetham Cerdo, puré de manzana, patatas y nabo

Como miembro de la sociedad civilizada, los momentos en que más me he acercado a esa clase de antojos han sido durante mis embarazos, cuando la llamada de la glotonería ha sido irresistible además de permisible. Una noche, cuando esperaba a Henry, estaba tumbada en la cama y, por alguna razón, me dio por pensar en *La isla del tesoro*. Me di cuenta de que, de todo el libro, solo recordaba una frase; era algo que Ben Gunn, un náufrago que llevaba tres años en la isla, le decía a Jim Hawkins: «Muchas fueron las largas noches en que soñé con queso; sobre todo, tostado». Repetí las últimas tres palabras una y otra vez, como un mantra: «Sobre todo, tostado. Sobre todo, tostado. Sobre todo, tostado». De pronto me vi deslizándome hacia la cocina como sumida en un trance sonámbulo. Abrí la nevera. En un cajón vi un trozo de queso *cheddar*. Lo puse en una sartén antiadherente, encendí el fuego y apaleé el queso con un cucharón. Eso no era cocinar, a menos que pueda decirse que lo que hacía un hombre de Neandertal con el anca peluda de un mamut en una hoguera es cocinar. Cuando el queso quedó reducido a un pegote derretido, me lo comí directamente de la sartén. ¿Estaba bueno? No lo sé. Me lo tragué demasiado rápido.

A partir de entonces, me he preguntado si esa experiencia en el útero, que acabó con un terrible dolor de estómago, fue responsable de dos de las características más destacadas de mi hijo: le encantan los libros, odia el queso.

NADA NUEVO BAJO EL SOL[23]

El editor y especialista en béisbol Dan Okrent, que también es un excelente cocinero,[24] una vez llevó un jamón mechado con pistachos, ajo y pasas a una comida en la que cada uno tenía que aportar un plato. Casualmente, una de las invitadas era la editora de libros de cocina Judith Jones, a la que le gustó tanto el jamón que le pidió la receta a Dan, y este le repitió palabra por palabra una de un libro de James Beard. («Creía que quería *hacer* el jamón —explicó Dan más tarde—. No *publicarlo*.») Unos años más tarde se publicó *American Food*, del marido de Judith, Evan Jones, y allí, en la página 224, estaba la receta, titulada «Jamón fresco relleno de Dan Okrent». Al cabo de un tiempo, Dan se encontró con James Beard en un cóctel, tensó su valor hasta el punto donde quedó firme[25] y se deshizo en disculpas. «Ah, no te preocupes —dijo Beard—. Yo saqué la receta de otro libro de cocina.»[26]

Al parecer, en el incestuoso mundo de los libros de cocina, no existe el plagio. Basta con añadir un ramito de romero y la receta ya es nuestra.[27] En la literatura —al menos tradicionalmente—, las reglas son algo más rígidas. Si a uno le desagradan las comillas, si «olvida» que el elocuente pasaje que copió en su diario en realidad es obra de Flaubert, si se engaña y cree que un ramito de romero verbal constituye un cambio de propiedad, entonces es, como lo expresó Benjamin Disraeli con una frase de una gran superioridad moral,[28] «un ladrón del intelecto ajeno».[29]

Como la mayoría de los escritores, hace tiempo que me fascina el cambio marino[30] por el cual un cúmulo de palabras, de propiedad pública cuando están repartidas por un diccionario, se convierten en un bien robable. Neal Bowers, un poeta cuya obra ha sido plagiada repetidamente por un maestro en paro llamado David Jones, escribió: «La naturaleza intangible del lenguaje empieza a perseguirme, y me pregunto cómo es posible que alguien posea palabras. ¿De qué me han privado exactamente?».[31] En otras palabras, aunque nos roben las palabras —a diferencia de nuestro vídeo—, siguen perteneciéndonos. ¿O no?

Bowers dice que no, o al menos no de la misma manera. Como él

dice, con comprensible mal humor,[32] «quien roba palabras, roba aliento, pulso y conciencia».[33] Debe de haber sido especialmente mortificante para Bowers cuando otro poeta le dijo que, al alterar las pausas entre las líneas, en realidad el plagiario había *mejorado* los poemas, como si el plagio solo fuera una especie de corrección de estilo.[34] Desde hace tiempo ha sido un tópico, reiterado con especial convicción por los plagiarios, que, si uno mejora el original, su genio lo exime de las penalidades exigidas a los hombres corrientes.[35] Una vez, a Virgilio, famoso por sus uñas afiladas, lo vieron examinando un volumen de Quinto Ennio. Cuando se le preguntó, deliberadamente, qué hacía, contestó: «Extraigo perlas del estercolero de Ennio».[36] Es posible que la posteridad haya justificado sus saqueos, ya que dos milenios más tarde todo el mundo recuerda a Virgilio, mientras que el pobre Ennio ha sido relegado al estercolero del olvido.[37]

El «poeta» que plagió a Bowers era un impostor; para que lo publicaran solo podía recurrir al robo. Pero sin duda Virgilio no necesitaba robarle a Ennio, a Pisandro ni a Apolonio.[38] Shakespeare tampoco necesitaba copiar a Plutarco varios parlamentos de *Antonio y Cleopatra*, ni 4.144 de las 6.033 líneas de la primera, segunda y tercera partes de *Enrique IV*, ya sea textualmente o mediante perífrasis, a otros autores.[39] Milton no necesitaba copiar a Masenius,[40] ni Sterne a Burton,[41] ni Poe a Benjamin Morrell.[42] Coleridge tampoco necesitaba poner grandes pegotes de Schlegel en su *Biographia Literaria*,[43] un robo que tras su muerte denunció Thomas de Quincey, que también era un plagiario; de hecho, plagió al menos veinte veces más que Coleridge.[44]

Teniendo en cuenta que la mayoría de los plagiarios no necesitan robar —y que roban una y otra vez, a menudo de maneras tan obvias que uno juraría que quieren que los cojan—, el mes pasado[45] le comenté a mi marido que, de todos los tipos de robos, la cleptomanía era la que más se parecía al plagio. Por desgracia, más tarde me enteré de que esta brillante idea ya se le había ocurrido al menos a cuatro escritores.[46] Cuando me topé con la palabra *cleptómano* en *Plagiarism and Originality* de Alexander Lindey, tuve la sensación, durante una fracción de segundo, de que Lindey me había robado la idea a *mí*, a pesar de que escribió ese libro un año antes de que yo naciera.[47] En cualquier caso, como advierte Lindey, el plagiario cleptómano se siente *impelido* a robar. Es evidente, por ejemplo, que el senador Joe Biden (o sus machacas), que en sus discursos reprodujo fragmentos de los de Neil Kinnock, Robert Kennedy y Hubert Humphrey, entre otros, no podía evitar plagiar. Biden incluso copió la disculpa por haber plagiado *Las uvas de la ira*.[48]

Cuanto más leo sobre el plagio, más veo que la literatura es un gran cubo de reciclaje.[49] La pregunta de los sesenta y cuatro dólares[50] es: ¿hasta qué punto está mal? Antes del Romanticismo, cuando la

originalidad se convirtió en el *summum bonum*,[51] el plagio estaba muy extendido y se toleraba mucho más que ahora.[52] Por ejemplo, Fielding, aunque creía que era inmoral robar a sus pares, escribió: «Podemos considerar que los antiguos son un terreno público, donde cada persona que posee una vivienda en el Parnaso, por pequeña que sea, tiene pleno derecho a enriquecer a su musa».[53] Ahora, a las víctimas del plagio, incluso a Neal Bowers,[54] les dicen que siempre pueden escribir otro poema o que la imitación es el halago más sincero.[55]

Disiento de estas actitudes conciliadoras porque sé, por algo que ocurrió en mi propia familia, el daño que puede hacer el plagio. En 1988 leí por casualidad un artículo en el *The New York Times*[56] que acusaba a John Hersey de reproducir párrafos enteros de la biografía de James Agee escrita por Laurence Bergreen en su artículo del *New Yorker* sobre el mismo tema. Si bien Hersey lo había retocado un poco, se adivinaba a Bergreen en cada frase. Cuando leí el artículo, tuve una sensación extraña en la boca del estómago, porque en una ocasión Hersey había plagiado a mi madre.

Había ocurrido más de cuarenta años antes. Mi madre y su primer marido, Melville Jacoby, fueron corresponsales en el Lejano Oriente para *Time* durante la Segunda Guerra Mundial. Tras la ocupación japonesa de Manila en enero de 1942, se pasaron tres meses con las tropas del general Douglas MacArthur en Corregidor y Bataán antes de huir a Australia, donde Mel murió en un accidente en una base aérea estadounidense. En esos tres meses, mi madre y Mel enviaron varios partes a *Time*. Tenían la intención de escribir un libro basado en ese material, pero, en cambio, sus partes se convirtieron, sin su consentimiento, en la base textual de la mitad del éxito de ventas de Hersey titulado *Men on Bataan*. Hersey no debía de tener la conciencia muy tranquila, porque al parecer consiguió que *Time* pagara 450 dólares a mi madre y Mel y —esta es la vuelta de tuerca más extraña, y no me lo creí hasta que mi madre me lo leyó por teléfono—[57] *dedicó* el libro a «Melville Jacoby, su esposa Annalee» y a otros dos periodistas, «en parte para que no me acusen de hurto mayor».[58]

En cuanto leí el artículo del *Time*, llamé a Larry Bergreen, con el que había ido a la universidad, y le conté lo de *Men on Bataan*. Me dijo que varias personas más, incluido un profesor emérito de la Universidad de Chicago, ya le habían llamado para contarle que, a lo largo de los años, Hersey los había plagiado también a ellos.[59] Al parecer, Hersey, al que Larry siempre había admirado como una «voz de la conciencia», reunía todas las características del plagiario compulsivo: pedía prestado repetidamente, dejaba pistas extravagantemente obvias y —¡con lo bien que escribía!— no necesitaba hacerlo.

Mi madre me dijo: «Creo que a Hersey lo que lo echó a perder fue

el sistema de escribir en Time Inc., basado en los partes de los corresponsales. Lo que ocurrió fue que se acostumbró tanto a pasar el trabajo de los demás por su máquina de escribir y a decir que era de él que acabó creyendo que todo el mundo escrito era materia prima».

Al menos, las palabras robadas a Larry Bergreen se publicaron a su nombre. Mi madre nunca tuvo esa satisfacción. La única vez que vio sus partes impresos fue bajo una tapa que decía que el autor era John Hersey. Pero fue ella la que los escribió. Y, aunque Hersey esté muerto y todo el mundo salvo la familia haya olvidado esta historia hace tiempo, eso no se lo pueden quitar.[60]

EL IMPERATIVO CATALOGAL

En la portada de un reciente catálogo de Nordstrom —no me pregunten por qué— hay una foto de un macho cabrío. Está encima de una bolsa de arpillera en la plataforma de una camioneta, comiéndose un clavel rojo que acaba de arrancar de un tiesto de plástico verde. Se le ve encantado con su comida, pero el brillo omnívoro en su mirada sugiere que, si no tuviera ningún clavel a mano, se conformaría con la bolsa de arpillera, el tiesto de plástico o incluso con la camioneta.

Conozco ese brillo, porque es lo que siento con la lectura. Prefiero un libro; pero, si fuera necesario, me conformaría con el manual de instrucciones de un cepillo de dientes eléctrico. Me he pasado más de una noche solitaria en la habitación de un hotel consolándome con las Páginas Amarillas. Una vez, hace mucho tiempo, vencí un terrible ataque de insomnio estudiando lo único que encontré en casa que no había leído al menos dos veces: el manual del Toyota Corolla de 1974 de mi compañera de piso. En semejantes circunstancias (adicción, abstinencia, ansiedad, pánico), la sección sobre la palanca de cambio me resultó tan hermosa como la visión de Dante de la rosa sempiterna en el canto XXXI del *Paraíso.*

Sin embargo, solo hay un tipo de no literatura que a veces *preferiría* al *Paraíso*. Se trata —soy consciente de que estoy a punto de asestarme un golpe del que quizá nunca me recupere— del género de los catálogos de ventas por correo. De hecho, me leí el antes mencionado catálogo de Nordstrom de cabo a rabo, a pesar de que no tenía ni punto de comparación con el macho cabrío.

Debo añadir que nunca he pedido un catálogo. Aunque me tienta pensar que el buzón los incuba por generación espontánea, sé que en realidad son hijos de promiscuos listados de *mailings* que copulan en secreto y por dinero. Uno de los placeres, u horrores, del mundo del *mailing* directo es que uno nunca sabe a quién le darán su nombre. Mi amigo Ross Baughman, un fotógrafo que en una ocasión acompañó a un grupo de mercenarios estadounidenses a Nicaragua, antes del viaje se interesó por una lente de visión nocturna anunciada en un catálogo de venta por correo porque tenía que hacer fotos sin *flash* de los asaltos de los comandos a medianoche. Desde entonces, no ha parado

de recibir un aluvión de catálogos y folletos sobre cómo hacer silenciadores para fusiles con silenciadores de coches viejos y napalm con detergente para la ropa.

Al menos Ross puede trazar el árbol genealógico de su *mailing* directo. Pero y yo ¿por qué recibo catálogos dedicados exclusivamente a música caribeña, complementos de hípica, parrillas eléctricas, ropa de tallas grandes, ropa de tallas pequeñas, visitas turísticas a los sitios en que aterrizaron ovnis y reproducciones en resina de gárgolas medievales? ¿Es que esas empresas saben algo de mí que yo ignoro?

He llegado a creer que la explicación tiene que ver con el hecho de que en la etiqueta con la dirección a veces pone ANNE SADIMAN. (Como por teléfono la *F* se confunde con la *S*, cada vez que los Fadiman encargamos algo sabemos que tenemos que decir: «*F* como en Frank». Sin embargo, al menos una cuarta parte de las veces, la gente cree que hemos dicho: «S como en Srank».) Anne Fadiman es una madre de dos niños, de mediana edad, que no tiene microondas ni equipo de CD, y mucho menos una terraza para poner una parrilla eléctrica ni una casa a la que se pueda añadir semejante terraza. Pero *Anne Sadiman…*, ah, esa mujer es harina de otro costal, y casi seguro que es de color verde apio, rosa, *beige*, crudo, marrón, cardo, naranja, gris guijarro, caucho, nube, solo por mencionar algunos de sus colores favoritos del catálogo de J. Crew. Tocada con su sombrero No Va Más de TravelSmith, un sombrero «aplastado por Land Rovers, lanzado desde aviones y perdido en rápidos embravecidos», Anne S. viaja a menudo al lago Titicaca, donde hay (según su catálogo de Viajes a Lugares con Poder) «uno de los vórtices de energía más potentes del mundo». Gusta a los hombres (ya que ha perfeccionado su cuerpo con las sesiones de los Ejercicios Macarena de los vídeos Collage) y atrae a las mariquitas (ya que compra envases de tres unidades de señuelos para mariquitas Duncraft, de fácil uso y desechables). Gracias a sus casetes de los cursos de idiomas de Audio-Forum, habla yupik, xosa y twi «como una diplomática». (O incluso mejor. Prometo que si alguien me muestra a un embajador estadounidense que hable twi con fluidez, me comeré el sombrero No Va Más de Anne Sadiman.) Está encantada con su sostén Milagroso con incrustaciones de diamantes de Victoria's Secret que le costó un millón de dólares, pero también tiene debilidad por los crampones de acero y cromoníquel de Campmor. De hecho, su marido se excita sobremanera cuando Anne se pone las dos cosas a la vez.

Como no pude entrevistar al marido de Anne S. —estaba hablando por teléfono con The Sharper Image para pedir un limpiador de ondas ultrasónicas cuyo piezo-transductor de 42.000 ondas por segundo elimina en un santiamén la microsuciedad del sostén de diamantes de su mujer—, tuve que recurrir al marido de Anne F. La pregunta que le

hice fue: «¿Por qué tu mujer lee los catálogos de venta por correo?».

George me miró fijamente a los ojos y contestó: «Porque, si algo va dirigido a ti, no se te ocurre que puedes tirarlo. Eres una persona extrañamente obediente». (Es verdad. Me cuesta mucho caminar cuando veo una señal de NO CRUZAR aunque no haya ningún coche a varios kilómetros. Sin embargo, mientras espero, pienso que la forma verbal correcta sería el imperativo, no el infinitivo.) George me confesó que, cuando sabía que se acercaba la fecha en que yo tenía que entregar un trabajo, a veces tiraba la mitad del contenido del buzón —*¡mis catálogos!*— directamente a la basura. Yo a mi vez le confesé que había decidido escribir este ensayo solo para poder decirle que estaba investigando cuando me pillara leyendo un catálogo.

En realidad, creo que leo catálogos por la misma razón por la que George se atiborra de aperitivos en los cócteles: porque son gratis. ¿Cómo puede salir a comprar *sushi* cuando todas esas salchichas de cóctel están allí pidiendo a gritos que alguien se las coma? Igualmente, ¿cómo puedo ir hasta el quiosco a buscar *The New York Review of Books* cuando el catálogo de objetos prácticos de Alsto está allí mismo, en mi buzón, ofreciendo, entre otras elucubraciones memorables, 103 palabras de alabanza a la máquina rotadora Ro-Si para hacer compost? También leo catálogos para instruirme. De no haber sido por las reproducciones históricas del diseño toscano de Home and Garden, nunca me habría enterado de que un yelmo del siglo XVI consistía en un morrión, una visera y una babera. Por último, valoro los catálogos porque me dan una visión privilegiada y a veces estéticamente estimulante de mundos de los que de lo contrario me vería excluida. ¿Quién podría leer el catálogo de herramientas de Garrett Wade sin pensar que acaba de leer un poema? Yo no. De hecho, aquí lo tienen. El siguiente haikú, impecable desde un punto de vista silábico, consiste únicamente en artículos que se pueden pedir llamando al (800) 221-2942:

Joiner's mash, jack plane.
Splitting froe? Bastard cut rasp!
Craftsman dozuki.[61]

Espero que hayan percibido el toque japonés en el último verso, que se refiere, por supuesto, al artículo N. 49117,01, una sierra cuya cuchilla «actúa con mucha suavidad en un rebajo muy estrecho». (En estos momentos estoy componiendo una *villanelle* inspirada por la palabra *rebajo*.)

Se necesitaría un poema épico —aunque me temo que mis habilidades líricas no estarían a la altura— para hacer justicia a las

herramientas suministradas por la rosa sempiterna de la venta por correo: el catálogo de Sears Roebuck de 1902. Su oferta incluye veintidós tipos de martillos de herrero distintos, doce limas de relojero y siete descornadores de ganado. Seiscientas mil personas pagaron cincuenta centavos para leerlo, lo que no es una suma desdeñable si se tiene en cuenta que por la misma cantidad o menos podrían haberse comprado un corsé de cuatro ganchos, dos reclamos de pavo, tres dedales de plata, cuatro cajas de talco para los pies o cinco bigotes falsos. Lo mejor del catálogo de Sears —una característica de la que lamentablemente carecen sus descendientes— era su índice de trece páginas. ¿Quién podía leer:

Acordeones……205-206
Álbumes, celuloide y felpa……269-270
Azuelas……515-516
Cinturones abdominales…466
Estufas herméticas…827
Jabón de arreos…411
Libros de contabilidad…261
Peines ajustables…498
Tela de albatros…836
Tratamiento para matadura…412

y quedarse igual? ¿Y quién podría resistir lisonjas como: «SEÑORAS, PUEDEN SER HERMOSAS. Da igual quiénes son o si tienen deformidades, pueden ser tan guapas como cualquier otra mujer del país empleando OBLEAS DE ARSÉNICO FRANCÉS»?

Fíjense en que los estimables redactores del catálogo de Sears, Roebuck & Co. escribieron «pueden ser hermosas», en lugar de «*seanhermosas*». Es una distinción importante. El espacio minúsculo que dejaron se ha perdido hace ya tiempo y ha quedado enterrado bajo el imperativo catalogal:

- Córtese las uñas duras de los pies sin problemas.
- Evite los espantosos hongos.
- Deje de rechinar los dientes por la noche.
- Prevenga el mal aliento en los animales domésticos.
- Convierta su casa en un salón de masajes.
- Disfrute con las pastas sin pasar por la sala de urgencias.
- Hágase usted misma 12 estilos diferentes de zapatos increíbles y después váyase a dar una vuelta.
- Lance una carga mortal con el Terminator Electrónico de Insectos Swatter.

- Tire una masa asquerosa verde a una distancia de más de diez metros.

- Ponga en un molde de plástico gelatina con sabor a melocotón y, unas horas más tarde, verá salir una mano izquierda de color carne.

Hasta la siempre obediente Anne F. se rebela. ¡Me niego a obedecer!

Pero estas órdenes tan zafias (sacadas textualmente de Healthy Living, The Sharper Image y Brainstorms) solo empañan el extremo inferior del espectro de la redacción de catálogos. En el superior, si bien prevalece la segunda persona, el modo —como en la edad dorada de las obleas de arsénico para el cutis— es declarativo en lugar de imperativo. Véase el catálogo de J. Peterman: «Esta noche tu Lucía fue la mejor de toda una generación», «Alguien puede darse cuenta de que te pareces a Ava Gardner», «Todavía conservas tu saxo alto». *Pero ¿cómo lo sabían?*

El día que llega el catálogo de J. Peterman a casa de los Fadiman-Sadiman, el mundo se para. Nadie puede interrumpirme. Las referencias a Henry James, Anna Ajmátova y a los *chogyal* de Sikkim me arrullan hasta tal punto que me convencen de que estoy leyendo algo que vale la pena. La instructiva digresión sobre el sombrero de *sir* Francis Galton (tenía persianas retráctiles para que no se le calentara demasiado el cerebro) y el tipo de camisas (con el cuello abierto) que llevaba la princesa persa para jugar al polo en 1472 aportan temas de conversación excelentes para sacar en las cenas. ¿Y quién necesita un atlas cuando solo con leer el correo se puede aprender cómo se escriben topónimos como Sylt, Krk, Sujumi, Tetuán, Muhu, Bjugn y Husøy?

Mi interpretación del interés de J. Peterman es que es un romance heterogéneo para el tipo de gente que se va de vacaciones a Krk. A título de ejemplo citaré la nota publicitaria de un vestido floreado de *crepé de China*, con mangas abullonadas y que llega hasta los tobillos:

> Él se pasa la mañana reparando la valla de los ciervos. Después tendrá que hacer el compost. Empieza a hacer calor. Cuando se quita la camisa de franela, advierte que ya no estás reclinada en la ventana en saledizo leyendo a Proust.

Este párrafo parte de una serie de supuestos, todos agradables:

- Tengo una casa en el campo.
- Tengo una valla para los ciervos.
- Tengo compost.

- Tengo tiempo para leer a Proust.

- Cuando leo a Proust, llevo vestidos con mangas abullonadas que me llegan hasta los tobillos.

Pero yo no pedí el vestido. Mi problema —y el motivo por el que Anne F., pese a ser una devota lectora de catálogos, es una clienta infiel— es que nunca quiero el artículo, lo que quiero es la fantasía asociada a él. No quiero las mangas abullonadas, quiero la casa de campo, la ventana en saledizo y el Proust.

De hecho, tiré todo el catálogo de Nordstrom a la basura salvo la portada. La ropa me da igual. Después de la casa de campo, quiero el macho cabrío.

MIS CASTILLOS ANCESTRALES

A los cuatro años, me gustaba construir castillos con una colección de mi padre de veintidós volúmenes en tamaño bolsillo de Trollope. Mi hermano y yo teníamos, además, unos bloques de madera, pero los Trollope eran mejores: eran de un color azul oscuro, lo suficientemente proporcionados para caber en la mano de un niño y, al ser más delgados que altos, eran ideales, al igual que las cartas, para construir portales y puentes levadizos. Ahora son míos. Antes de escribir estas frases, saqué tres volúmenes de los estantes, y antes de poder decir *sirRaffle* Buffle, *The Last Chronicle of Barset* se había convertido en un dintel apoyado precariamente en las jambas gemelas de *Lady Anna* y *Doctor Thorne*.

Se me ocurren unas cuantas maneras de introducir a una niña a los libros mejores que dejándola apilarlos, tumbarlos, reordenarlos y llenarlos de huellas dactilares. Me maravilla que la joven Diana Trilling, que tenía que lavarse las manos antes de sacar un tomo de Twain o Balzac de la librería con puertas de cristal de sus padres, de adulta fuera una amante de los libros. El modelo de nuestros padres era un patio de recreo; el de los suyos era un quirófano. Al comprar su colección de clásicos encuadernados en piel a un vendedor ambulante, el padre de Trilling cometió la herejía adicional, inimaginable para nosotros, de creer que una biblioteca podía ser de una misma talla para todos en lugar de hecha a medida. Cuando mi hermano y yo examinamos las estanterías de nuestros padres, pudimos fantasear de un modo mucho más extravagante sobre sus gustos y deseos, sus aspiraciones y vicios, que si hubiéramos hurgado en sus armarios.

La biblioteca de mi padre abarcaba toda la literatura mundial y tres milenios, aunque su fuerte era la poesía inglesa y la ficción de los siglos XVIII y XIX. La única literatura basura, en términos relativos, era la ciencia ficción, y las únicas obras totalmente extraliterarias trataban de vinos y quesos. Mi estante favorito era el de los libros escritos por él. Me gustaba ver mi nombre allí —FADIMAN FADIMAN FADIMAN—, sobre todo a los cinco años, ya que fue una de las primeras palabras que aprendí a escribir. Cuando ya supe leer, me acuerdo de que imaginaba que Erasmo debía de parecerse a Ed Wynn

porque había escrito un libro titulado *Elogio de la locura*. Mi hermano se acuerda de que creía (de un modo más exacto) que Kierkegaard debió de ser terrorífico porque había escrito *La enfermedad mortal* y *Temor y temblor*. Y los dos creíamos que, como sus libros eran así, mi padre de algún modo encarnaba la locura y el terror, además de todas las emociones que hay entremedias.

La biblioteca de mi madre era más reducida y se centraba sobre todo en China y Filipinas. Hojear *A Primer in the Writing of Chinese Characters* (Manual de los caracteres chinos) (¡publicado en Shanghái!) y *I Was on Corregidor* (Estuve en Corregidor) (¡la mencionaba *a ella*!) era emocionante, como cuando una se entera de que es hija ilegítima de Mata Hari. Pero la emoción no era perfecta. Nuestro padre, que a menudo alardeaba de que nunca había hecho nada salvo pensar, seguía siendo la misma persona que cuando empezó a coleccionar libros a principios de los años veinte. Su biblioteca y él nunca se habían separado. Nuestra madre, por el contrario, en su día había llevado una vida de acción. ¿Y por qué la había abandonado? *Porque había tenido hijos*. Sus libros, que parecían pertenecer a una mujer a la que yo nunca había conocido, definían el tamaño del sacrificio que mi hermano y yo le habíamos supuesto.

Entre los dos, mis padres tenían unos siete mil libros. Cada vez que nos mudábamos de casa, un carpintero construía medio kilómetro de estanterías; cada vez que nos íbamos, los nuevos dueños las arrancaban. Para mí las paredes de los demás estaban desnudas. Las nuestras no eran telones de fondo blancos y sosos para colgar cuadros, eran obras de arte por sí mismas, mosaicos desde el suelo hasta el techo cuyos azulejos de colores vívidos eran rectángulos delgados, agradables al tacto e incluso, si a uno le gustaba la fragancia polvorienta del papel viejo, al olor. Vladimir Nabokov escribió una vez en su diario que a los ocho años su hijo relacionaba cada una de las letras del alfabeto con determinados colores: la *C* era amarilla, la *F* era de color habano, la *M* era azul de huevo de petirrojo. Hasta el día de hoy, acostumbrada a los lomos de tela de los libros que me rodearon hace treinta años, estoy convencida de que Sófocles es terracota, Proust es gris paloma, Conrad es canela, Wilde es verde ácido, Poe es azul de Prusia, Auden es índigo y Roald Dahl es malva.

Seguro que hay escritores cuyos padres no tenían libros y a quienes un vecino, un profesor o un bibliotecario acogió bajo su manto, pero nunca he conocido a ninguno. Mi hija tiene siete años, y algunos de los padres de los niños de su clase se quejan de que sus hijos no leen por placer. Cuando voy a sus casas, las habitaciones de los niños están llenas de libros caros, pero las de los padres están vacías. Esos niños no ven leer a sus padres, como yo vi a los míos cada día de mi infancia. Por contraste, cuando entro en un apartamento donde se ven

libros en las estanterías, libros en la mesa de noche, libros en el suelo, libros en la cisterna del lavabo, entonces sé lo que vería si abriera la puerta en la que pende un cartel que dice PRIVADO — PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS ADULTOS: a un niño tumbado en la cama leyendo.

Mis padres se limitaron a transmitir el legado que habían heredado de sus padres. Cuando mi madre se mudó de Utah a California a los nueve años, mi abuelo cubrió toda una pared de cinco metros de largo de estanterías, y mi abuela las forró una por una con papel *beige*. Mi madre se pasó todo ese verano leyendo las obras completas de Dickens. Mi padre se crio en Brooklyn, en el seno de una familia de inmigrantes demasiado pobre para llevarlo a un restaurante hasta su adolescencia, pero no tanto como para no poder llenar dos estanterías de madera de nogal negro de autores como Scott, Tolstói y Maupassant. «Leí a Ibsen a los ocho años —me dijo—. Pero incluso antes, Ibsen ya estaba *allí*. Sabía que era un gran dramaturgo noruego, que formaba parte de un mundo hacia el que yo me dirigía.» La semana pasada me sorprendió al recitar, con acento irlandés, varias frases pronunciadas por el soldado inglés en *Soldiers Three* de Kipling, que había leído (en una edición roja con el título impreso en letras doradas) ochenta y cinco años antes.

Cuando tenía catorce años, vi en los estantes del neoclásico tardío, en la sección británica de mi padre, un libro que tenía el lomo vuelto del revés. Lógicamente, fui directa a por él. Se trataba de *Fanny Hill*. (Era tan evidente que el esfuerzo por proteger mis ojos inocentes estaba condenado al fracaso que un par de años más tarde, tras sacar *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud del estante austriaco, llegué a la conclusión de que en realidad, inconscientemente, mi padre *quería* que yo encontrara *Fanny Hill*.) En mi opinión, las estanterías de los padres son un lugar excelente para que se produzca el primer encuentro de los adolescentes con el erotismo, sobre todo si las obras son de una elevada calidad literaria (como las de John Cleland, Frank Harris y Anaïs Nin, digamos, más que las de Xaviera Hollander). No solo les es fácil acceder a los libros, sino que los adolescentes descubren que, por muy increíble que parezca, sus padres también tienen sentimientos sexuales. Se notaba que *Fanny Hill* estaba muy sobado.

Cuando pregunté a varios escritores que conozco qué libros recordaban de las estanterías de sus padres, muchos de ellos eran lascivos. Campbell Geeslin, un novelista y editor que se crio en un rancho del oeste de Texas, se pasó muchas horas arropado por *A Treasury of Art Masterpieces*, sobre todo la reproducción en color de la *Olympia* de Manet, de la que dice que «no lleva nada encima, salvo una cinta negra alrededor de la garganta, y está con las piernas ligeramente dobladas para ocultar la parte que yo más quería ver». El

erudito y poeta Charles Bell, cuyo padre tenía la segunda mayor biblioteca de Misisipi, se leyó minuciosamente los pasajes más osados de la traducción en seis volúmenes de Burton de *Las mil y una noches*. Cuando heredó la colección hace medio siglo, Charles descubrió en la guarda posterior del volumen 4 una lista de números apenas visibles, escritos a lápiz: eran las referencias de las páginas donde se encontraban las obscenidades favoritas de su difunto padre.

Esos dieciséis volúmenes ahora adornan la biblioteca de Charles Bell, una de las más importantes de Santa Fe. Campbell Geeslin no heredó *A Treasury of Art Masterpieces*, solo la mesa de centro de madera en la que reposaba, pero sí heredó la Biblia de la familia. Hace sesenta años, su padre leía un capítulo cada noche, razón por la que Campbell acabó creyendo que Saúl y David hablaban con acento texano. Durante las lecturas, su madre se sentaba en el tocador y se ponía crema limpiadora Pond's. «Ahora, cada vez que abro la Biblia —explica—, oigo la voz de mi padre y huelo la cara de mi madre.»

Algunos de mis amigos no tienen la intención de dejar sus libros a sus hijos porque creen que serían una carga para ellos: unos deberes interminables, embalados y desembalados en cada mudanza, que recriminarían a los legatarios desde las alturas. No estoy de acuerdo: pienso legar mi biblioteca a mis hijos. A mi hija le encanta contemplar nuestros libros e imaginar de qué tratan. (*Conejo en paz* es «la historia de un conejito dormilón»; *One Man's Meat* [La carne de un hombre] es «un misterio sobre unos hombres sentados a la mesa de un comedor, y a uno le dan un bistec mientras que a los demás solo brécol».) Algún día los leerá, como yo leí *Elogio de la locura*, cuyo frontispicio de Erasmo dibujado por Holbein no se parece en nada a Ed Wynn. Mi decepción formó parte del proceso de hacerme mayor.

Hace siete años, cuando mis padres se mudaron de una casa grande a otra más pequeña, mi hermano y yo nos repartimos los libros que sobraron. Mi hermano, que ayudó a embalarlos, me llamó desde California y me fue anunciando por teléfono los nombres de cada autor mientras vaciaba las estanterías. «¿Chéjov?», preguntó. «Sí», contesté. «¿Turguénev?» «Hum —tenía que calcular mentalmente el espacio en mi estantería—, creo que no.» Después, claro, me di con la cabeza contra la pared por haber desdeñado a Turguénev. Al principio, los cuatrocientos tomos que me llegaron (que incluyeron los Trollope, pero, por desgracia, no *Fanny Hill*) quedaron segregados en una pared, el equivalente en libros de un apartamento especial para los parientes políticos.

—Lo que pasa es que no quieres que mis Stephen King mancillen los Hemingway de tu padre —dijo George en tono acusador.

—No es verdad.

Probó otra táctica:

—Tu padre no querría que sus libros fueran un santuario. ¿No dijiste que te dejaba construir *castillos* con ellos?

Con eso sí que dio en el blanco. Me di cuenta de que, al mantener su biblioteca intacta, había intentado conservar a mi padre, que entonces tenía ochenta y seis años y también seguía intacto. Era una estrategia cuyo éxito era improbable.

Así que ahora sus Trollope están en nuestra sección victoriana, junto con nuestros decadentes libros de bolsillo de la universidad. Pero estoy pensando en ponerlos en un estante más bajo. Nuestro hijo de dos años empieza a interesarse en la construcción.

COMPARTIR EL MORBO

Cuando Charles Dickens leyó en voz alta *Oliver Twist* ante una sala abarrotada de público en St. James's Hall, se le disparó el ritmo cardíaco hasta alcanzar las 124 pulsaciones por segundo, y no me extraña. Primero encarnó a Fagin. Su amigo Charles Kent, que lo contemplaba entre bastidores, dijo que durante varios minutos Dickens se pareció «al demonio personificado: con los rasgos distorsionados por la rabia, las pestañas… se movían como las antenas de un reptil mortífero, y todo su aspecto, mitad vulpino, mitad buitresco, reflejaba su hambrienta maldad». (Seguro que a cualquiera que se parezca a un reptil, un mamífero y un ave al mismo tiempo también se le aceleraría el pulso.) Después, tras echar una ojeada a las instrucciones que había anotado en los márgenes («Estremecimiento… Miro a mi alrededor aterrorizado… Se avecina un asesinato»), Dickens se convirtió en Bill Sikes, que blandía una porra invisible. Por último, representó a Nancy, que decía entrecortadamente: «¡Bill, querido Bill!» mientras caía al suelo, cegada por su propia sangre. Tras aporrear a Nancy y colgar a Sikes, Dickens se tumbó en un sofá detrás del escenario y estuvo diez minutos sin poder pronunciar dos frases seguidas.

Cuando anoche leí *La historia de un conejito feroz* a mi hijo, no había nadie que pudiera tomarme el pulso. Sin embargo, Beatrix Potter y Charles Dickens parecen haber ido a la misma Escuela de Escritores Violentos, y, cuando llegué a la parte en que el hombre de la pistola le arranca de un tiro la cola y los bigotes al conejo (¡PUM!), les aseguro que Henry y yo estábamos casi sin aliento. Las lecturas en privado tienen ciertas ventajas frente a las públicas. Los dos estábamos bastante abatidos y, si yo hubiese sido incapaz de pronunciar varias frases seguidas, Henry ni se habría dado cuenta. También pude insertar comentarios editoriales, como «No te creas, la pistola no era *de verdad*». Sin embargo, tras describir «el charco de sangre que se agitaba y danzaba a la luz del sol», Dickens no podía volverse hacia su público —a pesar de que un médico había pronosticado histeria colectiva entre las mujeres— y decir: «No os lo creáis, la sangre no era *de verdad*».

En casa leemos mucho en voz alta. Si alguien sospecha que, como Dickens, nos especializamos en el morbo, me temo que tendrá razón. La semana pasada, una mañana encontré a Susannah comiéndose sus cereales mientras su padre le leía *Boy*, donde al joven Roald Dahl lo castigan con la palmeta (dos veces), lo operan de vegetaciones sin anestesia y por poco pierde la nariz en un accidente automovilístico.

—Vuelve a leer lo de la nariz que le pendía de un pequeño hilo —pidió Susannah.

Si yo hubiera sido una buena madre, le habría dicho: «*Después* del desayuno». En cambio, me senté con ellos. En su día, George fue camarero cantante y, acostumbrado a unir la dramaturgia con la digestión, se lanzó a contar lo de la nariz colgante. En ese momento entendí por qué le daban tantas propinas. También confirmé, con la claridad de la hora del desayuno, algo que sospechaba hacía tiempo: que *todaslas* lecturas son actuaciones, y que Dickens solo ocupa el extremo más histriónico de un espectro compartido por los padres que han adormecido a sus hijos con *Grandfather Twilight*. Cuando uno lee en silencio, solo actúa el escritor, pero, cuando lo hace en voz alta, la representación es un acto realizado en colaboración: uno pone las palabras y el otro, el ritmo.

Para leer en voz alta no se necesita un escenario y tampoco hace falta ensayar, ni siquiera un público. De pequeño, Heine leía *Don Quijote* a los árboles y flores del jardín del palacio de Düsseldorf. Lamb creía que era un delito leer en silencio a Shakespeare y a Milton, aunque nadie lo escuchara. En la segunda semana de un curso de griego en la universidad, estaba tan encantada porque me sabía el alfabeto que me dio por pasearme por la habitación de mi residencia y obsequiar a mis muebles con centenares de repeticiones de los primeros dos versos de la *Odisea*:

Ἄνδρα μοι ἔννεπε, Μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα
πολλὰ πλάγχθη, ἐπεὶ Τροίης ἱερὸν πτολίεθρον ἔπερσε·

Solo reconocía dos palabras —*Musa* y *Troya*—, pero me daba igual. A Homero había que leerlo en voz alta y, aunque no tenía ni idea de lo que decía, oía el chapoteo del mar tras cada verso dactílico.

Desde que perdió la vista, mi padre ha vivido en un reino homéricamente auditivo. Cuando yo era pequeña, él siempre me leía en voz alta, y se especializó en el autor de cuentos infantiles doctor Seuss. Muchos años después, cuando me recuperaba de una amigdalectomía, me leyó el primer tomo de *Guerra y paz*, razón por la que todavía hoy relaciono todos los nombres rusos de más de tres

sílabas con el dolor de garganta. Ahora yo le leo a él. Al principio la inversión generacional de papeles me desorientó un poco; parecía que yo era la madre y él, el hijo, si bien el hijo me corregía la pronunciación. El ciego Milton hizo lo mismo con sus hijas, que le leían en griego, latín, hebreo, sirio, italiano y francés, pese a no conocer ninguna de estas lenguas. Al cabo de un rato se ponían a refunfuñar de un modo tan vehemente que Milton las despachaba diciéndoles que se fueran a aprender a bordar. Yo solo leo en inglés, y me encanta hacerlo, salvo cuando llamo a mi padre para leerle la nota necrológica de uno de sus viejos amigos. Es imposible eludir la intimidad de la lectura en voz alta. Mi padre no puede llorar la pérdida en privado, como lo haría si le enviara la página recortada por correo. Cuando le oigo toser suavemente por el otro extremo de la línea, insisto con obstinación en leerle la lista de supervivientes y el lugar del funeral, a sabiendas de que mi voz está interponiéndose entre él y su amigo en lugar de unirlos.

«Leer en voz alta —escribió Holbrook Jackson— es un gran privilegio, primero porque uno confraterniza con todo lo que es noble y hermoso de pensamiento e imaginación, y después porque lo exterioriza. Se aventura entre obras de arte y difunde las noticias de sus descubrimientos. Ninguna noticia vale más la pena difundir; pocas son las cosas que valen más la pena compartir.»

Si uno es el autor de la obra de arte que comparte, le conviene ser un lector de primera. Dickens lo era; el actor trágico William Charles Macready dijo que la lectura de «Sikes y Nancy» valió tanto como «dos Macbeths». Pero sus oyentes tuvieron que pagar varios chelines, mientras que nosotros podemos escuchar a escritores famosos leer en nuestra librería local gratis o, como en el caso de Jay McInerney, que acaba de promocionar un libro titulado *Dressed to Kill: James Bond, the Suited Hero* (Vestido para matar: James Bond, el héroe trajeado) en el departamento de ropa de diseño masculina de los grandes almacenes Saks Fifth Avenue. En general, las lecturas públicas me resultan mucho menos interesantes que las privadas. ¿Quién no habría deseado escuchar a escondidas a Plinio, que entretenía a sus invitados con su propia obra, o a Tolstói, que solía leer todos los días a su familia lo que había escrito al concluir su jornada de trabajo? O incluso al entrañablemente narcisista Tennyson, que, cuando leyó *Maud* a los Browning y a varios amigos más, le dio por detenerse cada dos o tres versos para murmurar: «¡Qué toque tan fantástico! ¡Qué tierno! ¡Eso sí que es hermoso!».

La lectura más íntima de todas, por supuesto, es la realizada por los amantes. Recuerdo una tarde en la estrecha cama de mi novio de la universidad, los dos acostados frente a frente para posponer la

tentación hasta el final de la sesión de lectura, en que nos pasábamos una enorme edición granate de *The Romantic Poets* mientras nos turnábamos para leer «Cantos de inocencia y experiencia» de Blake. No llegamos muy lejos. Setecientos años antes, Paolo y su cuñada Francesca habían tenido problemas por hacer lo siguiente:

> *Nos miramos muchas veces durante aquella lectura*
> *y nuestro rostro palideció.*[62]

Estaban leyendo *Lancelot du Lac* y, cuando llegaron al beso prohibido de Ginebra, sellaron su propio destino. Como Francesca expresó con discreción en el canto V del *Infierno* de Dante: «Aquel día ya no seguimos leyendo».

¿Y dónde acaban Paolo y Francesca? En el segundo círculo del Infierno, el último lugar de descanso para los amantes carnales, donde un vendaval los zarandea eternamente. Lo que viene a demostrar que, como todas las cosas que valen la pena, leer en voz alta puede ser peligroso. De hecho, a Dante le basta con oír la historia de Francesca para perder el conocimiento en el suelo del Infierno.

George y yo también solemos perder el conocimiento cuando leemos en voz alta, pero, como la mayoría de las parejas que tienen niños pequeños, lo más frecuente es que el sueño se apodere de nosotros antes de que cualquier otra cosa nos envíe al segundo círculo de Dante. Elegir el libro adecuado para el lecho conyugal no es una tarea que deba tomarse a la ligera. Randolph Churchill insistió en leer *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* a su mujer, Pamela, y ya ven cómo acabaron. George y yo lo intentamos con *La tienda de antigüedades*, pero dije basta al llegar al tercer capítulo, cuando empecé a sospechar lo que Dickens tramaba para la pequeña Nell. Después probamos con *Middlemarch*, pero lo dejamos en la página 2, después de que George se durmiera tres noches seguidas en el prólogo sobre santa Teresa. Al final encontramos la traducción de Robert Fagles de la *Odisea*. De momento, la cosa va bien. Vamos por la mitad del canto V y no hemos fallado ni una sola noche.

Me encantó oír a George leer los mismos versos que yo solía leer en griego, versos que se habían borrado de mi memoria junto con casi todos mis conocimientos de la lengua:

> *Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,*
> *tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,*
> *conoció las ciudades y el genio de las innúmeras gentes.*

Pero ¡nuestra travesía es tan lenta! Leer en voz alta significa que no nos podemos saltar ni una línea ni leer nada por encima. Al paso

que vamos, tardaremos seis meses en hacer que Ulises vuelva a Ítaca, lo que no está tan mal si se tiene en cuenta que él tardó diez años. De hecho, a lo mejor nuestro ritmo pausado tiene ciertas ventajas. El poema se irá desplegando poco a poco, su velocidad se adaptará al ritmo de los jónicos del siglo VIII a. C. en lugar de al de los agobiados neoyorquinos modernos y, a medida que la historia vaya progresando, también nos ralentizará. Cuando empezamos creí que estábamos demasiado ocupados para leer a Homero. Ahora creo que estamos demasiado ocupados para no leerlo.

Nuestro único problema es mantenernos despiertos. Cuando George ve que empiezo a cabecear, me despabila con una pequeña enmienda muy razonable. Por ejemplo, Telémaco puede decirle a su vieja ama de llaves Euriclea:

> *Vierte, ¡oh, ama!, en las ánforas vino gustoso,*
> *el más dulce, quizá algo como un Mouton Cadet.*[63]

A medida que voy adentrándome en la tierra de los lotófagos, voy perdiendo mis facultades críticas.

—Esos pretendientes —murmuro con languidez—. Me recuerdan al gato de los cuentos infantiles *El gato en el sombrero.*

—¿De veras? —pregunta George.

—Sí, por la manera en que llega, arrasa la nevera, se come un pastel, deja un gran anillo rosa en la bañera…

—Ya —dice George con voz soñolienta—. Ya sé a qué te refieres.

Cuando se inclina para darme un beso de buenas noches, no lamento que nos hayamos graduado de los amorosos *sprints* de la juventud. El matrimonio es un curso de larga distancia, y leer en voz alta es una especie de bebida isotónica romántica, elaborada para reanimar a los corredores ocasionalmente agotados.

Una de las notas necrológicas que le leí a mi padre hace tres años fue la del experto en Flaubert Francis Steegmuller. Hacia el final de su vida, cuando empezaba a fallarle la memoria, él y su mujer, Shirley Hazzard, leían en voz alta todos los días después de desayunar. *The New York Times* publicó: «El día antes de su muerte, dijo la señora Hazzard, la pareja había acabado de leer en voz alta *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare “por enésima vez” rodeada de las macetas de geranios que a él le encantaba cuidar en su terraza que daba a la bahía de Nápoles».

Espero que George y yo tengamos la misma suerte.

EL IMPERIO DE LIBROS DEL PRIMER MINISTRO

Hace unos años compré un libro de segunda mano titulado *On Books and the Housing of Them* (De los libros y su almacenamiento). En realidad, decir que es un libro es estirar —o comprimir— el significado de la palabra, ya que, aunque era de tapa dura, solo tenía veintinueve páginas. Registré vagamente que el autor se llamaba Gladstone, pero no se me ocurrió que podía ser *ese* Gladstone. Lo que me hizo sacar el monedero (y pagar ocho dólares, o sea, el exorbitante precio de veintiocho centavos la página) fue el tema: nunca he podido resistirme a un libro sobre libros.

Después perdí el pequeño volumen. O, más bien, él se perdió a sí mismo. Al ser demasiado delgado para llevar el título en su lomo de color bermellón, *On Books and the Housing of Them* se había vuelto invisible al quedar aplastado por dos de sus obesos vecinos de la estantería, igual que una blusa ligera colgada de una percha de alambre puede desaparecer varios meses en un armario repleto de ropa. Después, el verano pasado, cuando saqué uno de los libros adyacentes —el estante estaba tan lleno que habría necesitado una palanca—, de pronto salió el ectomorfo desaparecido. Esa vez me lo miré con más atención. Se había publicado en mayo de 1898, en una edición limitada de cien ejemplares, por lo que los ocho dólares ya no me parecieron tan desorbitados. El frontispicio era un retrato en sepia de un hombre mayor. Tenía el pelo cano y las mejillas se le hundían cómodamente en las mandíbulas, pero su mirada era feroz como la de un ave de rapiña. En el pie de foto decía: «William Ewart Gladstone, 1809-1898».

Entonces me di cuenta de que *era* ese Gladstone: el cuatro veces primer ministro británico, patriarca del Partido Liberal, erudito, financiero, teólogo, orador, humanista y la espina que tenía clavada Benjamin Disraeli, tanto que, cuando se le pidió que definiera la diferencia entre una desgracia y una calamidad, contestó: «Si el señor Gladstone se cayera en el Támesis, sería una desgracia. Si alguien lo rescatara y lo sacara, sería una calamidad».

Después me enteré de que *On Books and the Housing of Them* se

publicó por primera vez en 1890 en un periódico británico titulado *The Nineteenth Century*. M. F. Mansfield, un editor neoyorquino, consideró que el ensayo merecía una reimpresión en lo que ahora me doy cuenta de que es una edición conmemorativa. Gladstone murió el 19 de mayo de 1898 y mi volumen fue enviado rápidamente al taller de impresión antes de que acabara ese mes. (A ver si los de Random House conectan sus ordenadores e igualan eso.) Y después el libro se sumió en una oscuridad tan profunda que ni siquiera se menciona en *Gladstone*, la reciente biografía de 698 páginas de Roy Jenkins.

Tendría que citarlo. Si alguien desea entender el carácter tanto de W. E. Gladstone como de la Inglaterra victoriana, encontrará todo lo que necesita saber en el reducido contenido de *On Books and the Housing of Them*. En el índice de la biografía de Jenkins, bajo «Gladstone, William Ewart, características», encontramos: «Energía. Mojigatería. Carácter disciplinado y control. Engreimiento. Probidad. Pulcritud y pasión por el orden. Autoritarismo. Determinación». Estos rasgos esencialmente victorianos impregnan cada página del libro de Gladstone. El mismo orden eficaz que él deseó para el Imperio británico con tanto entusiasmo, pero a menudo tan en vano, también lo deseó —y consiguió— para el imperio en miniatura de su propia biblioteca.

El tema de *On Books and the Housing of Them* es muy sencillo: hay demasiados libros y demasiado poco espacio. El problema, dice Gladstone, se puede resolver con un sistema de estanterías que evitará que «dentro de unos siglos las dimensiones exorbitantes de las bibliotecas expulsen a la población de Gran Bretaña hacia las aguas que la rodean». Esta observación es burlona y seria a la vez. Gladstone poseía la parquedad típica del escocés. En su diario, que inició a los quince años y no dejó hasta los ochenta y cinco, cuando perdió la vista tras quedar ciego por unas cataratas, a menudo detallaba sus días con intervalos de hasta quince minutos; era, según sus propias palabras, «un libro de contabilidad del precioso don del Tiempo». Al igual que su padre, un astuto hombre de negocios que nunca derrochó un penique, Gladstone jamás perdía el tiempo. James Graham, que estuvo en el Gabinete con Gladstone en los años cuarenta, se maravilló de que «pudiera hacer en cuatro horas lo que otro tardaría dieciséis y… trabajaba dieciséis horas al día». Si era capaz de hacer en un día lo que otro tardaría una semana, era lógico que pretendiera meter en una sola habitación suficientes libros como para llenar toda una casa.

El plan consistía en lo siguiente: «Primero, los estantes deben estar fijos; en segundo lugar, las vitrinas deben tener un lado contra la pared, de modo que sobresalgan lo suficiente. Asimismo, deben tener el doble de la profundidad necesaria para que quepa una sola fila de libros, y albergar así dos filas, una frente a otra». Esto solo era un

precalentamiento: necesitó varios miles de palabras más para explicar los detalles. La parquedad de Gladstone no afectó a su verborrea. Como orador parlamentario, según Disraeli, «se embriagaba con la exuberancia de su propia verbosidad», y, como escritor, es posible que sea el único hombre en la historia que ha escrito un libro interminable de veintinueve páginas. Las estanterías que sobresalgan en ángulo recto en la biblioteca, declaró, «deberían llevar lo que llamo de un modo rudimentario un tope (por falta de una palabra mejor), es decir, una vitrina adosada poco profunda y muy liviana (liviana por la pequeñez de los estantes), lo que aumenta el espacio y al mismo tiempo hace que el lado corto así como los dos largos del paralelepípedo muestren solo una cara de libros mientras que las líneas de las estanterías se extienden entre las filas como hilos».

Se entiende por qué, en una reunión del gabinete en 1884, Joseph Chamberlain, el presidente de la Junta de Comercio, compuso este epitafio prematuro para el estadista más anal-retentivo del mundo y se lo pasó por encima de la mesa a otro miembro del gabinete:

> *Aquí yace el señor G., que nos ha dejado atribulados*
> *mientras él sigue, sin duda, afinando*
> *y explicando distinciones a Pedro y Pablo,*
> *que protestan débilmente alegando que unas distinciones tan pequeñas*
> *nunca se presentaron a santos para desconcertarlos,*
> *hasta que vino el Primer Ministro a molestarlos.*

El señor G. calculó que en una biblioteca de seis por doce metros, con estanterías saledizas de un metro de largo, treinta centímetros de ancho y tres metros de altura («de modo que se pueda llegar al estante superior con la ayuda de un taburete de madera con dos escalones de no más de cinco centímetros de altura»), cabrían entre dieciocho mil y veinte mil volúmenes. Me fío de su aritmética. Al fin y al cabo, fue ministro de Hacienda. Este sistema de estanterías bastaría para la casa de un caballero normal, pero, en caso de una aglomeración excesiva de libros, propuso otro sistema más radical en que «casi dos tercios, o digamos tres quintas partes, del contenido cúbico de un apartamento convenientemente diseñado puede convertirse en una masa casi sólida de libros». Lo detalla en una nota a pie de página tan extraordinaria que vale la pena citarla por entero:

> Imaginen una habitación de ocho metros por cuatro, y de un poco más de dos metros y medio de alto. Divídanla longitudinalmente para dejar un pasillo de un metro veinte de ancho. El pasillo debe sobresalir de tres a cinco metros en cada

> extremo al otro lado de la línea de la pared. Los extremos del pasillo deben dar a una ventana o una puerta de vidrio. Veinticuatro pares de vías recorren la habitación. Sobre ellas hay 56 estanterías, divididas por el pasillo, que llegan hasta el techo, cada una de un metro veinte de ancho, doce metros de profundidad y separada de la de al lado por un espacio de sesenta centímetros, y fijadas sobre pequeñas ruedas, poleas o rodillos, para pasar por las guías. Se necesitan asas fuertes en el lado interior de cada estantería para poder sacarla al pasillo. En cada estantería cabrán quinientos octavos, y una habitación de ocho metros por cuatro albergará veinticinco mil volúmenes. Una habitación de doce metros por tres y medio (de un tamaño normal) albergará sesenta mil.

Hoy en día el sistema de estantes rodantes inventado por Gladstone se emplea en la Cámara Radcliffe de la biblioteca Bodleian y en *The New York Times Book Review*, entre otros muchos lugares. Igual que la vida de su creador, no se desperdicia ni un solo centímetro cúbico.

He visto una fotografía de Gladstone en su propia biblioteca del castillo Hawarden, que él llamaba Templo de Paz. Está sentado en una butaca de madera, rodeado de volúmenes encuadernados en piel y colocados en estanterías que, por supuesto, están dispuestas de acuerdo con los principios establecidos en *On Books and the Housing of Them* (el sistema del saliente en ángulo recto, no el de las estanterías rodantes). Durante cuarenta y cuatro años, el Templo de Paz fue para él un refugio de su vida política. Gladstone escribió allí su pequeño libro entre su tercer y cuarto mandato, poco antes de su octogésimo cumpleaños, y anotó su redacción en su diario el 17 de diciembre de 1889, el día antes de «revisar y dar forma a todos los puntos de las posibles enmiendas o cambios en el Proyecto del Autogobierno Irlandés, etc., para mi reunión con el señor Parnell».

Cuando se sentía muy presionado por el liderazgo de Gran Bretaña, Gladstone elegía cualquiera de las siguientes tres actividades: talar árboles con un hacha, pasearse por Londres para hablar con prostitutas o bien ordenar libros. Era un extraño trío de diversiones, sobre todo la segunda, pues, aunque su objetivo patente era reformar a las mujeres perdidas, a veces inspiraba tantos pensamientos carnales en el reformador que después se flagelaba con un azote para inducir la contrición. La tala de árboles también entrañaba ciertos peligros (dedos magullados, astillas en el ojo), y solo ordenar los libros, que, según Jenkins, a veces alcanzaba un nivel de «frenesí», era una actividad invariablemente segura y satisfactoria. El Parlamento podía resistirse de un modo exasperante a los planes de Gladstone de reducir

los gastos de defensa o para el autogobierno irlandés, pero sus libros siempre eran maleables. Nunca confió la tarea —una tarea inacabable, ya que compraba libros a carretadas— a un secretario. «¿Qué hombre que de verdad ama sus libros —preguntó— delega a cualquier otro ser humano, mientras haya aliento en su cuerpo, el cometido de entrarlos en su casa?» Pocos meses antes de escribir esa frase, tras donar una biblioteca al pueblo de Hawarden, había llevado en una carretilla veinte mil de sus propios libros y colocado cada uno de ellos en las estanterías él solo.

Creo que los libros —comprarlos, leerlos, anotarlos, indexarlos, guardarlos y escribir en ellos— salvaron a Gladstone de un estrés paralizante. Sin ellos, es posible que no hubiera vivido hasta la sorprendente edad de ochenta y ocho años pese a haber sufrido erisipela, bronquitis, amigdalitis, indigestión, lumbago, catarro, pulmonía y, por último, cáncer del paladar. «Es imprescindible poner el libro en una biblioteca —escribió—. Y la biblioteca tiene que estar en una casa. Y hay que cuidar la casa. Hay que quitarle el polvo a la biblioteca, ordenarla, catalogarla. ¡Qué gran esfuerzo, aunque no sea un esfuerzo infeliz!»

Cuando contemplo mi propio apartamento abarrotado de libros, a veces me pregunto si lo único que podría evitar que mi biblioteca me expulse a las calles de Manhattan no sería una visita de Gladstone y unas cuantas estanterías rodantes. Podríamos trabajar codo con codo —dos compulsivos, encantados de la vida, con las mangas manchadas de polvo— y, cuando acabáramos, el pequeño libro con el lomo bermejo tendría espacio para respirar.

PROSA DE SEGUNDA MANO

La mañana que cumplí cuarenta y dos años, George me dijo que iba a llevarme a un lugar misterioso. Fuimos al metro, nos bajamos en Grand Central Station y allí me ordenó que me alejara mientras él pedía en voz baja dos billetes de ida y vuelta a algún sitio. Tras un recorrido de media hora por el Bronx y Yonkers, nos apeamos en una población llamada Hastings-on-Hudson. ¿Qué podía esperar en un sitio así? ¿Un restaurante de tres estrellas? ¿Una colección de arte de talla mundial? ¿Un globo aerostático, con una mágnum de Veuve Clicquot y medio kilo de caviar, para disfrutar de una vista aérea del valle del Hudson?

Seguí a George por la aletargada calle principal y bajamos por una empinada colina.

«Ya hemos llegado», dijo.

Entonces la vi: una pequeña tienda azotada por los elementos, encaramada en una pendiente tan inclinada que parecía estar a punto de deslizarse hacia el río Hudson, con un cartel deslucido de color azul encima de la puerta donde se leía LIBRERÍA. En el interior había un escritorio desordenado, un laberinto de estanterías sin aplomar, una nube de motas de polvo y 300.000 libros de segunda mano.

Siete horas más tarde, salimos de la librería Riverrun con ocho kilos de libros. (Los pesé cuando llegamos a casa.)

Ahora ya saben por qué me casé con mi marido. En mi opinión, ocho kilos de libros viejos son al menos ocho veces igual de deliciosos que medio kilo de caviar fresco. Es posible que ustedes prefieran Veuve Clicquot para *su* cumpleaños, pero yo prefiero que me den (en realidad, no pueden, porque George ya se les adelantó) una edición de 1929 de *Penny Wise and Book Foolish* de Vincent Starrett de nueve dólares, un tierno himno al coleccionismo de libros que contiene la siguiente frase: «Cada nueva exploración es un viaje a las Indias, una búsqueda de un tesoro escondido, una travesía hacia el final de un arcoíris; y da igual si al final aparece una mina de oro o tan solo un volumen encantador, siempre se encontrarán maravillas por el camino».

Los libros usados no gustan a todo el mundo. Puede que a los

lectores más delicados les den asco los borrones, manchas, subrayados y restos osificados de tostadas dejados por los dueños anteriores, como la ropa interior de segunda mano. Cuando era joven me gustaba que mis libros también parecieran jóvenes. Los libros de bolsillo de aspecto virginal, cuyos márgenes eran una *tabula rasa* para los garabatos narcisistas, eran lo suficientemente baratos para inspirar un mínimo de culpa cuando escribía en ellos y lo suficientemente anodinos para aceptar mis mutilaciones sin rechistar. En aquellos tiempos, del mismo modo que creía que la edad zarandearía los cuerpos de los demás y no el mío, también creía que mis libros de bolsillo durarían para siempre. Me equivoqué con las dos cosas. Mis Penguins de la universidad ahora desprenden nubes de polvo ácido cuando los saco de sus estanterías. En cambio, *Penny Wise and Book Foolish* sigue magnífico con sus sesenta y ocho años, su encuadernación sigue igual de firme y su tapa verde botella apenas se ha deslucido.

Después de que los libros de bolsillo perdieran su atractivo, me convertí a los de segunda mano en parte porque no podía permitirme el lujo de comprar los nuevos de tapa dura y en parte porque empecé a coger el gusto a las encuadernaciones hechas con hilo en lugar de pegamento, la tipografía compuesta con metal caliente en lugar de con un ordenador y los frontispicios protegidos con pequeñas hojas de papel de seda. También empezó a gustarme la sensación de ser un pequeño eslabón en una larga cadena de dueños de libros. Las inmaculadas primeras ediciones, tan preciadas por los coleccionistas de libros raros —sin notas, sin dedicatorias, sin ex libris—, ahora me son indiferentes. He llegado al punto de creer que los márgenes son una zona comunitaria literaria donde hay espacio para todo el mundo: cuantos más seamos, tanto mejor. De hecho, el único libro que tiendo a abordar con cierta inquietud es el que tiene las páginas sin cortar. En otro cumpleaños, George me regaló *Farthest North* en dos volúmenes, la descripción de Fridtjof Nansen de su infructuoso intento de llegar al Polo Norte en barco, cuyas páginas estaban sin cortar. Cuando empecé a cortarlas con una uña inexperta, de pronto me invadió la melancolía al darme cuenta de que *nadie había leído* esos hermosos volúmenes, publicados en 1897. Me entraron ganas de prestárselos al mayor número de amigos posible para compensar todas las caricias que se habían perdido en su primer siglo.

«¡Ay! —escribió Henry Ward Beecher—. ¡En qué otro lugar la naturaleza humana es tan débil como en la librería!» La mía se mantiene relativamente fuerte en las grandes librerías como Barnes & Noble, porque sé que, si me resisto a comprar un libro y se lo lleva otra persona, después aparecerá otro idéntico en el mismo lugar como un pato de plástico en un puesto de tiro al blanco. Y, si resisto *ese*,

habrá más días, vendrán otros patos. En una librería de viejo, cada volumen es único, no se puede sustituir encargándolo al almacén de una editorial y tampoco es visualmente idéntico a sus hermanos originales, que han consolidado su individualidad con cada cambio de propietario. Si no compro el libro ahora, lo más probable es que nunca más vuelva a surgir la oportunidad. Y, por lo tanto, como Beecher, que creía que las tentaciones de la bebida no eran nada en comparación con las de los libros, soy débil.

Al menos, gracias a mi flaqueza estoy bien acompañada. Southey, según un observador, no podía pasar ante un puesto de libros sin «detenerse a echar una ojeada durante un minuto, aun cuando el carruaje que debía llevarlo a Hampstead a ver a Coleridge estuviera a punto de partir». De Macaulay se decía que no había nadie «tan dispuesto a subirse a una escalera de mano y dar una batida al estante superior de una biblioteca en busca de folletos en cuartillas, o de curiosas reliquias literarias de tiempos pasados, y bajarse al cabo de una hora cubierto de polvo y telarañas para pedir que le trajeran un bollo en lugar de su comida habitual». Y, cuando el librero londinense del siglo XVIII James Lackington era joven, el día de Nochebuena su mujer le dio media corona —lo único que tenían— y lo envió a comprar la cena de Navidad. Lackington pasó ante una antigua librería y volvió con *Night Thoughts* de Young en el bolsillo y sin el pavo bajo el brazo. «Creo que he hecho bien —dijo a su hambrienta mujer—, porque, si hubiese comprado una cena, mañana nos la habríamos comido y el placer enseguida habría pasado, mientras que ahora, aunque vivamos cincuenta años más, podremos agasajarnos con *Night Thoughts*.»

Cuando voy a una librería nueva, exijo limpieza, ordenadores y un orden alfabético riguroso. Cuando entro en una librería de viejo, prefiero el desorden, gatos dormidos y suficiente caos organizativo como para alimentar mis fantasías de que me toparé con, digamos, un ejemplar de *Tamerlane* de Poe, como el que en 1988 encontró un pescador bajo una pila de folletos de agricultura en una cochera de Nuevo Hampshire donde vendían antigüedades y que compró por quince dólares. Después, ese mismo año, se subastó en Sotheby's por 198.000 dólares. Debo añadir que la gente demasiado educada para hablar de dinero en otros contextos no vacila, si cree que ha encontrado una ganga, en decir lo que le ha costado un libro usado. Lamb escribió a Coleridge: «He encontrado *Godfrey of Bullen* de Fairfax por media corona. Regocíjate conmigo». Y a Southey le escribió: «¡También hallé otro ejemplar de Quarles por nueve peniques! *O tempora! O lectores*!». (Encontré las exclamaciones de júbilo de Lamb en el primer volumen de *The Life and Works of Charles Lamb*, una «Edition de Luxe» en dos volúmenes sin fecha, llena de ilustraciones,

que compré por quince dólares. Regocijaos conmigo.)

El único problema de arrastrar hasta mi casa ocho kilos de libros desde Hastings-on-Hudson era que nuestras estanterías ya estaban abarrotadas de varios miles de kilos de libros. Con los años, a medida que nuestro piso iba pareciéndose cada vez menos a una casa y cada vez más a una librería de viejo, a menudo fantaseé con la idea de hacer un nombramiento oficial. ¿No sería divertido, cuando los niños sean mayores, convertirnos en libreros: «COLT & FADIMAN, se venden y compran libros usados, especialistas en volúmenes con las esquinas de las páginas dobladas»?

Desgraciadamente, me temo que la realidad puede ser más cruda. En un ensayo de 1936 titulado «Bookshop Memories» (Recuerdos de una librería), George Orwell evoca cuando trabajó como dependiente en una librería de viejo. Las horas se le hacían larguísimas, la tienda era gélida, los estantes estaban plagados de moscas azules muertas y muchos de los clientes eran unos lunáticos. Lo peor de todo era que los propios libros poco a poco fueron perdiendo lustre. «Hubo una época en que de verdad amaba los libros —escribió—, amaba verlos, olerlos y tocarlos, es decir, al menos los que tenían un mínimo de cincuenta años. Nada me daba más placer que comprar un montón por un chelín en una subasta en el campo… Pero, en cuanto empecé a trabajar en la librería, dejé de comprar libros. Vistos en masa, cinco mil o diez mil juntos, los libros se volvieron insípidos e incluso un poco asquerosos.»

¿Fue una reacción inevitable, parecida al desencanto con los helados que al parecer sufren todos los empleados de la cadena de heladerías Baskin-Robbins, o fue fruto (como yo esperaba) del cinismo orwelliano? Se lo pregunté a mi amigo Adam, que, cuando estudió en Harvard, trabajó los sábados de los primeros dos años en la librería Pangloss de Cambridge, y me confesó que también se había sentido decepcionado.

«Llegué a pensar que un libro sin hogar es un objeto inútil —explicó—, y, en una librería, solo hay eso. Lo comprendí de un modo muy claro cuando visité el apartamento de John Clive, el historiador, después de su muerte en 1990, para embalar sus libros y llevarlos a la tienda. Ese semestre había asistido al curso de Clive sobre el Imperio británico, pero era un profesor muy discreto y me quedé con la sensación de que no lo había conocido bien. Fue al ver sus estanterías —donde había libros de bolsillo de James Bond al lado de actas parlamentarias del siglo XIX— cuando entendí quién era realmente Clive. Su mobiliario intelectual explicó cómo era de un modo que sus clases no habían logrado.

»Nos llevamos los libros a la tienda y los ordenamos por temas

(historia en la pared izquierda, literatura en la derecha, filosofía en el hueco de atrás) y, de algún modo, de repente, ya no eran John Clive. Dispersar su biblioteca fue como incinerar un cadáver y esparcir las cenizas al viento. Me sentí muy triste. Y me di cuenta de que los libros adquieren un valor por la manera en que coexisten con los demás libros de una persona y, cuando pierden ese contexto, pierden su significado.

»Ese día, justo antes de marcharme, vi que el dueño había puesto uno de los libros de Clive en el carrito de las ofertas que teníamos en la acera. Era un pequeño Shakespeare eduardiano con una tipografía muy fea y planchas de colores chillones. Dentro, con una letra redonda de adolescente que debía remontarse a su juventud, Clive había escrito su nombre y las líneas de *La tempestad* "Somos de la misma / sustancia que los sueños, y nuestra breve vida / culmina en un dormir".»[64]

Le pregunté a Adam qué había hecho con el libro.

«Lo compré —contestó—, y me lo llevé a casa.»

LECTURA RECOMENDADA

En la mayoría de las librerías de viejo buenas hay un estante para los «libros sobre libros». El hecho de que esa sección no exista en las librerías nuevas refleja de un modo descorazonador cómo han cambiado los intereses de los lectores y explica por qué tantos de los siguientes títulos están agotados; algunos, de hecho, desde hace más de un siglo.

Mi libro favorito sobre los libros casualmente se llama *The Book About Books: The Anatomy of Bibliomania*. Es un compendio monumental de Holbrook Jackson basado, por su forma y estilo, en *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton, donde los títulos de los capítulos («Dandismo bibliopégico», «Síntomas de bibliofilia», «Bibliobibacidad, con síntomas de éxtasis») son como vaharadas de opio que llaman al adicto a los libros a la guarida de la que seguramente no saldrá hasta varias semanas más tarde, tambaleándose por la intoxicación. Otras recopilaciones útiles de tradiciones y citas de libros son *Bookman's Pleasure*, también editado por Holbrook Jackson; *The Book-Lover's Enchiridion*, editado por Alexander Ireland, y *Books*, editado por Gerald Donaldson.

Recomiendo las siguientes antologías de ensayos sobre libros y la lectura: *Bookworms*, editado por Laura Furman y Elinore Standard; *Reading in Bed*, editado por Steven Gilbar; *The Romance of The Book*, editado por Marshall Brooks; *The Most Wonderful Books*, editado por Michael Dorris y Emilie Buchwald; *What is a Book*?, editado por Dale Warren; *Bouillabaisse for Bibliophiles* y *Carrousel for Bibliophiles*, ambos editados por William Targ, y *Men and Books*, editado por Malcolm S. MacLean y Elisabeth K. Holmes. *The Literary Gourmet* de Linda Wolfe es una suculenta antología de literatura sobre la comida, que incluye las recetas del esturión relleno de Gógol y la sopa de langosta de Maupassant. *Una historia de la lectura* de Alberto Manguel, *The Evolution of the Book* de Frederick G. Kilgour y *The Kingdom of Books* de William Dana Orcutt contienen material histórico muy valioso. Entre los numerosos volúmenes sobre la colección de libros, soy especialmente aficionada a *Penny Wise and Book Foolish* de Vincent Starrett y a *A Gentle Madness* de Nicholas A. Basbanes. *ABC for Book*

Collectors, el diccionario clásico de John Carter de términos relacionados con libros, es indispensable para el lector que siempre ha querido saber la diferencia entre una guarda suelta y una guarda encolada.

Los que buscan inspiración para leer en voz alta la encontrarán de sobra en *Charles Dickens as a Reader* de Charles Kent y en «The Blue Room», un ensayo autobiográfico de Adam Gopnik publicado en *The New Yorker*, pero que, por razones que desconozco, nunca se incluyó en una antología; «Reading Aloud», en *The Size of Thoughts* de Nicholas Baker, se centra en las dificultades del arte, así que, aunque no sea muy inspirador, hay que leerlo igual porque es muy divertido. Sobre cómo se instala una biblioteca, los lectores de este libro ya sabrán que aprecio *On Books and the Housing of Them* de W. E. Gladstone.

Cualquiera interesado en el cruce de la literatura con la vida debería leer *The Common Reader* y *The Second Common Reader* de Virginia Woolf.

Hay seis ensayos sobre libros que me han dejado una impresión indeleble: «De los tres comercios», de los *Ensayos* de Michel de Montaigne; «1808 Lectures on the Principles of Poetry», conferencia 3, de *Lectures 1808-1819 on Literature*, primer volumen, de Samuel Taylor Coleridge; «Detached Thoughts on Books and Reading», de *The Last Essays of Elia* de Charles Lamb; «Sobre la lectura de libros viejos»[65] de *The Plain Speaker* de William Hazlitt; «Bookshop Memories», de *An Age Like This*, primer volumen de *The Collected Essays, Journalism, and Letters of George Orwell*, y «Unpacking my Library», de *Illuminations* de Walter Benjamin.

AGRADECIMIENTOS

Hace cinco años me telefoneó un editor llamado Stephen G. Smith para preguntarme si quería colaborar para fundar *Civilization*(Civilización). Como por teléfono no pude oír la C en caja alta ni la cursiva, durante unos vertiginosos instantes creí que iba a ser una Rómulo moderna, llamada desde mi escritorio para que me amamantaran las lobas y para derrotar a los bárbaros. La verdad, si bien defraudó mis fantasías, no fue muy distinta. Durante mi feliz estancia en la revista, llegué a considerar *Civilization*, la revista de la Biblioteca del Congreso, como una especie de ciudad utópica. Los errores sintácticos aporreaban la puerta, pero, aunque oíamos los golpes de los arietes, nuestros muros eran gruesos y nuestra pequeña metrópolis estaba a salvo.

Cuando le dije a Steve Smith que quería escribir una columna titulada «Simples lecturas»,[66] enseguida aceptó. Me dijo que me olvidara del reportaje y escribiera sobre mí misma, una orden que al principio me alarmó, pero que al final me pareció liberadora. Los ensayos resultantes —a algunos de los cuales les he cambiado el título, o bien los he alargado o retocado— constituyen este libro. Steve los revisó casi todos, con una destreza tan meticulosa que a veces sentí la tentación de tirar mis palabras y publicar sus notas al margen.

También me gustaría dar las gracias a los miembros del equipo de *Civilization* —Leah Edmunds, Gretchen Ernster, Rachel Hartigan, Elizabeth Hightower, Aaron Matz, Katie O'Halleran, Diantha Parker, David Vine y Charles Wilson— que desenterraron y verificaron los datos aislados. William Mills, del Instituto Scott de Investigación Polar en Cambridge, Inglaterra, proporcionó información sobre el campamento base de *sir* Robert Falcon Scott en la Antártida; Carolyn Chadwick, del Center for Book Arts de Nueva York, explicó cómo se imprimió y encuadernó el volumen que heredé de mi bisabuela, y P. J. Williams, de la biblioteca St. Deiniol en Hawarden, Gales, envió material muy útil sobre la biblioteca de W. E. Gladstone.

En Farrar, Straus and Giroux tuve la suerte de que Jonathan Galassi y Natasha Wimmer me acogieran bajo su generoso manto editorial. Susan Mitchell y Jonathan Lippincott consiguieron que el

libro fuera hermoso, tanto por fuera como por dentro. Después de que Karla Reganold lo revisara, comprendí que no era una lectora de galeradas tan buena como creía.

Adam Goodheart revisó con destreza varios de los ensayos, sugirió ideas y se pasó innumerables horas hablando conmigo de libros. Varios otros amigos también se acostumbraron a mis llamadas, en las que preguntaba: «¿Doblas las esquinas de las páginas de tus libros?», «¿Sabes lo que significa *opopónaco*?», «¿Qué libros porno robaste de la biblioteca de tus padres?». Bill Abrams, Ross Baughman, Charles Bell, Laurence Bergreen, John Bethell, Sara Bethell, Lisa Colt, Sandy Colt, Byron Dobell, Lars Engle, Rob Farnsworth, Campbell Geeslin, Eric Gibson, Paula Glatzer, Peter Gradjansky, Maggie Hivnor, Kathy Holub, Rhonda Johnson, Pepe Karmel, Susan McCarthy, Charlie Monheim, Mark O'Donnell, Dan Okrent, Julie Salamon, Kathy Schuler, Carol Whitmore y Sherri Yingst respondieron a mis preguntas con la mejor voluntad. Jon Blackman y Maud Gleason se sometieron a un interrogatorio más largo de lo que les correspondía y fueron lo suficientemente amables para no quejarse. Gary Hovland, Robert Lescher, Brian Miller, Barbara Quarmby, Carol Sandvik, Frances Stead Sellers y, sobre todo, Monica Gregory me ayudaron de diversas maneras. Mis queridas amigas Jane Condon y Lou Ann Walker me animaron desde el principio hasta el final, como lo han hecho con todos mis proyectos desde hace más de veinte años.

El centro de este libro es mi familia. Espero que, cuando mis hijos sean mayores, Henry me perdone por contar que se comió parte de *Goodnight Moon* y que Susannah supere que yo haya revelado que creía que *Conejo en paz* era un cuento sobre un conejo dormilón. De las muchas satisfacciones de la maternidad, pocas han sido tan intensas como la de ver el rostro de mis hijos cuando abren un libro nuevo por primera vez.

Mi marido, George Howe Colt, y yo nos cortejamos con libros y unimos nuestras bibliotecas así como nuestras vidas. ¡Qué suerte tuve con los dos! George revisó detenida y sabiamente cada palabra de *Ex libris*, inspiró gran parte del libro y, lo más importante, ya fuera en el Cañón del Colorado o en nuestro piso abarrotado de libros en la ciudad de Nueva York, lo vivió conmigo. Lo que en una ocasión me escribió en una dedicatoria ahora se lo vuelvo a escribir a él, con un amor que va en aumento: «Este libro también te pertenece. Igual que mi vida, también, es tuya».

Inicié mi relación con los libros siendo miembro de la U. de Fadiman, el insufrible cuarteto que nunca se perdió una partida de *College Bowl* y que cuando se reúne sigue corrigiendo las erratas de los menús. Si tuviera que clasificar los placeres de la vida, hablar de libros con mi hermano y mis padres sería uno de los primeros. Kim no

solo ocupa un lugar prominente en muchos de estos ensayos, sino que también se leyó cada palabra del borrador e hizo excelentes sugerencias. Mi madre y mi padre, a quienes dedico *Ex libris*, me leyeron miles de páginas en voz alta cuando era pequeña y me transmitieron con cada sílaba su propia pasión por los libros. Como los dos son escritores, les habría sido fácil aplastar mis esperanzas literarias bajo el peso de sus logros inigualables, pero de algún modo consiguieron todo lo contrario. Sin ellos no sería lectora ni escritora, y les doy las gracias por estos y otros muchos dones.

ALFABETŌ

Le animamos a visitarnos y, si lo desea, a ponerse en contacto con nosotros en:

www.editorialalfabeto.com

Muchas gracias por su tiempo.

«La carne es triste…», ya lo escribió Mallarmé, pero si no has leído todos los libros de nuestro catálogo es que todavía no has leído todos los libros…

NOTAS

1 El título de la versión castellana de este ensayo es «¿Cómo hay que leer un libro?» y se encuentra en *La torre inclinada y otros ensayos*. Traducción de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 1980. (*N. de la T.*)

2 Hemos optado por traducir los títulos de los libros no publicados en castellano únicamente en los casos en que su significado es relevante. (*N. de la T.*)

3 Establecimiento donde se venden artículos de segunda mano y cuyos beneficios se destinan a obras de caridad. (*N. de la T.*)

4 En español en el original. (*N. de la T.*)

5 Resulta frecuente que los escritores anglosajones acuñen palabras nuevas a partir del griego, del latín e incluso del francés. En ocasiones esas palabras han tenido un solo uso documentado mientras que otras han prosperado y se han popularizado. En esta lista de palabras, las seis últimas son términos acuñados a partir del griego y el latín que he adaptado al español; «calineries» la he dejado igual, ya que es el equivalente en francés de «zalamerías». (*N. de la T.*)

6 «Y estamos aquí en esta oscura llanura / arrastrados por confusos ecos de luchas y peleas.» (*N. de la T.*)

7 «Aprendió la lección más cruel de todas: / la fama no evita una caída.» (*N. de la T.*)

8 «Pero ¡claro! Supongo que me alegraré como todo el mundo cuando esto se acabe y pueda regresar: / a veces pienso que todo esto no es más que una prueba / para mis nervios, pues otra noche de insomnio me reventaría. / Es curioso: a todos los niños les gusta luchar, / pero después, cuando te llaman, resulta —cómo decirlo / diferente, menos grandioso. Y ahora —ya es de noche— / le dices al mundo, cállate o vete al infierno. / Prefiero morir como un héroe, pues odiaría arrastrarme / hasta la muerte. Solo un chiflado se cree / el cuento del Infierno. Aquel católico —que hasta rezaba— / saltó por los aires; y no encontraron más que un dedo. / ¡Por Dios! ¡Tuvo que ocurrir justo a mi puñetero lado! / Pero estoy bien: nada malo me ocurrió aquel día.» (*N. de la T.*)

[9] «Que a la unión de las almas que son fieles, jamás yo admita impedimento: No es amor el amor…», *Sonetos*, edición y traducción de José María Álvarez, Editorial Pre-Textos, 1999. (*N. de la T.*)

[10] «Bruta belleza, valor y acción, aire, orgullo y plumaje, ¡embriados aquí! Pero el fuego que en ti salta…», *Poemas completos*, traducción de Manuel Linares Magias, Bilbao, Ediciones Mensajero, Universidad de Deusto, 1998. (*N. de la T.*)

[11] «Mientras en la película muchos morían / vi más muerte mientras mataba el tiempo fuera.» (*N. de la T.*)

[12] Alusión a la expresión acuñada por Samuel Taylor Coleridge en el capítulo 14 de su *Biographia Literaria. (N. de la T.)*

[13] «La cárcel que nosotros mismos nos imponemos / no es cárcel: así, en muchos humores diferentes, me ha sido un pasatiempo quedar encadenado / en la escasa parcela de tierra del soneto», de *Poetas románticos ingleses*, traducción de J. M. Valverde y L. Panero, Barcelona, Planeta, 1989. (*N. de la T.*)

[14] «Y cuando el desaliento / apoderábase de Milton, el soneto entre sus manos / volvíase clarín», de *Poesía lakista*, traducción de Ramón Sangenís, Barcelona, Fama, 1955. (*N. de la T.*)

[15] «De la ceguera.» (*N. de la T.*)

[16] «Cuando pienso cómo se ha gastado mi luz / antes de la mitad de mis días en este oscuro y ancho mundo, / y que aquel único talento que es pecado enterrar / está oculto inútilmente en mí, aunque mi alma se inclina más / a servir con él a mi Creador, y ofrecer / cuentas exactas, no sea que él se vuelva y me amoneste; / "¿Ha de pedir Dios el trabajo del día, si me niega la luz?" / pregunto tiernamente. Pero la Paciencia, para evitar / ese murmullo, no tarda en replicar; "Dios no necesita / ni el trabajo del hombre ni sus ofrendas. Aquellos que mejor / llevan su suave jugo, mejor le sirven. Su situación / es la de un rey. Millares se aceleran a sus órdenes / y sobre mar y tierra corren sin descanso: / mas también sirven los que tan solo están y esperan"», *Sonets, Sansón Agonusta*, versión del Dr. A. Saravia Santander, Barcelona, Bosch, 1977. (*N. de la T.*)

[17] Se trata de una piedra que está en el castillo de Blarney y que al parecer confiere el don de la elocuencia a los que la besan, pero solo si lo hacen con la cabeza colgada boca abajo. (*N. de la T.*)

[18] En español en el original. (*N. de la T.*)

[19] Colección de libros infantiles de Kay Thompson en los que la protagonista, Eloise, vive en el Hotel Plaza. (*N. de la T.*)

[20] «Ms.» es un título antepuesto al apellido de una mujer que, al contrario de *Miss* o *Mrs.*, no indica el estado civil. (*N. de la T.*)

[21] Se trata de errores que no se pueden trasladar al castellano, si bien es posible que encontrásemos otros equivalentes en los periódicos

españoles. (*N. de la T.*)

22 «Fighting Irish» es el equipo de fútbol y baloncesto de la Universidad católica de Notre Dame, en Indiana. (*N. de la T.*)

23 Eclesiastés 1, 9: «¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será…, y nada hay nuevo bajo el sol». Cf. Jean de la Bruyère, *Los caracteres. Las costumbres del siglo XVII* (1688): «Hemos llegado demasiado tarde para decir algo que no se haya dicho ya». Es probable que La Bruyère haya copiado esta frase de *Anatomía de la melancolía* (1621) de Robert Burton: «No podemos decir nada salvo lo ya dicho». Y es probable que Burton a su vez haya visto la frase en *El eunuco* (161 a. C.) de Terencio: «Nadie dice nada que no se haya dicho antes». La idea de comparar estas cuatro frases la saqué de una nota a pie de página en *Bartlett's Familiar Quotations* (Diccionario de citas célebres de Bartlett).

24 En realidad, nunca he comido nada preparado por Dan Okrent, pero mi amiga Kathy Holub cenó en su casa en 1994 y le puso muy buena nota al lomo de cerdo. Más tarde me enteré de que lo había hecho la mujer de Dan, Becky, aunque varias personas me aseguraron que Dan también habría podido hacerlo.

25 *Macbeth* (1606) 1, 7, 59. (Traducción de J. M. Valverde, Barcelona, Planeta, 1995.)

26 Esta anécdota se la robé a Dan Okrent el 31 de octubre de 1996. La idea de incluirla en el primer párrafo de este ensayo se la robé a mi marido, George, a quien se le ocurrió el 11 de noviembre de 1996, mientras llenaba un cuenco de Tupperware con sobras de espaguetis. La receta de los espaguetis era de *Joy of Cooking* (1972) de Irma S. Rombauer y Marion Rombauer Becker, con enmiendas de la madre de George.

27 Esta frase se la robé a Dan Okrent. Sin embargo, la hice mía sustituyendo «cucharadita» por «ramito».

28 Isaías 65, 5: «Soy más santo que tú».

29 La cita de Disraeli la saqué del intelecto de Thomas Mallon (*Stolen Words* [Palabras robadas], 1989). Como advierten tanto Mallon como Alexander Lindey (*Plagiarism and Originality*, 1952), la nobleza de Disraeli habría sonado más sincera si cuando escribió la oración fúnebre para el duque de Wellington no hubiese plagiado la de Louis Adolphe Thiers para el general Saint-Cyr.

30 *La tempestad* (1611-1612), 1, 2, 394.

31 Neal Bowers, «A Loss for Words», *The American Scholar* (otoño de 1994). Bowers no nombra a David Jones en este artículo; solo se refiere a él como «mi plagiador», lo que refleja cierta intimidad propietaria, igual que cuando alguien dice «mi secretaria» o «mi podólogo». Bowers identifica a Jones en su libro *Words for the Taking* (1997).

[32] Wallace Stevens, «The Motive for Metaphor» (1947), verso 17. Creo, aunque no estoy segura, que Stevens se refería al humor del acero en lugar del de los seres humanos, pero una de las ventajas de robar las palabras ajenas es que no hay que preocuparse de su significado original.

[33] Bowers, «A Loss for Words».

[34] Ibíd.

[35] *Enrique IV*, primera parte (1596-1597), 3, 1, 43.

[36] Extraje esta perla de Lindey, *op. cit.*, y la mejoré añadiendo la expresión «uñas afiladas», que encontré en el diccionario de sinónimos y antónimos *Roget's Thesaurus*, en la entrada de «robo».

[37] Lindey dijo algo parecido de Shakespeare y de los poetas a los que plagió.

[38] Lindey, *op. cit.*

[39] Le copié estos ejemplos a Lindey, *op. cit.*, porque no me quedó más remedio. Los cálculos matemáticos los hizo el erudito británico del siglo XVIII Edmond Malone.

[40] Lindey advierte que las pruebas son de Voltaire.

[41] Thomas Mallon, *op. cit.*, y Lindey, *op. cit.* Mallon y Lindey señalan que entre los pasajes que Sterne plagió a Burton había una vehemente denuncia del plagio. Según Mallon, Sterne también se plagió a sí mismo cuando recicló con ánimo ahorrativo varias cartas de amor escritas a su mujer y, años más tarde, las envió a su amante.

[42] Peter Shaw, «Plagiary», *The American Scholar* (verano de 1992). Según Shaw, Poe condenó el plagio tachándolo de «espectáculo nauseabundo» y acusó falsamente a otros escritores de cometerlo.

[43] Mallon, *op. cit.*, y Shaw, *op. cit.* Los dos citan el estudio de 1971 de Norman Fruman, *Coleridge. The Damaged Archangel*. (Fruman sacó el título de una carta escrita en 1816 por Charles Lamb a William Wordsworth.)

[44] Walter Jackson Bate, *Coleridge* (1973), citado en Mallon, *op. cit.*

[45] No puedo decir la fecha exacta, pero sé que fue un jueves, porque estábamos vaciando el lavavajillas justo antes de ver *Urgencias*.Pongo a George por testigo para demostrar que, aunque al final mi idea no era original, creí sinceramente haber sido la primera en tenerla.

[46] Alexander Lindey, Peter Shaw, K. R. St. Onge y Thomas Mallon.

[47] Cf. Robert Merton: «El plagio por anticipado tiene lugar cuando alguien le roba una idea a una persona y la publica cien años antes de que esa persona nazca». No puedo citar la fuente porque copié la frase de un pósit amarillo que me dio mi hermano en Captiva, Florida, en noviembre de 1996.

[48] Todo lo que he dicho de Biden procede de Mallon, *op. cit.* Entre

los demás ejemplos de Mallon del plagio estilo caja china está el de Jacob Epstein cuando hace una descripción de la cabeza calva de un personaje sacado de un pasaje que Martin Amis había plagiado a Dickens. Mallon también señala que, al redactar su manual de estudiantes, la Universidad de Oregón copió el apartado sobre el plagio del manual de profesores de Stanford.

49 Cf. Alexander Pope, «Couplets on Wit» (Pareado sobre el ingenio) (1776), v: «Now wits gain praise by copying other wits / As one Hog lives on what another shits». («Ahora el ingenio recibe alabanzas por copiar a otros ingenios / como un cerdo que vive de lo que otro caga.»)

50 De un concurso radiofónico emitido por primera vez en 1941. George me sugirió incluir la referencia el 14 de noviembre de 1996, cuando hacía ejercicios para la espalda en el suelo de nuestro salón.

51 Cicerón, *De Officiis* (44 a. C.), 1, 2.

52 Esta idea pertenece a Shaw, *op. cit.*, y Harold Ogden White, *Plagiarism and Imitation During the English Renaissance* (1965).

53 Fielding, *Tom Jones* (1749), tomo 12, cap. 1.

54 Bowers, *op. cit.*

55 Charles Caleb Colton, *Lacon* (1820-1822).

56 William H. Honan, «Hersey se disculpa ante un escritor por un artículo sobre Agee», *The New York Times (22* de julio de 1988).

57 Annalee Jacoby Fadiman, conversación con la autora, 4 de noviembre de 1996.

58 John Hersey, *Men on Bataan* (1942).

59 Laurence Bergreen, conversación con la autora, verano de 1988. Volvimos a hablar el 5 de noviembre de 1996.

60 Ira Gershwin, «They Can't Take That Away from Me» («Eso no me lo pueden quitar»), *Shall We Dance* (1937).

61 «Junta de ensambladura, cepillo de carpintero. / ¿Cuña partida? ¡Maldita picadura de escofina! / Dozuki artesano.»

62 *Obras completas*, traducción de Nicolás González Ruiz, Madrid, BAC, 1980. (*N. de la T.*)

63 Traducción de José M.ª Pabón, Barcelona, Gredos, 1993. (*N. de la T.*)

64 Traducción de Ángel-Luis Pujante, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

65 La traducción española de este artículo está incluida en el volumen *El espíritu de las obligaciones*, traducción de Antonio Lastra y Javier Alcoriza, Barcelona, Alba Editorial, 1998.

66 Alusión al ensayo de Virginia Woolf *The Common Reader.*